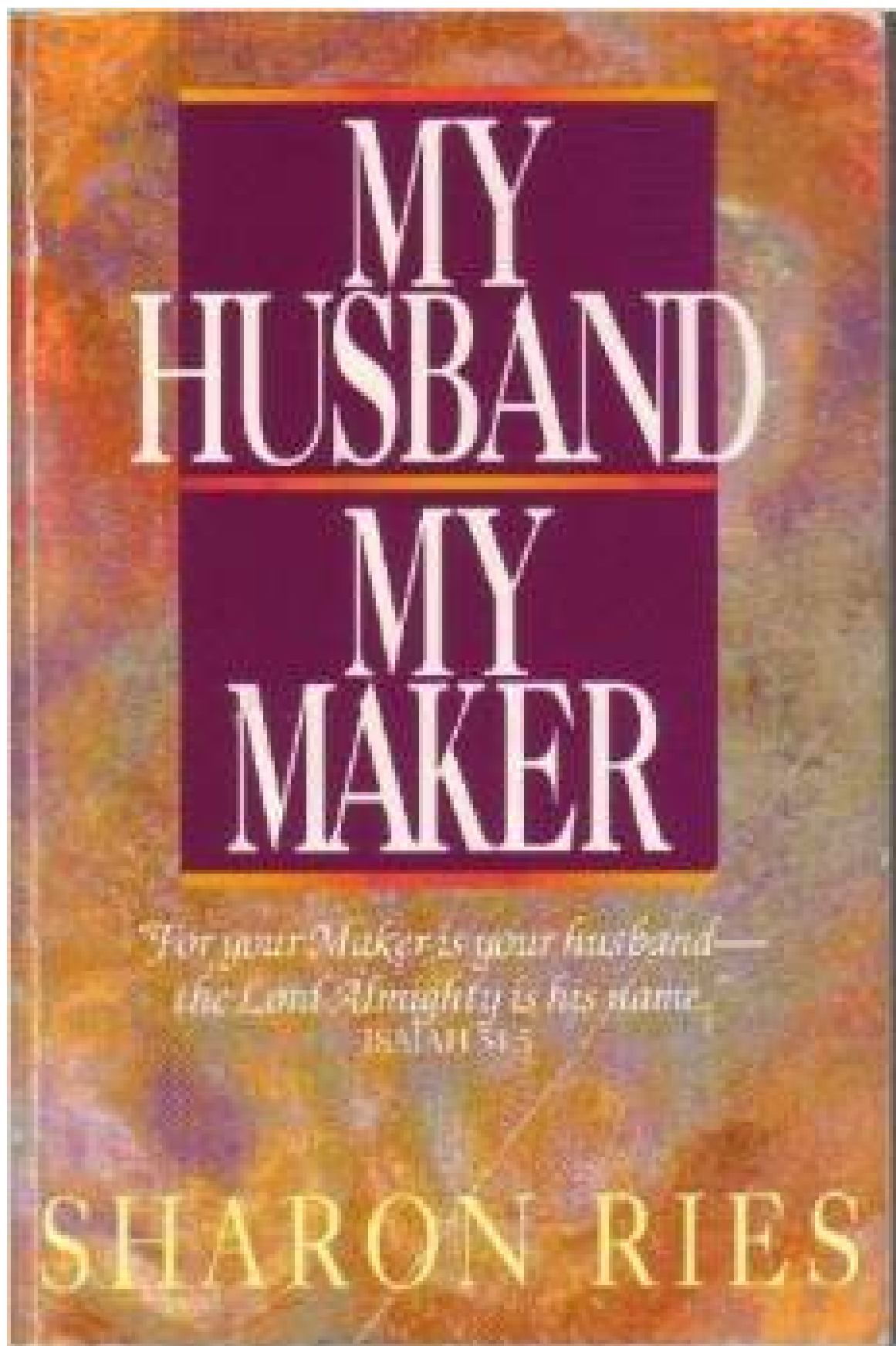




**Mi Esposo y
Mi Hacedor**

MI ESPOSO Y MI HACEDOR

Por SHARON RIES

INTRODUCCIÓN

Yo estaba asustada, como de costumbre, sólo que esta vez parecía peor. De acuerdo al último recuento de inscripciones, los ojos de 400 mujeres estarían fijos en mí, observándome, conforme me acercara al podio para hablar. Iba a ser la séptima conferencia para esposas de pastores de Calvary Chapel en la que me correspondería hablar, y a estas alturas, ya tendría que haberme sentido relajada y segura. Pero no lo estaba. Las esposas de pastores son mujeres muy especiales. Dirigirse a ellas es un honor, pero al mismo tiempo es una imponente responsabilidad.

Solo días antes, Kay Smith había hecho un espléndido trabajo animándonos y desafiándonos a las nueve esposas de pastores de Calvary Chapel que componían la Comisión Organizadora. “Recuerden”, había dicho en un tono solemne e intenso, “normalmente las esposas de pastores no tienen en quien confiar. ¿En quién pueden depositar su confianza si están sufriendo o tienen problemas matrimoniales? La gente espera que ellas lo sepan todo, cuando en realidad algunas de ellas no tienen clara ni su propia identidad. Muchas esposas de pastores se sienten miserablemente inadecuadas.”

Cada palabra de Kay era verdad. Todas lo sabíamos porque habíamos experimentado en carne propia algunos de esos pesares.

Kay, pensativa, hizo una pausa. “Es difícil, realmente lo es. Lo sé, porque yo lo he vivido”. Sus ojos se iluminaron al concluir con seguridad, “una vez que ponemos nuestros ojos en Jesús y desarrollamos una relación personal profunda con Él, podemos ser libres para ser todo aquello para lo cual Dios nos ha creado. Creo que todas hemos aprendido que ¡El es el único que puede darnos plena satisfacción en la vida!”

No podíamos sino escucharla atentamente. Kay sabía de qué estaba hablando. Ella y su esposo, el pastor Chuck Smith, llevaban cerca de 40 años en el ministerio.

El pastor Chuck Smith es el hombre que Dios eligió para enseñar la Biblia “línea por línea, de tapa a tapa” a la gente del sur de California, provenientes de los más distintos estratos de nuestra sociedad, en los años sesenta. Su congregación sigue aumentando, aún hoy en día, y sus programas de Radio y Televisión siguen creciendo en popularidad por todo el mundo.

Kay es una mujer esbelta, morena y bella. Su bien cuidada y atractiva apariencia la distingue como a una mujer elegante, y su vibrante personalidad se irradia a través de cada uno de sus gestos. El corazón de Kay está enlazado al corazón de cada mujer en general. Ella sufre cuando sufren, y ríe feliz con ellas cuando hay motivo. Lo sé porque yo he sido una de las muchas que han aprendido de sus enseñanzas, y me encantó. Sus palabras son siempre sencillas y sinceras, divertidas pero profundas. Kay es un ejemplo de belleza interior. Su búsqueda de Dios siempre me deja hambrienta de su palabra.

“Las esposas de pastores son como cualquier otra mujer”, dice Kay. “Todas las mujeres son complejas en sus deseos y necesidades...”

Kay nos recordó el propósito principal de aquella conferencia anual. “Debemos buscar la dirección de Dios por medio de Su Palabra y de la oración, para que así podamos consolar, instruir y exhortarlas a desarrollar una íntima relación con Él.”

Por fin había llegado el momento en que yo tenía que dar mi mensaje. El salón en forma de media luna se encontraba lleno de mujeres. Las madres con sus bebés estaban sentadas al fondo. Afuera, a sus espaldas, los árboles hacían gala de sus más brillantes colores, como es costumbre en otoño.

Kay estaba sentada al frente, a mi derecha, junto con otras dos esposas de pastores que también compartirían enseñanzas. Todas eran mucho mejores oradoras que yo. Esto me intimidaba. Justo cuando revisaba las primeras palabras de mi tema, “Corazones entrelazados” (con el esposo), un repentino pensamiento me asaltó: ¿Pensarán éstas mujeres que yo lo sé todo? “No te preocupes”, me di ánimo. “Sólo son mujeres, iguales a mí; sencillas, complicadas, sensibles y apáticas; emocionales y serenas, gentiles y llenas de ira; satisfechas y celosas, trabajadoras y perezosas; llenas de energía y cansadas, alegres y resentidas, generosas y egoístas, capaces e incapaces”. Como todas las mujeres a las que me había dirigido en diferentes partes del mundo, en estudios bíblicos, retiros, conferencias y almuerzos, éstas mujeres necesitaban amor y ternura. Por sobre todo, anhelaban una profunda satisfacción espiritual.

El reloj marcaba la hora. Pasé rápidamente a la parte de la introducción: “¿Cómo puede el corazón de una mujer estar entrelazado con el de su esposo? Me gustaría darles mi propia definición de la palabra

‘entrelazado’. Se refiere a dos vidas creciendo independientemente y con raíces separadas, sin embargo llegando a entrelazarse armoniosamente. Con el pasar del tiempo, un permanente y saludable proceso combinará sus ramas en una preciosa e inseparable obra maestra.”

Con mi mirada recorrí la sala, observando los ojos de las mujeres. A pesar del maravilloso cuadro que acababa de pintar con mis palabras, aún podía escuchar las preguntas de siempre:

¿Cómo puedo amarlo cuando estoy tan llena de resentimiento? ¿Hasta cuando seguiré sufriendo? ¿Cómo puedo seguir perdonando? ¿A dónde puedo escapar?

Siendo un grupo tan grande seguramente habría entre ellas algunas mujeres que estarían sufriendo. Yo quería ayudarlas, tal como yo fui ayudada, pero ¿alcanzaría el tiempo? ¡Me había tomado 40 años aprender lo que quería expresar!

Intenté ordenar mis pensamientos, pero no pude. Pude darme cuenta que aquellas mujeres estaban orando por mí, en el silencio y eso me dio la fuerzas suficientes para relatarles unas cuantas experiencias acompañadas de algunos versículos bíblicos, mezcladas con lágrimas y risas. En eso consiste para mí el hablar en público. Y como de costumbre, descubrí que varias de ellas compartían mis antiguos sentimientos de desesperanza. Posteriormente, algunas notas anónimas admitían muchos sufrimientos ocultos. Hubiese deseado tener más tiempo, y no haberme olvidado de algunos puntos clave.

Sin embargo, en esta ocasión en particular, no importaba tanto. Pronto podrían leer el resto. Durante el año previo a la conferencia había estado escribiendo la historia de mi vida. Al comienzo había tenido muchas dudas. Un libro sobre mi vida podía amenazar mi privacidad. Pero un día leí las siguientes palabras en mi Biblia:

*“Rebosa mi corazón palabra buena;
Dirijo al rey mi canto;
Mi lengua es pluma de escribiente muy ligero.”*
(Salmo 45:1 RV)

¡Sí! Decidí. “Debo hacerlo. Lo haré porque quiero que otros conozcan a mi Hacedor, el Rey quien me llama Su amada y Su novia. Quiero que conozcan al Capitán de mi barco, mi amigo, mi gran amor. El único que me comprende, quien trae orden a mi confusión y le da significado a mi vida. ¿Por qué no habría de hablar de Él?”

En realidad mi historia comenzó mucho antes de lo que yo puedo recordar; el día en el que Él pensó en mí, antes de hacer el mundo. Aún entonces, El ya estaba trazando el viaje que yo haría, estaba preparándose detalladamente, y contando mis días.

Pero comencemos en un lugar y en un momento que sí puedo recordar, en un puerto extranjero, cuando sólo era una muchacha de 13 años. Hasta ese momento, mi vida había sido un viaje bastante tranquilo. Ahora, cambiaba el viento. Los planes que yo había trazado para mi vida se veían bruscamente interrumpidos. Las circunstancias se habían vuelto en mi contra. Ya no quería continuar mi viaje.

Mi Hacedor iba a tener que llevarme. Súbanse a mi barco y les mostraré cómo lo hizo. Únanse conmigo en los muelles de la hermosa ciudad de Valparaíso, Chile.

CAPÍTULO 1

LAS LUCES DE LA BAHIA

Era un caluroso y seco día de verano - horrible día para navegar. A pesar del calor, Valparaíso - puerto principal de Chile - bullía de actividad. Durante toda la mañana, los trabajadores del puerto habían estado cargando nuestro barco. Grúas con grandes brazos, levantaban sin esfuerzo, jaulas de embalaje, barriles y cajas, depositándolos luego dentro de una abertura grande y cuadrada en la cubierta principal. Durante nuestro viaje, utilizaríamos esa misma área para tomar sol.

Los muelles y astilleros, con sus bodegas de techos metálicos de colores monótonos se veían iluminados por muchedumbres con coloridas ropas. Mi hermana Shirley, y yo, en silencio, analizábamos la escena, intercambiando, en susurros, algunos comentarios sobre las adineradas señoras que se paseaban delante de nosotras con sus joyas centelleando por la luz del sol. Nosotras nos imaginábamos ser adineradas, lo cual no era difícil, puesto que mamá siempre nos vestía elegantemente. Aquel día llevábamos puesto unos alegres vestidos amarillos hechos por la costurera de nuestra familia en Santiago.

Nuestra madre, mujer de carácter, era alta, rubia de ojos verdes, siempre se veía hermosa y se portaba como tal.

Shirley y yo reíamos nerviosamente, observando como varios marinos y algunos pasajeros masculinos le lanzaban miradas. Nos sentíamos orgullosas de ser sus hijas.

Nuestro barco se llamaba LA REINA DEL MAR, uno de los muchos transatlánticos británicos que surcaban los océanos del mundo. Al comienzo de la década de los 60, este barco en particular, había llegado hasta Chile, desde Inglaterra, cruzando el Canal de Panamá, visitando los principales puertos del Caribe y el Pacífico.

El trasatlántico era una extravagante mini ciudad, con salones de peluquería, tiendas de ropa, y un elegante salón de baile. Shirley y yo exploramos cada rincón, sintiéndonos en un mundo de fantasía. Aquel entorno era dramáticamente distinto a la sencilla y modesta vida misionera que llevábamos.

En la lista de pasajeros había nombres de ricos y famosos, y también de clase media. Los pasajeros acaudalados se encontraban a la mitad de costosas travesías por el mundo. Ellos ocupaban la parte superior de la nave, disfrutando de las instalaciones más opulentas del barco. Los pasajeros que iban a destinos específicos, como turistas y viajeros internacionales, como nosotros, viajábamos en segunda clase. Estábamos ubicados en la sección intermedia, con un poco menos de comodidades. La tercera clase se encontraba en la parte inferior del barco y era ocupada por estudiantes, personal militar y pasajeros con presupuesto muy limitado.

Mamá dijo que la segunda clase sería apropiada para nosotras, pero yo pensaba diferente. Me atraía la primera clase con su resplandeciente piscina, sus cautivantes comedores, y ~~las finas ropas~~ de sus pasajeros. Shirley y yo estuvimos de acuerdo en pasar la mayor parte del tiempo ahí.

Durante nuestras exploraciones en aquellos nuevos entornos una mujer, con acento británico, nos interrumpió, diciendo, “Vengan a comer niñas”, mostrándonos el camino, a través de largos pasillos, hasta un comedor formal. La costosa alfombra roja y los immaculados manteles blancos nos intimidaron un poco. Había hermosos centros de mesa con rosas rojas de largos tallos, finamente acompañados de cristalería y cubertería de plata. “Ustedes se sentarán aquí con los niños y sus padres cenarán más tarde”, nos explicó nuestra guía en tono relamido. Con mi típica actitud impulsiva le di un codazo a mi hermana, “No me gusta esto. ¿Por qué no podemos sentarnos con mamá?” “Probablemente porque sólo tienes 13 años y te ves muy niña”, respondió Shirley, quién acababa de cumplir 15. Era evidente que ella había madurado mucho más rápido que yo.

Afortunadamente, mamá vino rápidamente a nuestro rescate. “Fueron capturadas por la niñera de primera clase”, nos dijo con una sonrisa. “Pero no se preocupen, en segunda clase comemos todos juntos”.

Rápidamente, mamá nos guió de vuelta por los pasillos y escaleras hasta la cubierta principal. “Nuestros amigos están en el muelle, esperando para despedirnos. Papá también los está buscando”, dijo casi sin aliento. Pasarían varios meses antes de que nuestro padre se reuniera con nosotros en los Estados Unidos.

Había decidido que partiría más tarde para poder entregar todo el trabajo de nuestro ministerio a los nuevos misioneros.

No quería que nada ni nadie me recordara lo que implicaba este viaje. Para mí era una pesadilla, y quería despertar pronto. Mis padres habían sido misioneros en Chile desde que yo tenía cuatro años. Aunque había pasado esos primeros cuatro años en Colombia, Chile era mi mundo. No obstante, Mamá y Papá habían decidido llevarnos a los Estados Unidos para aprender inglés y recibir una educación norteamericana. No estaba claro cuánto nos quedaríamos, y mi corazón estaba hecho pedazos. Chile era mi hogar - el hogar de mis amigos, la misión, mi vecindario... y el muchacho que yo amaba.

Además, ¿por qué Papá no podía venir con nosotras? Parecía que nunca sería posible que él pudiera viajar con nosotras a causa de la enorme cantidad de trabajo que siempre tenía. Anhelaba verlo divertirse y relajarse, verlo pasar tiempo con Mamá. ¿Tendríamos, alguna vez, tiempo para conversar? Y si así fuera, ¿sería abierta y franca con él - lo suficiente como para expresarle el dolor que me provocaba nuestra partida de Chile? Ciertamente él también lamentaba tener que partir.

En lo profundo de mí, sabía que nunca diría una palabra. En Chile, en esos días, los hijos no cuestionaban a los padres. Sólo obedecían y sufrían en silencio.

Extrañaría a Papá. Constantemente le extrañaba porque pasaba tan poco tiempo con nosotros. Su trabajo le significaba enseñar en la Escuela Bíblica todas las noches, a la vez que supervisaba todas las iglesias chilenas de nuestra denominación, la Iglesia de Dios de Tennessee. Sus responsabilidades le hacían viajar mucho. Pero Papá amaba a la gente, especialmente a los pobres, a los solitarios y a los rechazados. Su vida estaba dedicada a ellos.

Aunque las presiones de la vida en ocasiones despertaban su carácter explosivo, él era por sobre todo una persona jovial y alegre. Papá siempre nos traía regalos maravillosos de sus viajes. Era divertido esperar su regreso, mientras intentábamos adivinar qué nos traería esta vez. Sus regalos consistían en goma de mascar, chocolates y frascos de mantequilla de maní. La hacíamos durar por meses. Shirley la esparcía en capas delgadas, para que durara más. A mí me desagradaba eso, así que yo me la untaba en capas gruesas y me comía una rebanada de pan por cada dos que se comía mi hermana. En una ocasión, nos trajo, de Estados Unidos, algunos vestidos de nylon. Yo perdí la manga de uno de esos vestidos bajo una plancha caliente. Papá escondía las golosinas en un baúl con tres cerraduras que él mantenía en una pequeña bodega de nuestra casa, la cual también tenía candados. A los chilenos les atraían muchísimo nuestros regalos norteamericanos. De vez en cuando, Papá abría el baúl y nos dejaba sacar algunos chocolates o gomas de mascar.

Estos recuerdos se amontonaban en mi mente en el momento en que nos encontrábamos en la cubierta principal, rodeados de personas. “¡Ya es momento niñas!” exclamó Papá, luciendo muy apuesto en su impecable traje beige.

Nos abrazó a ambas y nos besó. Automáticamente nos restregamos los labios, porque su delgado bigote nos hizo cosquillas. “Ahora, recuerden, no usen sus relojes nuevos cuando se bajen en algún puerto. Se los podrían robar.

Noté que sus verdes ojos se humedecían, aunque él intentaba disimularlo. Yo no pude llorar, aunque quería. El dolor era demasiado grande. Mi corazón latía rápidamente y mi garganta se había secado. Papá fue el último en descender del barco, justo antes de que quitaran la pasarela. Con la mano me despedía de nuestros amigos chilenos, que iban desapareciendo al fondo y mi vista se centraba en Papá. Demasiado pronto la distancia ya no me permitió verlo a él ni toda aquella triste escena.

Quería arrancar, pero no había dónde ir excepto abajo, a nuestros camarotes. Ahí podría estar sola. Me subí a la cama que tenía un ojo de buey que miraba hacia el muelle. Observaba. Mi joven corazón sufría al ver que la tierra que amaba se alejaba. No me podía aferrar a ella; no importaba cuánto tratara.

Los recuerdos me llevaron hasta el momento de otra despedida. Tenía sólo cuatro años de edad, y partíamos de los Estados Unidos. Desde el barco tenía agarrada la punta de una guirnalda de papel crepé que era sostenida en su otro extremo por mis parientes en el muelle. Por último, la distancia hizo que la guirnalda se cortara. Esta vez hice una promesa, “la distancia nunca romperá mis lazos contigo”, dije suavemente, hacia la ventanilla. Al darme cuenta de que me estaba hablando a mí misma, dirigí la conversación hacia Dios.

Siempre había hablado con Dios, pero nunca con tanta intensidad como ahora. “Dios, ¿sabes Tú lo que estoy sintiendo? ¿No te importa el que me sienta despojada del hermoso país que tanto amo?” No respondió.

Esperaba que hubiera escuchado, aunque me parecía imposible que se preocupara de cada dolor, de cada persona en todo el mundo.

“PERO ÉL ES DIOS”, pensé. Quizás sí responde a cada petición. Quizás sí concede a cada persona lo que ella anhela. “Por favor, Dios, permíteme volver pronto”, le supliqué fervientemente.

No me podía imaginar la vida en otro país. ¿Sería acogida al amanecer por la majestuosa vista de la Cordillera de los Andes, coronada por la nieve? ¿Tendrían las playas pozas entre las rocas llenas de mariscos, reflejando hermosos atardeceres? ¿Las ciudades latirían con vida? ¿Habría algún lugar en el que los chicos se reunieran mientras el organillero toca y su mono se columpia por un peso o dos? ¿Estarían las calles llenas de vendedores de golosinas con su mercadería en carritos con forma de barco, con humo saliendo por sus chimeneas? ¿Habría dunas, exuberantes sitios de campamento, hasta con caídas de agua?

Extrañaría dolorosamente la extensa casa de la misión con su magnífico jardín, y las suculentas meriendas que obteníamos de sus árboles. Y respecto a mis compañeros del Monopolio, los estudiantes de la Escuela Bíblica, y la cocinera, ¿cuándo los volvería a ver? No me podía imaginar la vida sin Chile. Mucho menos podía imaginarme viviendo sin Fernando.

Fernando Leighton y yo nos habíamos conocido cuando tenía 12 años. Aunque recientemente se había mudado, continuaba siendo parte de un grupo muy especial de amigos del barrio. Nos juntábamos todas las tardes, junto a una cerca de fierro forjado para conversar y reír.

A veces, jugábamos a las escondidas y algunos de nosotros nos desaparecíamos entre las casas para tomarnos de las manos y robarnos besos. Francisca Inostrosa, mejor conocida como “Panchy”, era una amiga, pequeña y pelirroja, de nariz pecosa, e invariablemente, la escogida para contar, “98... 99... ¡100!” Gritaba y procedía a la búsqueda. No pasaba mucho tiempo antes de que se aburriera de nuestro pequeño juego romántico y se fuera a su casa.

Ahora, los eventos del día anterior se prolongaban tristemente en mis pensamientos. Había caminado con Fernando hasta la parada del autobús, sin poder pensar en nada que decirle. No nos habíamos dicho ni una palabra - sólo nos mirábamos, tomados de la mano. Siendo jóvenes, siempre sabía lo que Fernando estaba pensando por la mirada en sus ojos.

Había tantas cosas que deseaba haberle dicho. Sin embargo, el sólo hecho de murmurar una pregunta la noche anterior había requerido de todo mi valor. “¿Tienes una fotografía que me pueda llevar para recordarte?” Fernando metió la mano en su bolsillo y me entregó la foto de su cédula de identidad. “Yo tengo más que eso para recordarte”, dijo suavemente. Luego dijo adiós con un tierno y suave beso, y partió.

Cerré mis ojos y me concentré en él. Sus ojos castaños, su rosada piel y su moreno y ondulado cabello. No quería olvidar su rostro jamás. Para mí, Fernando era el epítome de la belleza y de la genuina gentileza. Había un tono triste en su semblante que nunca comprendí y sobre el cual nunca hice preguntas. No importaba, él sólo tenía ojos para mí y yo lo sabía. Y algún día regresaría a él.

Mis pensamientos comenzaron a desintegrarse cuando me di cuenta que la vista de mi tierra estaba por desvanecerse. Algunas palabras de una canción vinieron suavemente a mi adolorido corazón:

“Vi las luces de la bahía
Sólo me dijeron que nos separábamos
Las mismas y antiguas luces de la bahía
Que una vez te trajeron a mí...”

La costa había desaparecido. Sólo un par de luces pestañeaban en alguna parte de el ya oscurecido horizonte. Me sentía perdida en el mar. No tenía hogar, ni amigos, ni a Chile, sólo vacío y dolor. Un insoportable pensamiento me produjo escalofríos en la espalda: “¿Y si nunca puedo regresar?”

CAPÍTULO 2

BUSCANDO UNA CIUDAD

“Despierte”, la aeromoza movió gentilmente mi brazo. “¡Estamos llegando a Los Ángeles!” Había dormido todo el camino desde la Ciudad de Panamá, donde habíamos trasbordado del barco al avión. Mi experiencia me decía que el volar le hacía mal a mi estómago, así que había decidido dormir durante el viaje.

La vista aérea nocturna de Los Ángeles era la escena más increíble que yo podía haberme imaginado. Parecía que Dios había derramado un puñado de resplandeciente diamantina sobre la tierra. La lluvia había dejado un aire limpio, y al descender el avión, pude ver las luces de la calle reflejadas en el pavimento mojado.

Los Ángeles palpitaba con actividad. Por las amplias autopistas, más grandes que ninguna de las que yo antes había visto, fluían miles de pequeños vehículos hacia y del corazón de la ciudad. Sentí un sorpresivo regocijo que interrumpió la tristeza que tenía desde que habíamos partido de Chile dos semanas antes.

“Lo voy a pasar muy bien aquí”, decidí, “y aprenderé Inglés. Después de todo, ¿no sueña la mayoría de mis amigos con venir a los Estados Unidos? Entonces, cuando mi visita termine, volveré a casa”. Este último pensamiento se prolongó hasta que fue interrumpido por el ruido que hizo nuestro tren de aterrizaje al tocar la pista.

Pasamos por la aduana y luego nos dirigimos al área de recepción del aeropuerto. Varios de nuestros altos y delgaduchos parientes, algunos de rostros vagamente familiares, nos recibieron con lágrimas de alegría y frases de “¡Bienvenidos a casa!” que apenas entendía.

Alguien dijo, “La comida chilena debe haber encogido a las niñas”. Escuché reír a Mamá. Pero la estatura no era lo único que nos separaba. Shirley y yo pudimos ver inmediatamente, habiendo vivido toda nuestra vida en Sudamérica, que éramos abiertamente extranjeras, no sólo en idioma sino también en cultura.

En los agitados días siguientes, Mamá, sin perder tiempo, nos llevó a una pequeña casa de huéspedes, de un dormitorio y un baño, que estaba detrás de la residencia de mi abuelo el Reverendo Lee Roy M. Kopp. Con gran sorpresa vimos cómo Mamá transformó ese pequeño y abandonado lugar en una soleada y amarilla casa de muñecas, que fue nuestro “hogar” por los siguientes 12 meses.

“Cuando Papá vuelva de Chile tendremos nuestra propia casa”, nos aseguró. “Entonces tendrán su propio dormitorio”.

Navidad ya estaba encima. La abuela Kopp, llena de entusiasmo, nos llevó, a Shirley y a mí, a su estrecha cocina. “He tenido estos moldes para galletas desde que era joven.”

“¡Se nota!” dijo Shirley pícaramente.

“¡Y aquellos frascos con azúcar con los colores del arco iris son del parque de diversiones ‘Knotts Berry Farm’!” Ella deseaba que disfrutáramos de su cocina, y así fue. Nunca habíamos visto algo parecido.

Cada año ella preparaba una canasta con galletas caseras y dulces para cada uno de sus seis hijos y sus familias. Los 11 nietos recibían, cada uno, un dólar de plata, real, envuelto en papel celofán de color brillante, adornado con una cinta cuidadosamente colocada. Shirley y yo estábamos emocionadas de poder ayudar a la abuela a hacer sus 1001 galletas para su regalo anual. “Ahora, cada galleta debe ser cortada, horneada y decorada individualmente” nos instruía, demostrando su técnica en un hombrecito de jengibre. “A continuación, las distribuiremos en las seis canastas”.

Estaba profundamente impresionada por la capacidad que tenía la abuela para amar a cada miembro de la familia por igual. Apenas nos había conocido a Shirley y a mí, y sin embargo, estábamos tan cerca de su corazón como cualquiera de los otros nietos a quienes ella conocía tan bien.

Llegó Navidad, y con ella nuestros parientes. En esa ocasión, todos los que conocimos eran de la familia de Mamá. La madre de Papá vivía en el Sur de Sioux City, Nebraska, y el resto de la familia estaba esparcida en diferentes ciudades por los Estados Unidos. Posteriormente, les visitamos.

Mamá nos había dado alguna información respecto a nuestra familia, al salir de Chile. “Muchos de mis parientes son pastores, maestros de la Biblia y músicos” nos explicaba. De algún modo mi idea preconcebida

de esta “familia sacerdotal” me hacía imaginar hombres parduscos y mujeres con largas faldas negras, sin maquillaje y con el pelo en apretados moños. ¡Qué alivio fue descubrir que no se parecían en absoluto a la imagen que tenía de ellos!

De hecho Shirley y yo estábamos impresionadas por el aspecto de nuestros tíos y primos. Uno por uno comenzaron a llegar, vestidos en diferentes estilos, desde el ultraconsecador hasta el más actual y colorido.

“Me gustan”. Me dije a mí misma, sintiéndome orgullosa de ser parte de tan atractivo grupo de hombres y mujeres.

Aquella primera Navidad norteamericana le dio un significado completamente nuevo a ese evento. Era más que participar en una obra de Navidad chilena, en las que yo olvidaba mis líneas y mi Papá tomaba demasiadas fotografías. Era más que compartir la cena de Navidad con amigos y algunas abandonadas y solitarias personas en Nochebuena. Era más que recibir una hermosa muñeca hecha a mano, al mismo tiempo que mis padres me recordaban que debía regalar una de mis muñecas a alguna niña que no tuviera una.

Esa Navidad me mostró una nueva dimensión de lo que significa dar. Escuchaba, fascinada, mientras el Abuelo Kopp compartía acerca de sus viajes misioneros a la Tierra Santa, y practicaba su Hebreo con nosotros. Mientras tanto, el tío Pablo describía con lujo de detalles sus propios viajes a Israel, y los milagros que Dios había hecho ahí. Noté como su esposa, mi tía Betty, lo observaba con admiración. Escuché como la prima Janet me llamaba “mi prima”, lo que produjo en mí una tibia sensación de pertenencia. La prima Connie me dijo “te quiero”. Hasta ese momento, sólo había escuchado aquella tierna frase de los labios de mis padres.

Después de habernos devorado el último pedazo de pastel de calabaza, la Abuela nos invitó a acercarnos, y sus dedos comenzaron a moverse hábilmente por el teclado del piano. “¿Listos todos? ¡Unámonos alrededor del piano para agradecer a Dios por Su maravilloso amor!”

Cantar con la familia era como estar en un coro de iglesia. Todos sabíamos nuestra parte. Aunque Shirley y yo no reconocíamos todas las canciones, armonizábamos de todos modos.

Finalmente, y para deleite de todos, la Abuela cantó una de sus propias melodías. La había escrito para expresar el más profundo anhelo de su corazón, estar con Jesús en la ciudad celestial. La canción reflejaba los sueños y esperanzas de casi todos los que ahí estábamos. Jóvenes y ancianos por igual, estas personas conocían a Jesús en forma íntima y personal. Sinceramente esperaban con ansias pasar la eternidad con Él.

Lágrimas rodaron por las mejillas de la Abuela Kopp mientras cantaba con todas sus fuerzas:

¡Algún dorado amanecer, Algún día feliz! ¡Algún dorado amanecer, Veremos a Cristo!
¡Descender de los cielos, Con poder y gloria! Algún dorado amanecer...

Al mirar alrededor de la habitación, me di cuenta que todos estaban expresando ternura, de algún modo, a la persona a su lado. Algunos tomados de la mano, otros abrazados. Nuestras mejillas estaban humedecidas por las lágrimas. De pronto, la nostalgia se apoderó de mis pensamientos.

Repentinamente, mis propios anhelos me hicieron visualizar una clase distinta de “amanecer dorado”. Aunque admiraba mucho los deseos espirituales de mis parientes, el cielo no era una prioridad para mí, en aquel instante. Algún amanecer dorado me encontraría de regreso a la ciudad terrenal añorada por mí, Santiago de Chile.

Me imaginaba desembarcando grácilmente de un trasatlántico blanco y llevando puesto un esbelto traje blanco. Mi largo pelo rojizo ondeando en el viento, bruñido por los rayos del sol. El muelle colmado de gente, pero una persona se destacaba por encima del resto: Fernando. Estaba más alto, más apuesto, había madurado notoriamente.

Nuestros ojos se encontraban, y yo caía rendida en sus brazos.

Me encantaba la Navidad. Había disfrutado grandemente el compañerismo con nuestra distanciada familia. Pero nada me producía más alegría que pensar en amar y ser amada. Ese era mi sueño favorito.

Ninguna promesa del algún lejano cielo me iba a robar ese sueño.

CAPÍTULO 3

UNA ESTRELLA FUGAZ

Después de mi llegada a Norteamérica, recibí docenas de cartas de Fernando. Con el tiempo me comencé a cansar de nuestra relación, pues me di cuenta que la distancia nunca la dejaría madurar.

Las cartas durante esos tres años de separación revelaban cambios dramáticos en nuestras vidas. Fernando se estaba convirtiendo en un joven sumamente instruido y productivo. Aunque en algunos aspectos nuestra amistad se había enriquecido y profundizado, me entristecía el hecho de que la vida nos llevaba en diferentes direcciones. Ciertos cambios inevitables ocurren cuando las separaciones son largas, pero además de eso Fernando había abrazado ciertas creencias en la universidad que se oponían diametralmente a las mías. La agonía de estar separados parecía no tener fin, y empecé a reconocer que mi interés por escribir cartas comenzaba a disminuir lentamente. Decidí esconder en mi corazón el recuerdo de Fernando.

Para entonces ya tenía 16 años y había comenzando la escuela secundaria. Fue en otoño, una estación que me encanta, cuando me fijé en Raúl por primera vez. Los prados de la escuela estaban cubiertos por una infinita variedad de hojas, diseñadas individualmente por el Creador. Mientras contemplaba tan agradable vista por la ventana de la aula de clases, el timbre que indicaba la hora de almuerzo, sonó.

Salí de la clase como un rayo y cruce el patio corriendo para llegar primera a la fila del almuerzo. Justo en eso, me fijé que alguien se acercaba descuidadamente hacia mí. Llevaba puestos una ancha polera y un par de blue jeans muy desteñidos. Disminuí la velocidad, tratando de dar una mejor impresión.

Sí, tal como pensaba, estaba espléndidamente construido, bellamente diseñado y era increíblemente atractivo. Ciertamente, era joven, y a mí me gustaban los chicos mayores. Pero sus ojos café-verdoso, su rostro tostado y de finas facciones, y su pelo negro y ondulado lo hacían muy aceptable. Mi primera impresión era que él representaba lo último en conquistadores Españoles y en ese momento, yo definitivamente quería ser conquistada. Afortunadamente, nuestras miradas se encontraron de inmediato.

“Hola, ¿qué tal?” dijo él, mirándome de pies a cabeza.

“Hola”, respondí casi sin aliento.

Parecía un buen comienzo. Pero, lamentablemente nuestros futuros encuentros fueron idénticos al primero. ¡A este paso, jamás me iban a conquistar! Bueno, está bien, pensé. No tenía tiempo para ocuparme de él, después de todo, se veía un poco inmaduro. Además, tenía muchos otros intereses que me mantenían ocupada.

Para entonces nuestra familia se había cambiado a una cómoda casa. Papá ya tenía un buen trabajo y buscaba algunas oportunidades de continuar sus estudios superiores. Nuestra nueva vida en los Estados Unidos requería de constantes ajustes, y acarreaba responsabilidades que nunca antes había tenido.

Parte de mi tiempo libre lo pasaba diseñando y cosiendo ropa para Mamá, Shirley y para mí. En Chile, ese era un trabajo que hacía Mamá o nuestra costurera. En todo caso, estaba contenta de haber heredado esa responsabilidad porque me encantaba la moda. Incluso cosía para otras personas, obteniendo así un poco de dinero extra, lo que me ayudaba a mantener mi closet lleno con ropa de última moda.

La iglesia también absorbía mucho de mi tiempo. Participábamos en dramas, musicales y eventos sociales, todas ellas actividades que me agradaban mucho. Sentía especial admiración por nuestro pastor, Carl Green. Era un hombre que amaba a los jóvenes. Nos hablaba de cosas importantes, con cariño y preocupación, lo que me hizo tomar muchas decisiones importantes que tendrían trascendencia por siempre en mi vida.

Un domingo, con lágrimas en el rostro, nos dijo, “Dios tiene un plan especial para cada uno de ustedes, jóvenes. Para descubrir ese plan, tienen que llegar a conocerlo a Él... Deben hablar con Él, leer Su palabra, meditar en ella, y hacer lo que ésta dice. Si entregan su vida a Jesús por completo, Él les guiará, y encontrarán vida, porque Él es vida.”

Así que le entregué mi vida - una y otra vez. “Dios, quiero conocerte”, le suplicaba. “¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? ¿Cómo puedo saber Tu voluntad? Dios, por favor, perdona mis pecados. Perdona las cosas que hago y no te agradan, y haz de mí lo que Tú quieres que sea.”

Me hice promesas espirituales que de ningún modo podía cumplir. Mi agitada vida me impedía concentrarme en la Palabra de Dios. No tenía mucho tiempo para meditar o para obedecer. Pero sí le hablaba cada noche acerca de mis problemas.

Era una persona muy activa dentro de la escuela secundaria. Desde el primer día que pisé una escuela norteamericana, fui aceptada por mis compañeros y compañeras. No obstante, abrigaba temores de no poder sentirme integrada con el grupo, y en algunas áreas no podía, para nada, relacionarme con el “estilo norteamericano”. Después de pasar un par de semanas escondiéndome en los pasillos con mi hermana durante la hora del almuerzo, me invitaron a unirme a un grupo de chicas que participaban en toda clase de actividades. El liderazgo siempre había sido un aspecto natural de mi personalidad, así que para cuando estaba por terminar la preparatoria ya había participado en la Federación de Estudiantes, el Club Alemán, comité de Liderazgo, marchaba para la banda musical, y varias otras actividades. Cuando ya estaba al final de la secundaria fui elegida como una de las capitanas de las marchas musicales y Directora de Finanzas de la Federación de Estudiantes.

Cada año, los atletas de la escuela organizaban una fiesta de los deportistas para la cual escogían una corte de princesas. Siempre me había sentido tímida ante estos “populares” compañeros. Aunque rara vez me perdía un evento deportivo y vitoreaba fanáticamente a los participantes, ellos, a diferencia de los muchachos con los que había crecido, se veían demasiado directos y agresivos para mí. A pesar de todo, el equipo de tenis, que estaba compuesto por los intelectuales de la escuela, me escogió como su princesa. Algunos de ellos estaban en mi clase, así que fue un gran honor poder representarlos.

Era primavera mi relación con Raúl todavía no pasaba de la etapa de “hola, que bien te ves”. Como la princesa podía escoger a su acompañante, pensé que esa era mi gran oportunidad de invitar a Raúl al baile. Eso significaba un paso radical en mí, porque el invitar a salir a un chico era algo impensable en mi tradicional educación chilena.

La noche antes de invitarlo, estuve despierta hasta muy tarde, terminando el nuevo vestido que planeaba llevar puesto al día siguiente. Me levanté muy temprano para poder cepillar 100 veces mi recién lavado y largo cabello. Mi maquillaje estaba aplicado mas cuidadosa y meticulosamente que nunca. Después de arreglarme cuidando cada posible detalle, partí hacia la escuela y esperé cerca del casillero de Raúl hasta que él pasó por ahí.

“Hola, Raúl”.

“Hola, ¿Cómo te va Sharon?”

“¿Puedo hablar contigo?” pregunté tímidamente.

“Claro”. Una pícara sonrisa se dibujó en sus labios, y me miró de forma intensa.

“Bueno, el equipo de Tenis me escogió como su princesa para la fiesta de los deportistas”. Y le expliqué por qué no invitaba al chico con el que estaba saliendo.

“Mike no es de esta escuela, por lo tanto, no puede asistir al baile”.

“Claro”, me dijo con seguridad y picardía.

Desde mi desilusión con Fernando había estado saliendo con Mike. Él era entretenido y apuesto. Estaba loca por él hasta que conocí a Raúl. Mike asistía a la iglesia conmigo regularmente, pero ninguno de los dos había madurado espiritualmente.

Aunque disfrutaba de mi relación con Mike y le respetaba, no podía sacar a Raúl de mi mente. En alguna parte había escuchado que Raúl admiraba las técnicas de “pelea callejera” de Mike. Aparentemente eran muy similares a las de él.

Finalmente, la noche del baile de los deportistas llegó. Me metí en el traje de organdí que yo había diseñado. Estaba forrado y ribeteado con tafetán amarillo, y era lo suficientemente grandioso como para no ser opacado por el despliegue de trajes que adornarían la corte de princesas. Después de arreglar mi cabello en un peinado que formaba una cascada de rizos, esperé nerviosamente a Raúl.

“¿Y quién es Raúl? Mamá me preguntó admirándome a mí y a mi proyecto de moda ya terminado.

“Sólo un amigo de la escuela”, respondí.

“¿Es cristiano?”

“No lo sé Mamá. El sólo me escoltará esta noche. No tengo planes de casarme con él”.

“Muchachos” era el único tema que yo evitaba conversar con mis padres. El constante consejo de Papá resonaba en mi mente. “Edúquense, sigan una carrera y no piensen en muchachos hasta que tengan 26 años. Para entonces Dios las unirá con el hombre de Su elección, tal como lo hizo con su madre y conmigo”.

La preocupación de Mamá era que saliéramos con chicos que amaran a Dios. “Si él ama a Jesús, va a querer hacer Su voluntad y va a querer amarte a ti también.”

Siempre parecía tan sencillo cuando lo decían, pero en realidad sus instrucciones crearon grandes conflictos en mi interior. Prefería salir con un muchacho mucho más que andar revoloteando con un grupo de chicas juguetonas. Pero sobre todo, yo ansiaba que alguien se preocupara por mí, y me estimulara con conversación y compañía. En espera de aquel esquivo “chico cristiano”, ya había cumplido 17 años, había pasado toda mi vida en la iglesia, y todavía no me encontraba con alguien que me llamara la atención.

Mi solución, entonces, consistía en llevar a mis novios a la iglesia. Ahí me encargaría de que conocieran a Dios, y el problema del “chico cristiano” quedaría resuelto para todos nosotros.

“¡Qué hermosa te ves!” dijo Mamá sonriendo. “Tendré que vigilar a mi hija, ya sabes”.

“Gracias Mamá, te amo”.

El timbre de la puerta sonó. Mis padres conocieron a un Raúl de muy buenos modales y nos fuimos. Las horas que pronto siguieron llegaron a ser una de las noches más entretenidas de mi vida. Nos reímos, bailamos, pero más que nada, nos miramos. No podía pensar en qué decir. Lo que yo sentía parecía demasiado profundo como para conversarlo en una primera cita. Atesoré esos pensamientos en mi corazón junto con el resto de mis preciosos recuerdos.

Raúl me llevó a casa sin ni siquiera mencionar la posibilidad de vernos de nuevo. Nuestra relación pronto volvió a su etapa inicial de “Hola”. Pero mi deseo de estar con él creció firmemente, hasta mi último año en la escuela.

Durante todo el año, el tema en la escuela era la guerra de Vietnam. ¿Cuál de los muchachos sería reclutado? Algunos escaparían hacia la educación superior, otros tendrían que ir, y muchos probablemente se ofrecerían de voluntarios.

Nadie admitía tener miedo. En lo personal, no podía imaginarme a nadie yendo a la guerra cuando seguir estudiando era una alternativa fácil.

Comencé a hacer mis propios planes para el futuro. Me encantaba ir a la escuela y decidí que obtendría una buena educación. Quería especializarme en alguna Ciencia Social y obtener alguna mención en Lengua Española. Este era el curso lógico a seguir para mi eventual regreso a Chile.

En nuestra escuela, la fiesta del Bachillerato era el evento más importante del año. Princesas de la clase que se graduaban eran elegidas por los alumnos y eran coronadas durante el receso de un partido de fútbol americano. El hecho de que participara en tantas actividades de la escuela me hizo una candidata favorita. Mis compañeros votaron por mí, y una vez más necesitaba acompañante para una ocasión muy importante.

Tal como la vez anterior, Raúl aceptó mi invitación. ¡Qué emoción sería pasar uno de los momentos más memorables del año junto a él! En lo que a mí concernía, él era el chico más fabuloso y entretenido de todo el mundo.

Dos días antes del baile, me telefoneó.

“Hola Sharon, soy Raúl”

“¡Hola Raúl! ¿Estás listo para el viernes en la noche?”

“Bueno, por eso te llamaba. Realmente lo lamento Sharon, pero no voy a poder acompañarte. Verás, tuve una pequeña riña durante el fin de semana, en una fiesta, y en la escuela no me permitirán ir al baile”.

“¿Sólo por una pequeña riña?” Estaba deshecha.

“Bueno, tú sabes cómo son”.

Colgué y me sentí enferma. Todo había salido mal. No sólo había perdido mi tan esperada cita con Raúl, sino que la reproducción que había hecho de uno de los vestidos de noche de Jacqueline Kennedy había resultado un desastre. Rodeada de satén blanco arrugado y de mis implementos de costura, me senté en el piso y lloré. Me sentía como la Cenicienta, excepto que yo nunca llegaría al baile.

“Oh Dios”, oré, “¿Por qué mis planes fracasan siempre? ¿Por qué nunca puedo tener al chico que quiero?” Siempre hablaba con Dios cuando las cosas salían mal.

Mamá, invariablemente, traía orden a mi caos. Entró calmadamente a mi habitación, cogió el “vestido de Jackie”, lo examinó detenidamente, y lo dejó en su lugar sin decir una palabra. Luego, procedió a hurgar en mi closet, que estaba repleto, y con una actitud triunfante, sacó un hermoso vestido coral de chifón que había usado en la boda de mi prima Janet. Le sacó el velo a la corona de perlas y suavemente dijo: “¡Esto es lo que una princesa debe usar!”

Un amigo fue mi acompañante durante la ceremonia. Aunque me sentía profundamente honrada de participar en aquel evento de gala, tuve que luchar con una fuerte sensación de desilusión. Sólo una persona muy importante pudo haber hecho de esa noche un sueño hecho realidad.

Uno de los muchos proverbios de Mamá luchaba por penetrar mi preocupada mente. Casi podía escuchar su voz diciendo, “Jesús es el único príncipe que siempre necesitarás”. Pero en ese momento, alguien más ocupaba mis pensamientos. Después de que el baile comenzó, dirigido por las princesas y sus acompañantes, mi amigo tuvo que irse. Me quedé sola, con mi vestido coral, mi corona de perlas y todo. Decidí sentirme deprimida, y procedí a hacerlo.

Apenas habían transcurrido unos momentos, cuando, de pronto, noté un par de pícaros ojos observándome detrás de la cortina del escenario. Corrí hasta allá, y ahí estaba Raúl. Se había metido a hurtadillas. Su poco respeto a las reglas me asustaba, pero no lo suficiente como para huir.

“¿Cómo está mi princesa esta noche?” me susurró.

“¡Horrible sin ti!” Esas palabras salieron de mi boca antes de que siquiera pudiera darme cuenta.

“¿Qué tal un baile?” me preguntó, tomándome en sus brazos, de un impulso. Nos reímos, jugamos y nos miramos a los ojos hasta que el reloj anunció medianoche.

Después de esa ocasión, nuestra relación comenzó a crecer lentamente, y siguió así hasta nuestra graduación. Raúl nunca dejó de decirme, cada vez que nos encontrábamos cuán linda me veía y cuanto deseaba salir conmigo. Podría haber parecido obvio que estaba enamorado de mí, pero por alguna razón esa invitación nunca se concretó. Esperé en silencio... y seguí esperando.

“Y esperaré por siempre”, me decía a mí misma con determinación.

La graduación estaba próxima. Algunas de mis amigas estaban invirtiendo en vestidos fabulosos de tiendas costosas. Esta vez, diseñé el mío con anticipación para no tener problemas. Fue un éxito rotundo.

Todas querían un acompañante especial para la noche de graduación, y yo no era la excepción. Sabía muy bien con quien quería estar, pero en esta ocasión no me correspondía invitar; y no lo hice.

Después de recibir las felicitaciones de familiares, amigos y seres queridos, el curso que se graduaba repletó varios buses. Nos llevarían a la Bahía de Long Beach donde nos embarcaríamos en un crucero, que duraría toda la noche, hasta la Isla Catalina. Nuestro lugar de destino fue la última oportunidad de reír juntos y de disfrutar de nuestra amistad.

Me acomodé en el asiento del frente en el bus. No pasó mucho rato antes de que me sintiera sobrecogida por sentimientos de temor. Emocionalmente, yo era un desastre. Fernando era un sueño que se había rehusado a hacerse realidad. Mike ya no era sino un dulce recuerdo. ¿Y Raúl? Él era como un espejismo que nunca se convertiría en realidad. Ahí me encontraba sentada, sola nuevamente.

La ceremonia de graduación había traído muchas preguntas que se agolpaban en mi mente. ¿Sería capaz de lograr aquellas metas tan altas que yo misma me había fijado? La universidad se veía como un futuro tan complicado. Los variados intereses de aquel grupo de estudiantes haría que nos repartiéramos por los cuatro confines de la tierra. ¿Volvería a verlos nuevamente? ¿Quién tomaría el lugar de la porrista en los partidos de fútbol americano? O ¿Quién se pasearía por los típicos lugares de reunión en un Chevy del '57, lleno de chicas gritando y riendo? ¿Quién se quedaría después de las horas de clases para asistir a las reuniones de la federación de estudiantes? ¿Había vida después de la secundaria? ¿Volvería alguna vez a Chile?

Cuando nos bajamos de los autobuses, nos dirigimos hacia el barco como un puñado de prisioneros de cadena perpetua que recién habían sido liberados. Fui empujada a través de la puerta e inmediatamente me encontré en la pista de baile. Sólo pasó un segundo antes de que mis ojos se fijaran en Raúl, quien estaba al otro lado del salón. Esta vez algo distinto en el brillo de sus profundos ojos pardos, parecía indicarme que la tan esperada conquista de mi corazón estaba por comenzar.

Y así ocurrió. Pasamos toda la noche caminando por la cubierta, tomados de la mano, mirándonos absortos. No eran necesarias las palabras. Los recuerdos de Chile, Fernando y Mike aparecían tan quietos como las estrellas en una noche sin luna. Una estrella fugaz había cruzado el cielo, interrumpiendo así mi vida. Estaba destinada a seguir a aquella estrella.

Esa noche, Raúl y yo comenzamos nuestro viaje hacia un nuevo mañana. Mi cabeza descansaba sobre su hombro. No podía comprender todas mis emociones. Sólo podía sentir que el mar estaba calmado y que todo estaba bien.

¿Qué me depararía el mañana?

CAPÍTULO 4

NAVEGANDO SOLA

En una tibia tarde de Junio, acompañados por una suave brisa, Raúl y yo nos encontrábamos sentados a la entrada de mi casa. No se me permitía recibir muchachos en la casa, estando yo sola, así que ahí estábamos disfrutando de nuestra mutua compañía al aire libre. Papá había colocado alrededor de la casa una alfombra de césped, orillada con flores de la estación y rosales.

Justo bajo mi ventana, él había plantado una camelia blanca, sólo para mí.

“¿Qué te has alistado en la infantería de marina?”, repetí horrorizada las palabras de Raúl para asegurarme que había entendido bien.

“No te preocupes Sharon... ¡Te escribiré diariamente!” Trataba de calmarme besándome repetidamente en la mejilla.

Te escribiré... Un dolor conocido me amenazaba. Recordaba las muchas cartas que Fernando y yo habíamos intercambiado. Algunas de esas líneas que estaban grabadas en mi mente se me cruzaron en ese instante.

“Pero es que tú no entiendes...” intenté explicarle, pero no pude.

“No te preocupes... todo estará bien”, me interrumpió Raúl.

“¿Y adónde irás?”, pregunté.

“Al campo de entrenamiento en San Diego durante ocho semanas, y entonces... a algún lugar del mundo” añadió, besándome entre palabra y palabra.

Su entusiasmo me molestaba. El hecho de que fuésemos a estar separados no parecía molestarle en lo más mínimo. Y, además, ¿qué pasaría si terminaba en Vietnam? ¿Y si lo mataban? Nuevamente la soledad se presentaba ante mi puerta tratando de forzar su entrada. Pero las constantes bromas de Raúl, sus risas y sus besos terminaron por distraer mi atención. Todo estaba bien – por el momento.

Partió hacia el campo de entrenamiento prometiéndome que tendría noticias de él, y para mi sorpresa, así fue. En cada carta me suplicaba que lo esperara, y continuamente me prometía que “cambiaría”. Esperar se había convertido en una dolorosa forma de vida para mí. Pero no podía entender por qué él necesitaba cambiar. Lo amaba tal como era... divertido, visionario, y por sobre todo, cariñoso. Su entusiasmo por la vida brotaba como una fuente de agua, y ¡yo quería zambullirme en ella!

Raúl se había alistado, por un período de cuatro años, en la Infantería de Marina, así que seguí adelante con mis planes de lograr mi educación superior y algunos de mis sueños. Invariablemente, mis planes incluían a mi hermana. Shirley y yo siempre habíamos sido íntimas amigas. Es increíble pero, hasta donde alcanza mi memoria, el número de peleas que habíamos tenido podía contarse con una mano.

Quería trabajar jornada completa durante el día y estudiar por la noche. Shirley pensó que sería muy razonable que yo tuviera un trabajo en la fábrica de artículos electrónicos donde ella trabajaba. Shirley me planteaba sólidos argumentos para convencerme a trabajar ahí.

“Ganarás un buen sueldo, y puedes estudiar mientras trabajas, porque el trabajo no requiere que uses tu cerebro. Además, podremos ir juntas al trabajo”.

Shirley y yo jamás imaginábamos que nos separaríamos. Por la noche, cuando las luces estaban apagadas, planeábamos toda nuestra vida juntas, tal como lo habíamos hecho siempre. Después de nuestras conversaciones nocturnas en la cama con Mamá, como típicas chilenas, permanecíamos despiertas hasta tarde, a menudo hasta más allá de la medianoche. Shirley era la que tenía las ideas.

“Primero, iremos a Europa. Visitaremos París, Roma, Venecia, Londres y Madrid. Luego volveremos a Chile.

“¿Cómo es Londres...?” Escuchaba, absorta mientras yo cocía ropa para ella. Se devoraba los libros y revistas sobre viajes, estudiaba los mapas y se memorizaba folletos turísticos. Según sus cálculos podíamos

viajar a Europa con un presupuesto de cinco dólares diarios. “¡Y eso incluye alojamiento, comida y transporte!”

Orábamos por la bendición de Dios sobre nuestras decisiones y luego nos dormíamos soñando con aventuras.

Mientras tanto, el ambiente en mi trabajo de jornada completa en la fábrica me hizo abrir los ojos ante la desesperanza de la sociedad. Las personas en el trabajo parecían no ir a ninguna parte. Sus ambiciones personales se limitaban a obtener un aumento y a tener libres los fines de semana. Las palabras vacías y vulgares dominaban casi toda conversación. Todo el lugar constituía una amenaza para cualquier crecimiento intelectual o espiritual.

Shirley y yo nos contentábamos con planear acerca de un mejor mañana. Ella se convertiría en sobrecargo de una aerolínea internacional, satisfaciendo así sus deseos de aventura. Yo también esperaba hacer algo atrevido y único.

Después de ocho semanas, el período de entrenamiento de Raúl había terminado y recibí un llamado de su madre. “¿Sharon? Soy Josie. Raúl llamó y quiere que te llevemos con nosotros para la graduación de su entrenamiento básico”.

“Gracias por invitarme”, respondí respetuosamente, “pero ya tengo planeado ir con una amiga”. Un nuevo temor se apoderó de mi corazón: ¿Me aceptarían sus padres y hermanos?

Llegó el día. Un brillante cielo azul nos acompañó todo el camino desde Los Ángeles hasta San Diego. Al llegar conocí a una encantadora familia.

Primeramente, Josie corrió a nuestro encuentro. Mi crianza latina me permitió reconocer la fuerte sangre española que corría por sus venas. Ella, una guapa señora de finas facciones. El padre, reflejaba en su contextura la mezcla germano-mexicana de sus padres. Josie era extrovertida y amistosa. El padre, también era entretenido, pero más reservado.

Raúl tenía un hermano menor, Javier. También tenía dos hermanas. Sonia, una preciosa pequeña de 12, y la pequeña Chrissy de quien me enamoré a primera vista.

La familia Ries me dejó muy en claro que estaban muy complacidos con la novia que Raúl había elegido. “Papi” como llamábamos al padre, se veía especialmente impresionado por la facilidad con que fluía mi español. Me probó con innumerables preguntas y recibía mis respuestas con una sonrisa aprobatoria.

Nuestra conversación cesó al momento de cruzar la base naval, y nuestra atención se centro en los cientos de infantes de marina perfectamente formados y meticulosamente uniformados. Marchaban por todo el lugar recitando sus cadenciosas canciones de marcha.

En el momento en que Raúl apareció, ya no vi a nadie más. Estaba impresionada con su apariencia. ¡Ciertamente un poco de ejercicio podía hacer que un ya perfecto espécimen humano se viera aún más espectacular! ¡Qué orgullosa me sentí que éste hombre no sólo fuese atractivo, sino también exitoso! A mis ojos él era perfecto. Se había graduado con honores. La familia estaba orgullosa. En el silencio de mi corazón yo deseaba que él fuera mío.

“Sí, le esperaré”, decidí. ¿Qué otra cosa podía hacer? De algún modo esto me hacía sentirme como si hubiera encontrado la pieza perdida del rompecabezas de mi vida. Le daba la bienvenida a mi mundo, aunque sabía que eso significaría estar sola.

Aquel Septiembre, Raúl continuó con su entrenamiento de infantería en el Campamento Pendelton, cerca de San Diego. Después de un par de cartas, dejó de escribir. Yo no podía creer lo obsesionada que estaba con él. Una vez más, me encontraba esperando interminablemente a que el cartero apareciera.

Mi trabajo en la universidad se me hacía sumamente difícil puesto que Raúl estaba constantemente en mis pensamientos. ¿Cómo había dejado que esto me volviera a pasar? Los días me parecían una eternidad. Un sentimiento de vacío me perseguía.

Alrededor del primero de Diciembre, en un día inusualmente frío, me encontré cara a cara con Raúl, de manera inesperada en un supermercado cercano.

Su rostro se veía sorprendido. “Hola Sharon, ¿Cómo estás?”

“¿Qué estás haciendo aquí?” Mi voz delató mi asombro.

Quería preguntarle por qué no había llamado, ni escrito, pero no pude. No quería escucharle decir que lo nuestro se había terminado. Pero él anticipó mi pregunta, y me respondió con una mentira.

“Lamento no haberme mantenido en contacto, Sharon. No nos dejaban escribirle a nadie. Y desde que volví a casa he estado demasiado ocupado para mi partida”. Después supe que había estado en su casa cerca de un mes y que había pasado todo ese tiempo con sus antiguos amigos de la secundaria.

“Bueno, tengo que irme. Fue bueno verte”. Caminé hacia mi auto, temblando y sintiéndome humillada.

Raúl me siguió, “Sharon... lo siento. De verdad. De verdad quiero que seas mi única chica – en serio. ¿Crees que tengo alguna oportunidad? ¿Crees que un tipo como yo pueda tener una chica como tú?”

En ese instante supe, con todo mi corazón, que esta era mi oportunidad para alejarme de él – para correr con todas mis fuerzas. Cualquiera que fuese el amor que yo sentía por él, era de una dimensión diferente a todo lo que yo había conocido antes, pero percibía el peligro. Mis pensamientos estaban en pugna. La experiencia del pasado me advertía que terminase la relación. Mi crianza me decía a gritos que me diese vuelta y me fuese. Entonces, como de costumbre, mi voluntad cedió. Raúl me había convencido para intentarlo de nuevo.

Desde que tomé esa decisión fui arrastrada por una marea de acontecimientos que me costaron sufrimientos inimaginables.

Mientras manejaba a casa, la voz suave e instructiva de Mamá se levantó sobre mis confusos pensamientos: “Una relación con una persona cuya vida no está centrada en Dios sólo puede traer sufrimiento.”

Yo estaba bien familiarizada con el dolor causado por la separación, pero el dolor que estaba sintiendo ahora era diferente. El silencio de Raúl, sus mentiras, y después su inexplicable deseo de que yo fuese su novia originaron en mí una desconfianza e inseguridad que nunca antes había enfrentado. Yo racionalizaba que todas mis relaciones habían sido dolorosas de una u otra manera. Y yo todavía no había ubicado ese novio cristiano ideal.

Cuando Raúl se fue para Vietnam, él no quiso que yo le viese partir. Pero antes de irse, él llamó. Había un inusual tono de desesperación en su voz, aunque él intentaba hablar con la jovialidad de siempre.

“¿Prometes escribirme?” preguntaba repetidamente.

“Lo prometo. Soy experta en eso”, le aseguré.

“¿Crees que logremos salir de esta?” Se le oía genuinamente preocupado.

“No lo sé, Raúl. Si es la voluntad de Dios, así será.”

“Te amo Sharon. De verdad. Te voy a extrañar.”

“Yo también te extrañaré” le respondí, comenzando a creerle.

Cuando nos despedimos, las lágrimas empapaban mis mejillas.

Esta vez Raúl cumplió su palabra. Escribió desde el *U.S.S. Gaff*, el barco en que partió. Escribió desde el campamento, desde la selva, desde el barco *U.S.S. Sanctuary* después de ser herido. Incluso escribió desde el Japón.

Mientras leía sus cartas, a veces me preguntaba si él estaba muerto. Lloraba mucho, y estudiaba sus fotografías bajo el microscopio en mi trabajo.

Cada nueva carta me traía la seguridad de que continuaba con vida y me daba esperanza para el futuro. Ahora él estaba haciendo muchos planes para ambos.

“Por favor espérame. Regresaré a casa. Lo prometo. Cuando vuelva, ¿te casarás conmigo?”

Yo siempre respondía que no podía casarme con él porque él no era cristiano. Pero, además de eso, yo no confiaba plenamente en él. Trataba de contarle acerca de los planes que yo tenía para mi propia vida. “Yo quiero servir a Dios del modo que mis padres siempre lo han hecho. Quiero descubrir los planes que Dios tiene para mí...”

En lo profundo de mi interior yo creía firmemente que un día sería misionera en alguna tierra lejana.

“Pero si yo soy cristiano” me escribía Raúl, tratando de convencerme. “¿Acaso no fui a la iglesia contigo? Además, yo nunca podría herirte, porque tú eres la única mujer que he amado en mi vida. Voy a pasar todo mi tiempo contigo - ¡ya verás!”

Su correspondencia también revelaba su necesidad de ser amado, y yo deseaba amarlo. Había un vacío en su naturaleza que sería llenado una vez que conociese a Jesús. Él era sencillo y sin complicaciones, e infantil en algunos aspectos. Pero, por sobre todo, él me amaba y yo deseaba ser amada por él. Estaba determinada a perseverar en esta relación.

Pasó un año. Papá había estado yendo conmigo a clases a la universidad por la noche. Eran complejas y cansadoras, pero su ánimo hizo posible que yo perseverara. Mi padre jamás me criticó ni dijo una sola palabra de desaliento. Su entusiasmo me convenció de que dejara mi aburrido trabajo y enfrentara un sobrecargado programa universitario diurno.

El primer día de clases desperté antes que la alarma se apagara. Había luchado toda la noche con pesadillas de malas calificaciones en mis clases, salones que se desvanecían y, lo peor de todo, siendo incapaz de comprender largas conferencias filosóficas.

Sin desanimarme, salté de la cama, me coloqué la ropa que había preparado la noche anterior y salí corriendo por la puerta con el programa de materias en una mano y un trozo de pan tostado en la otra. Llegué con una hora de adelanto así que pude encontrar mis clases y la cafetería, como también lugares para estudiar.

Mis intereses habían cambiado desde la secundaria. Ya no me fascinaba la ropa o los eventos escolares. Ya no me esforzaba por mantener amistades con las que yo no tenía nada en común, excepto eventos deportivos. Y, por causa de Raúl, me mantenía a distancia de los muchachos. Mi intelecto, después de 19 años, parecía estar despertando de una siesta de toda una vida. Un deseo de logros académicos se agitó dentro de mí. Mientras tanto, mi espíritu exigía respuestas a algunas preguntas serias. Yo deseaba, de una vez por todas, establecer mi lugar en el plan de Dios, y mi razón para vivir.

Estudiantes y profesores por igual disputaban acerca de la existencia de Dios. Esto era novedoso para mí. Yo nací creyendo en Dios y no podía recordar un solo día en que yo no hubiese creído en Él. Había muchos asuntos que estaban más allá de mi comprensión, y algunos de ellos me intrigaban. Pero el dejar de creer en Dios estaba fuera de toda consideración.

Un día un profesor lanzó un orgulloso desafío: “Atrévanse a abrir sus mentes para descubrir la verdad... ¡la verdad de que realmente Dios no existe!”

Yo acepté su desafío sin restricción alguna. Estaba convencida de que si Jesús realmente era el hijo unigénito del Dios trascendente, ninguna mentira del hombre podría cambiar ese hecho. También concluí que si Dios era el Creador de todas las cosas como la Biblia solemnemente declara, entonces Él sería revelado en el corazón de cualquier materia que yo estudiase. Me fui a mis clases con una mente abierta, determinada a aprender todo lo que pudiese.

Después de escuchar a más de una docena de profesores, todos con opiniones diferentes con respecto a Dios y a la creación, aprendí una verdad muy importante: Podrían haber tantas opiniones acerca de Dios como personas en este planeta. Pero ¿cómo podría alguien determinar quién estaba diciendo la verdad? ¡Sólo Dios podría hablar por sí mismo!

A medida que asistía fielmente a mis clases, día tras día fui descubriendo que incluso los científicos, a pesar de lo eruditos que eran, tenían una capacidad limitada para comprender por completo cualquier materia. Existían vacíos contradictorios en sus teorías, y muchos de los que ellos llamaban “hechos científicos” carecían penosamente de toda evidencia científica. Se me hizo claro que, tal como dice la Escritura, todo conocimiento humano, sin Dios, es incompleto. Sólo adquirimos verdadera sabiduría a medida que se revela a Sí mismo y nos da a conocer Sus planes para nosotros a través de la creación, las Escrituras, y a través de Su Hijo cuyo nombre es la Verdad.

Un día mi profesor de astronomía dijo: “Hoy vamos a examinar algunos de los maravillosos descubrimientos que ha hecho el hombre durante estas últimas décadas.” A continuación describió hechos no visibles a simple vista, concernientes a nuestro universo. Para mi sorpresa, yo ya había leído acerca de estas cosas en mi Biblia. Las declaraciones bíblicas que yo había leído habían sido escritas con perfecta exactitud miles de años antes de esta clase, incluso antes de que el telescopio o el microscopio hubiesen sido inventados.

Pude ver que ni estudiantes ni maestros estaban necesariamente interesados en encontrar “la verdad”. En vez de ello, cada persona escogía creer cualquier cosa que resolviese su propio dilema moral o intelectual sin interferencia de parte de un Dios soberano. Cuán duramente trabajaban para encontrar evidencia que probase sus siempre cambiantes percepciones en vez de construir teorías sólidas sobre evidencia establecida. En todas las clases que tomé, la Biblia era absolutamente ignorada. Esto a pesar del hecho de que ella sigue siendo el documento más antiguo y confiable jamás escrito.

Nadie parecía impresionado de que, aunque la Biblia fue escrita por 40 autores diferentes a través de un período de 1600 años, su uniformidad no ha sido homologada ni su verdad desafiada. En vez de esto, las horas de clases se gastaban discutiendo las diferentes opiniones de “pensadores” a lo largo de la historia – hombres que se fueron a sus tumbas sin descubrir jamás la “verdad”.

Durante esos meses contemplé el universo con sus infinitas maravillas, radiante esplendor, y perfecto orden. Su complejidad declaraba la existencia de un Creador omnipotente y omnisciente. “Es como si hubiese

existido un planificador magistral,” admitió un profesor un día mientras explicaba como nuestro entero sistema solar funciona asociado para dar origen al ciclo de crecimiento de la cosecha.

Aprendí que el hombre, quien esta hecho a la imagen de su Creador y por tanto es semejante a El en sus capacidades de razonar descubrir, y crear, a menudo escoge voluntariamente permanecer ignorante acerca de Dios. Y esto lo hace conscientemente aun cuando la evidencia de su existencia se puede ver claramente en todo lo que Él ha hecho. Pero, por Su gracia, yo no había hecho esta insensata elección. ¡Comencé a sentirme maravillosamente! No sólo había yo creído siempre en Dios, sino que ahora había comenzado a entender la evidencia relativa a Él. ¡El Dios eternamente existente era mi Hacedor!

Mientras tanto, me estaba yendo bien en la universidad. Mi cuenta de ahorros estaba creciendo constantemente, prometiendo un verano de viajes. Y, para coronar todo esto, Raúl volvió a casa inesperadamente.

CAPÍTULO 5

MAREA ALTA

Raúl cojeó hacia mí, cansado y con moretones. Usaba ajados pantalones de combate y deterioradas botas para la jungla. Se movía con rigidez cuidando de las heridas causadas en su espalda por bombas caza-bobo, y de las esquirlas que permanecían adentro de su pierna izquierda. Oscuros círculos enmarcaban sus ojos, dando testimonio de su constante falta de sueño. Había tenido que permanecer constantemente alerta a un ataque del enemigo. Acaricié suavemente su rostro. Parecía tan frágil...

“¡Sharon, Sharon, despierta, ya casi estamos llegando!”

La entusiasta voz juvenil de Chrissy terminó abruptamente con mi fantasía favorita.

“¿Vas a darle un beso bien grande?” Javier estaba embromándome. Yo reí para encubrir mi vergüenza.

“Qué le dirás a mi hermano?” Chrissy era posesiva con Raúl y estaba disfrutando este espontáneo interrogatorio. “¿Vas a casarte con él? ¿Qué te vas a poner? ¡Yo quiero estar en la boda!”

“No lo sé, Chrissy. ¿Qué es lo que te vas a poner tú?” Me reí, tratando de desviar las preguntas hacia ella misma.

Por cierto, no tenía respuestas para las preguntas de la familia Ries. La verdad era que yo tenía un buen número de mis propias interrogantes.

Íbamos todos apretujados en su camioneta Volkswagen, haciendo el viaje de ocho horas al Hospital Naval de Okland en el norte de California. Raúl había llamado a sus padres temprano esa mañana, pidiéndoles que viniesen a verle, y que me llevasen. Después de 11 meses de la más insoportable guerra en la selva que se pueda imaginar, tenía una extrema fatiga de combate. Lo habían regresado en vuelo desde Vietnam dos meses antes de su fecha esperada de retorno. Su familia desbordaba de gozo.

En cuanto a mí, apretujada en un vehículo con cinco personas que no conocía muy bien, mis nervios eran un desastre. Un caso crónico de enamoramiento, la continua inseguridad acerca del futuro, y la emoción de ver nuevamente a Raúl me habían dejado casi sin habla. Fijé mi vista hacia fuera de la ventana esperando evitar nuevas conversaciones.

La fértil tierra que se extiende entre Los Ángeles y San Francisco estaba lista para la cosecha, a punto de proveer los abundantes productos agrícolas que hacen de California un estado tan fructífero. Esponjosas nubes flotaban a través del amplio firmamento sin sentir preocupación alguna, obedeciendo al transcurrir de la naturaleza según Dios disponía que ellas hicieran. Recuerdos de otro viaje en automóvil me hicieron retroceder diez años.

Durante una visita a los EE.UU., Papá nos hizo entrar a Mamá, Shirley, a mí y a nuestras pertenencias, en una camioneta nueva de 1958, rosada, marca Rambler. Teníamos apenas espacio suficiente para sentarnos. Nos había conducido sin compasión de un estado a otro en medio del más terrible calor de verano que yo haya experimentado jamás.

Unos amigos que habían apoyado a mis padres en el campo misionero nos habían invitado a visitar sus casas e iglesias, y a compartir nuestra aventura misionera con ellos. Papá era impresionantemente hábil para incorporar a la gente a nuestro mundo. Sus presentaciones de diapositivas hacían que los espectadores se sintiesen llevados a bordo de un trasatlántico y transportados a tierras lejanas donde se encontraban con las alegrías y peligros de nuestras vidas. La gente reía y lloraba y muchos hombres y mujeres renovaban el compromiso de sus vidas con Dios.

Papá tenía una pasión por la gente que irradiaba de todo su ser. “A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a Su mies.” Papá repetía las palabras de Jesús, y esas palabras quemaban en el interior de mi joven corazón.

“¡Yo iré! ¡Yo iré! ¡Envíame a mí!” Gritaba en mi interior. En cuando a mí, el único lugar para estar era en el campo de las misiones.

Mamá había escuchado en su corazón el llamado para ir “al Sur del Río Grande” siendo una niña de 13 años. Para cuando tenía 16 era la directora de Avances Juveniles Interdenominacionales en el área de Los Ángeles.

Papá, un bachiller de 26 años recién salido del Instituto Bíblico de la Biblia Abierta, visitó uno de esos encuentros mientras iba con rumbo al campo misionero. Desde el momento en que la vio entrar confiadamente “como un ángel, vestido de blanco,” él supo en su corazón que Dios se la había traído. A los ocho meses estaban casados y un año después en el campo misionero.

A través de nuestras vidas, el amor de Mamá hacia Dios se expresó en su fiel apoyo a Papá en todo lo que él hacía. Durante aquel viaje, como siempre, Shirley y yo hicimos nuestra propia contribución juvenil. Nos unimos a Mamá, cantando en español sus canciones favoritas de adoración y acción de gracias al Señor.

Después de asistir a la iglesia, los pastores y sus familias generalmente nos obsequiaban una cena estilo americano, con pollo frito, puré de papa y salsa. Luego nos agradecían amablemente y nos despedían con una ofrenda en dinero que nos permitía pagar la gasolina. A veces nos deteníamos en restaurantes de paso en la carretera. Fue allí que consumimos nuestras primeras hamburguesas, helado con Coca Cola, y papas fritas, servidas para nuestro asombro, por muchachas adolescentes que venían en patines de ruedas para atendernos a través de las ventanillas de nuestro auto. Durante los prolongados y calurosos tramos de conducción, Papá nos enseñaba breves lecciones de historia y nos proporcionaba hechos interesantes acerca de cada estado. Mamá nos entretenía, cantando tanto canciones del folklore americano como melodías de inspiración y de fe. A la puesta del sol ella nos contaba alguna historia de la Biblia, lecciones que encerraban inapreciables valores en nuestros corazones. Nunca pudo haberse imaginado hasta qué punto esas enseñanzas informales me guiarían a través de tiempos de duda y oscuridad.

Echaba de menos a Mamá ahora. Necesitaba a Shirley para que me ayudase a entender lo que me estaba sucediendo. Cerré mis ojos como a menudo hacía cuando necesitaba ordenar mis pensamientos.

“Nunca estás sola” había dicho Mamá muchas veces. Mi corazón respondía, “Dios está aquí, El siempre está aquí para que yo le hable.” “¿Qué voy a hacer?” le pregunté a mi Compañero Eterno.

Raúl había escrito diciéndome que deseaba casarse conmigo una vez que llegase a casa. Yo no estaba preparada para eso en absoluto. Todavía tenía que completar dos años de universidad, y sabía que nunca me podría casar hasta que regresara a Chile.

“Me pregunté, ¿Qué será de la vida de Fernando?” Dolorosos recuerdos se agolparon en mis pensamientos. Había pasado mucho tiempo desde que nos habíamos escrito. Necesitaba regresar a Chile a ver qué sucedía con Fernando, antes de que pudiera tomar decisiones importantes acerca del futuro.

“Necesito tiempo, bastante tiempo,” pensé. “Necesito tiempo para estar con Raúl, para llegar a conocerle, para hablarle de mí, de mis planes, y de mi Dios. Iremos juntos a la iglesia”, decidí. “Él llegará a conocer a Dios y entonces estará bien delante de Dios que nosotros estemos juntos. Viajaré durante el verano y terminaré en la universidad mientras él termina los dos años que le restan en la Marina.”

Era un plan perfecto. Después de todo, yo solo tenía 19 años. Papá siempre decía que 26 era una buena edad para casarse. Satisfecha con esta decisión, concluí que todo resultaría bien. Parecía como si un viento hubiese comenzado a soplar mientras conducíamos a través de San Francisco, despejando la polución de los cielos de la ciudad.

Habíamos viajado toda la noche y estábamos acalorados, arrugados y despeinados. “¿No podríamos ir primero al hotel para asearnos?” Mi pregunta fue respondida silenciosamente mientras miraba por la ventana del auto y veía el Hospital de Oakland.

El padre de Raúl nos dio diez minutos para ir al baño para cepillarnos los dientes y refrescarnos. No tenía sentido discutir con él – sólo teníamos una hora para ver a Raúl.

“El cabo interino Ries saldrá en unos pocos minutos. Tomen asiento allí afuera” indicó un oficial de policía militar, apuntando a una mesa de picnic sobre el prado. Mientras esperábamos, miré alrededor sorprendida por la enormidad del complejo del hospital naval.

Me desconecté de la conversación de la familia de Raúl y nuevamente me dejé llevar por mi imaginación. Reviví mi sueño una vez más, imaginando a Raúl en sus desgastados pantalones militares, emergiendo de las barracas, abriéndose paso directamente hacia mí, abrazándose gentilmente...

Justo entonces le vi. Un escalofrío partió desde mi cerebro y se deslizó lentamente bajando por mi espina dorsal. Esto era muy real y allí estaba el Infante de Marina de mis sueños, al que yo había estado esperando. Venía caminando hacia nosotros con un impecable uniforme verde.

Mis fantasías me habían engañado. Se veía saludable y fuerte. En cuanto a heridas de combate, un muy leve coqueo era el único cambio perceptible. Once meses de combate le habían hecho madurar. Se había puesto

más atractivo, muy serio, y extremadamente masculino. La chispa juvenil de sus ojos había sido reemplazada por una mirada aguda y penetrante.

Algo explotó dentro de mí. Todos los largos meses de mezcladas emociones – temor y deseo, desconfianza y lealtad, anhelos e independencia – se combinaron y convirtieron en un sentimiento que nunca antes había conocido. En ese momento culminante, no me importó que Raúl fuese cristiano o no. No me importaba lo que realmente era Raúl en su interior. Simplemente me gustó el Raúl que yo vi, y lo quería para mí.

Me senté tranquilamente mientras su familia lo abrazaba y besaba. Deben haberle hecho cientos de preguntas. Nuestros ojos comunicaban frustración y el deseo de estar solos, pero no había tiempo. Nunca lo hubo. La hora se terminó con un beso en la mejilla y una vez más estábamos separados. ¿Cuánto tiempo sería esta vez?

Durante los siguientes seis meses, a Raúl le concedieron unos pocos permisos de fin de semana. El viaje de ocho horas desde Oakland a Los Ángeles y el regreso sólo nos dejaba unas pocas horas para disfrutar de nuestra mutua compañía. Esto se hacía aún más difícil por el hecho de que éstas eran nuestras primeras oportunidades de estar juntos en tres años. Las horas contaban como segundos cuando estaba con Raúl. Una vez que se iba, incluso los minutos parecían alargarse para siempre.

Los dos Domingos que estuvo en casa me acompañó religiosamente a la iglesia. Participaba de la comunión e iba al altar a orar cuando el que ministraba así lo sugería. Como buen católico que era, estaba dando los pasos convencionales, tratando de comprender en qué consistía mi Dios. Sin embargo, yo estaba convencida de que él era sincero en sus actitudes religiosas. Seguramente algún día él encontraría a Dios por sí mismo y llegaría a conocerle personalmente.

Después de pasar por seis meses de terapia obligatoria en el Hospital Naval de Oakland, Raúl fue transferido a Camp Pendelton, una base de Marina a dos horas de nuestra ciudad, donde había hecho su entrenamiento de infantería. No mucho después de ser reubicado allí llegó la Pascua. Raúl pidió a algunos de sus amigos y a su familia que acampasen en la playa cerca de la base de la Marina para que él pudiese pasar un fin de semana con nosotros.

“Sharon, ¿por qué no vas con Raúl el Viernes temprano en la mañana y reservan un buen lugar para acampar?” sugirió Josie. “Papi y yo cruzaremos la frontera con México, compraremos algunas provisiones, y nos reuniremos con ustedes allí el Viernes por la noche.”

Raúl y yo estábamos entusiasmados. Al fin podríamos estar unas pocas horas solos antes de que llegasen los demás. Nos encontramos como habíamos acordado. Un día entero con él me pareció como si hubiesen sido unos pocos minutos. Jamás una puesta del sol había sido tan preciosa. Mientras esperábamos el atardecer, se hizo de noche, y la noche amanecer. Nuestros besos condujeron al tipo de pasión que demanda satisfacción.

Obviamente, nadie apareció – ni siquiera los padres de Raúl. Más tarde supimos que todos habían tenido un cambio de planes de último minuto.

Nos habíamos encontrado en el lugar de acampar el Viernes Santo. Ahora los primeros rayos brillantes del Sábado irrumpían a través del horizonte. No había dormido en toda la noche. La playa estaba quieta y serena. Yo no.

Las olas del mar habían golpeado la playa toda la noche, barriendo pisadas y castillos de arena, dejando la rivera suave y limpia. ¡Cuánto deseaba que los sucesos que habían ocurrido allí en la oscuridad de la playa hubieran podido ser limpiados de mi memoria con la misma facilidad! Había roto mi voto con Dios.

Toda mi vida le había hecho promesas al Señor, creyendo que al hacerlo iba a evitar, de alguna manera, que le desobedeciera. ¿Cómo podría alguien romper una promesa hecha a Dios? El hecho era que yo me las había ingeniado para hacerlo más a menudo de lo que me atrevía a recordar. Esta vez el caso era serio, y yo lo sabía.

“¿Por qué?” me preguntaba. “¿Por qué no pude vivir según la ley de Dios?”

Mientras manejaba de regreso a casa, Raúl parecía incapaz de entender mi conflicto. “¿Por qué estás tan molesta?” me preguntó intrigado. “Tú sabes que te amo”.

“Lo sé, Raúl, ¡pero esto no es como yo quería que fuera nuestra relación!”

Intenté explicarle, pero mis palabras no podían expresar la inmensidad de mi desesperación.

“¿Por qué no podemos casarnos?” preguntó nuevamente.

“¡Porque Dios dice que no!” repliqué enérgicamente. “¿No entiendes? Ya he desobedecido a Dios demasiado. Ahora, quiero hacer las cosas a Su manera. ¡Quiero lo mejor que Él tiene para mí! ¿No te das cuenta?”

Yo sabía muy bien que había llegado a ese momento porque mi corazón y mi alma habían pertenecido a Raúl, y no a Aquel que legítimamente era mi Dueño. Raúl Ries me había distraído de Dios y de Su palabra.

“No, no entiendo, Sharon. Si me amas y yo te amo, ¿qué más puede haber?”

“Está la voluntad de Dios. ¡Y Su voluntad está impresa en las páginas de un libro que no he estado leyendo ni obedeciendo! Su voluntad lo es todo. Es vida... ¡En realidad, yo no debería ni estar saliendo contigo!”

A estas alturas yo ya estaba llorando. A pesar de todo lo que estaba diciendo, estaba muy segura de que nunca dejaría a Raúl. Y creo que en ese entonces ya sabía que iba a tener que sufrir graves consecuencias.

Raúl disminuyó la velocidad y detuvo el auto a un lado de la autopista.

“Sharon, ven aquí. Déjame abrazarte. Ahora escucha. Te amo. Te prometo... que voy a ser un cristiano tal como tú quieres que yo sea, pero, por favor, sólo dame tiempo, tengo que aprender, eso es todo. De verdad, te lo prometo. Lo haré por nosotros.”

“Raúl, ¿y si quedo embarazada? ¿Qué voy a hacer? ¡Lo he arruinado todo y temo que Dios me vaya a castigar severamente!” Apenas podía hablar por el llanto.

“Sharon, no vas a quedar embarazada. Y por último, si lo estás, ¡tendrás que casarte conmigo!”

En un sentido él estaba bromeando conmigo. Pero el amor en sus palabras me hizo sentir segura. Me convenció de que me amaba y de que sus intenciones eran correctas. Me convenció de que me ayudaría a salir adelante, sin importar lo que sucediera.

No pasó mucho antes de que sus palabras fueran puestas a la prueba.

CAPÍTULO 6

EL CAPITAN Y YO

Al instante en que llegamos a casa, salté del Karman Ghia rojo de Raúl y corrí al buzón. Dejando mis preocupaciones a un lado por el momento, apenas podía esperar a ver si había alguna carta para mí de Mamá y mi hermana. Ellas habían partido en un viaje misionero a Colombia.

No mucho antes de eso, Shirley había hecho un serio compromiso con Dios, entregándole su vida y su futuro. Ahora había tomado un descanso de sus estudios y había regresado a su país natal. El llamado de su corazón la había llevado más allá de la civilización contemporánea, a un lugar en el que las comodidades modernas son desconocidas, donde los ríos se usan para asearse, y donde las lumbreras de Dios en el cielo y el tibio resplandor del fuego es lo único que ilumina el mundo.

Mis padres fueron a El Secreto un año después de su boda, a cumplir un llamado misionero que ardía en sus corazones. Ahí, con la ayuda de algunos rancheros nativos, tallaron, en la roca de la cima de una montaña, una estación misionera, en la profundidad de la selva. Todas sus provisiones tenían que ser llevadas a lomo de mula.

No recuerdo el lugar exacto. Sin embargo, sí recuerdo nuestra difícil partida durante la revolución religiosa que tuvo lugar entre los años 1948 y 1958. Esta sublevación intentó detener el avance protestante en todo Colombia, y dejó una secuela de atrocidades y asesinatos en masa en su sangrienta historia. Mamá, Shirley y yo tuvimos que abandonar nuestra amada misión amenazadas a punta de metralleta. Temblando, nos subimos a un pequeño avión D-C3 para carga y pasajeros, cuyo piso estaba cubierto de sangre, como testimonio de la crueldad de los revolucionarios.

Papá se había rehusado a salir, así que un comandante fanático lo encarceló temporalmente en un campo de concentración. Durante esa época de violencia, las vidas de nuestros niños estuvieron bajo constante amenaza, y la misión fue allanada y quemada. Cuando terminaron, no quedó nada, excepto las gruesas murallas de 14 pulgadas de concreto y ladrillo. Aquel rígido y ennegrecido monumento permaneció ahí como un mudo recuerdo de los únicos pasos hacia el progreso vistos alguna vez en aquella primitiva región.

No es ningún secreto en nuestra familia que Mamá dejó su corazón en Colombia. En ocasiones, ella hablaba acerca de “el lugar en la llanura, donde se encuentran dos ríos que desafían el terreno, donde las palmeras crecen altas y erectas, y la vida silvestre es libre, y donde, en la cima de un alto cerro, una misión espera”.

“Algún día yo también iré” me prometí silenciosamente.

“¡Una carta! ¡Recibí una carta de Shirley!” Extasiada, la leí para mí misma, y luego en voz alta para Raúl.

Marzo 7, 1968

Querida Sharon,

¿Cómo estás? ¿Recuerdas todos los kilos que bajé para las entrevistas en las líneas aéreas? Bueno, los volví a subir.

Todo lo que comemos es pan, plátanos, cocidos y arroz. Si tenemos suerte, nos damos un gusto – ¡sopa de cabeza de pescado! Sí, adivinaste – con ojos mirándonos.

Tengo las piernas todas hinchadas por picaduras de zancudos. Como ya no tengo malaria, les encanto. Ahora entiendo como te hinchabas y la comezón que sentías cuando eras una niña.

POR FAVOR, no dejes que nadie use mi abrigo de piel de conejo.

Mamá dice que te agradece que cuides a Papá y de la casa y que te escribirá pronto, con todos los detalles.

¡No estudies demasiado!

Te quiero,

Shirley

¡Pobre hermana, debe estar hecha un desastre! ¡Y ¿quién querría usar un abrigo de piel con este calor?! No pude evitar reír.

Le di a Raúl un beso de despedida, entré a la casa, me tiré sobre la cama y lloré. Mi corazón ardía de deseos de estar con Shirley, ahí en la selva, subiendo de peso para poder ser el almuerzo de algún insecto. Quería ir a la misión, y colgar de una hamaca mientras los murciélagos dieran vueltas por la habitación y las ratas se pasearan por entre las rendijas.

“Oh, Dios” lloré, “perdóname... por favor... dame otra oportunidad... quiero ser misionera...”

Aquella noche, antes de irme a dormir, un cuadro que Mamá había colgado en mi dormitorio me dio ánimo. Mostraba a un hombre joven que dirigía un barco cuidadosamente en medio de una fuerte tormenta. A su lado se veía a Jesús indicándole el camino.

Una oración brotó de mi atribulado espíritu: “Sé mi Capitán, Jesús. Indícame el camino... ¡por favor!”

Abrí mi Biblia en los Salmos. Mamá siempre me decía que los Salmos me animarían. Los leí uno por uno, desde el principio. Entonces me detuve en el Salmo 34, versículo 19. Aquellas palabras penetraron en mi corazón como una espada: “Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará Jehová”.

Me quedé dormida pensando en ese pasaje, pero me costaba digerirlo. Primero que todo, no me sentía justa en lo más mínimo. En segundo lugar, no me gustaba la idea de que el hombre tuviera muchas aflicciones. No quería volver a sufrir.

Luchando con la Palabra de Dios, lloré hasta conciliar el sueño.

Durante las semanas siguientes, me encontré muy ocupada con cosas de la escuela, trabajo de la casa y cocinando para Papá y para mí. Sólo se podía escuchar una oración en mis labios:

“Señor, no permitas que quede embarazada”.

Aquel interminable mes por fin pasó. Un sábado temprano, llegó Raúl.

“¿Cómo está mi amor?” Raúl me tomó fuertemente en sus brazos y comenzó a besarme.

“Raúl, ven a la cocina. Tengo algo que decirte”. Le hice a un lado y caminé delante de él. Me senté.

“Raúl, ¡estoy embarazada!”

“¡Bromeas! ¿Cómo lo sabes?”

“¡Lo sé, Raúl. Créeme, lo sé!”

Raúl me tomó en sus brazos impetuosamente y comenzó a mecarme por toda la cocina. “Vamos a tener un bebé... ¡no puedo creerlo! ¡Voy a ser papá! ¡Ahora tendrás que casarte conmigo!” dijo casi sin respirar.

Estaba absolutamente atónita. ¿Cómo podía estar tan alegre? Para mí era casi el fin de mi vida. Tenía tanto miedo de tener un bebé. Un bebé no estaba incluido en ninguno de mis planes. Ni siquiera sabía como era tener un bebé, mucho menos como cuidar a uno. Ser madre significaba que no podía terminar mis estudios ni viajar. No podría ser misionera. Lo peor de todo era que había traído vergüenza sobre mí y mis padres.

“Raúl, no tienes que casarte conmigo”, añadió. “Yo cuidaré del bebé sólo”.

“*Nuestro* bebé...” dijo interrumpiéndome. “¡...es nuestro bebé y tú te casarás conmigo!”

Creo que me habría muerto de vergüenza si él no me hubiera respondido de esa manera. Yo sí quería casarme con Raúl. No sólo estaba locamente enamorada de él, sino que quería arreglar las cosas lo más pronto posible. Había roto las leyes de Dios al unirme con un hombre que no era mi esposo, un hombre que no conocía a mi Señor.

Pero ya no estaba sola. A través de éste bebé, me había unido a Raúl de por vida. El siempre sería el padre de mi hijo.

Repentinamente nos habíamos convertido en una familia – Raúl, el bebé y yo. Si mi bebé había de ser todo lo que Dios quería que fuera, su padre tenía que llegar a conocer a Dios. Haría todo lo que fuera necesario para hacernos una familia recta y aceptable delante de Dios. No me importaba si me tomaba toda la vida.

Tal determinación en mí me asustaba, pero la vida sin Raúl me asustaba más aún. Sentí que si podía llevar a Raúl a casa conmigo, si podía sacarlo de su medio ambiente, podría mostrarle el camino hacia Dios. En la Biblia yo había leído que un esposo que no fuera creyente podía ser llevado a Dios animado por el estilo de vida de una esposa creyente. Requeriría un compromiso total hacia Dios. No iba a permitir que nada se interpusiera entre Dios y yo.

Siempre supe que iba a tener que enfrentar las consecuencias de mi pecado. Todos en la Biblia las sufrían. Pero a esas alturas ya me había arrepentido sinceramente y había aprendido en la Biblia que si obedecía a Dios, iba a empezar, tarde o temprano a ver los beneficios – los privilegios especiales que uno recibe cuando

se somete a los caminos de Dios. Solo necesitaba aprender a obedecerle a El completamente. Le seguiría enteramente, con todo mi corazón y alma hasta aprender.

Jamás acepté en mi mente el hecho de que nuestra vida juntos no iba a funcionar. El Dios en el que yo había llegado a confiar, durante el trayecto de la historia, siempre había restaurado a Su pueblo y los había llevado a una nueva relación con Él, cada vez que a Él se volvían. Aquel en quien yo creía había abierto el Mar Rojo para salvar a Sus hijos de sus adversarios, y luego dejó que los malvados fueran tragados. Mi Libertador había cerrado las bocas de los leones hambrientos cuando un hombre de Dios fue lanzado a ellos. Dios estaba de mi parte y permanecería ahí mientras yo permaneciera cerca de Él.

Un día intenté compartir estos pensamientos con Raúl. Le expliqué que mi familia y yo vivíamos para Dios y que yo estaba resuelta a enseñarle a mis hijos los mismos valores. Quería que mi futuro esposo comprendiera en qué se estaba metiendo. Perplejo, tratando de asimilar lo que yo le decía, me sostuvo fuertemente y en tono pensativo me dijo, “Sharon, siempre he querido un hogar feliz. Mi sueño se hizo realidad cuando te conocí. Tú eres la única mujer a la que he amado, y te amaré por siempre”. Creí en que lo haría.

El domingo siguiente, Raúl pasó hasta el altar para orar al término de un estudio bíblico. Ciertamente estábamos camino a una restauración.

Para mi sorpresa, experimenté una increíble fortaleza al enfrentar los meses venideros. Tuve que enfrentar mi embarazo, planes para la boda y el más difícil de los semestres y exámenes que me había tocado. No importaba lo aplastante que pareciera la vida, podía sentir, constantemente la cercanía del Capitán. Encontré una indescriptible paz en mis momentos devocionales con Él.

Aunque mis mejores sueños se habían ahogado repentinamente en las profundidades de mi desobediencia, parecía que la mano del Señor permanentemente me mostraba la dirección en que debía ir. Sentí una paz que sobrepasaba mi entendimiento.

Pronto me di cuenta que yo no podía seguir en control de mi vida. Solo Dios podía traer orden a este desastre. Con El a cargo, pensé que no era necesario herir a mis padres, así que no les conté a ellos ni a nadie (excepto a Shirley cuando volvió de Sudamérica) respecto a mi embarazo. Sentía que mi secreto estaba a salvo al cuidado de Dios.

Raúl estuvo de acuerdo en mantener el secreto. Sin embargo, él le contó a su madre; su reacción fue muy cariñosa, y me acompañó a los exámenes médicos. Raúl inmediatamente tomó el control del asunto y se hizo responsable de mí. Me hacía sentir tan bien. Una noche, mientras cenábamos en mi casa, con mucha valentía le pidió mi mano a Papá. Él, siendo un hombre de pocas palabras, dijo “No”, explicándole que yo necesitaba terminar mis estudios, le ofreció a Raúl más ensalada, y terminó su cena calmadamente. Claro está, que decidimos que sería mejor casarnos de todos modos.

Lloré desconsoladamente mientras escribía una carta que debió haber sido la más feliz de todas. En ella, le informaba a Mamá y a Shirley de la fecha y los planes para la boda. “...tendremos una boda sencilla. Escogimos la fecha en que tú te casaste Mamá, el seis de Julio. Vuelve a casa pronto, te necesito. Te quiero, Sharon”.

Mamá leyó entre líneas. Sabiendo que yo no era precipitada, mucho menos si se trataba de mi matrimonio, percibió mi dilema. Ella y mi hermana ya estaban por partir de todos modos, y me alegró el que no hubieran acertado su viaje por causa mía. Su llegada trajo un gran alivio a mi pesar.

Mi familia nunca indagó respecto a mi secreto. Raúl y yo recibimos el mismo tratamiento amable y cariñoso de siempre. Ni una palabra negativa fue dicha. Mamá y Papá me habían instruido cuidadosamente en los caminos de Dios. Todo lo que podía haberse dicho acerca de nuestra desigualdad espiritual ya había sido dicho. Por éste hecho les estaría eternamente agradecida. Durante ese período extremadamente difícil no podría haber soportado otra herida en mi ya destrozado corazón.

Le debo la misma gratitud a la familia Ries. Nunca nos recriminaron por mi inesperado embarazo.

Una noche, mis padres, Raúl y yo estábamos conversando acerca de dónde viviríamos una vez casados. Mamá dijo, “deben vivir solos, siempre, aunque sea en una sola habitación. Solucionen todos sus problemas juntos. No involucren a sus familias”.

“Sharon, no corras a casa cuando tú y Raúl tengan un desacuerdo. Pon a Dios primero en todo lo que hagas”.

“Raúl, la Biblia puede darte toda la dirección que puedas necesitar. Todo está ahí. Léela fielmente y aprenderás a sobreponerte a cualquier cosa en tu camino”.

“Si señora Farrel, gracias”, respondió Raúl seriamente, asintiendo con la cabeza.

Las palabras de Mamá me impresionaron profundamente, aunque en el momento no me di cuenta de la importancia de su significado.

“A propósito”, dijo Papá tratando de que le pusiéramos atención, “tu Mamá y yo hemos decidido regalarles una gran boda. Es una ocasión única en la vida, tu sabes. Sharon, ¡hazte un hermoso vestido porque invitaremos a todo el mundo a esta boda!”

Estaba atónita. Sabía que mis padres de ningún modo podían financiar una gran boda. Significaría un sacrificio enorme de su parte, y yo ciertamente no lo merecía. Su amor era como un ungüento sanador en una herida abierta.

Aquella noche, antes de irme a dormir, oré, “Querido Dios, sé que estás decepcionado de mí. Yo también lo estoy. Por favor, ayúdame a tomar sabias decisiones. ¿Podrías arreglar el desastre que he hecho de mi vida? Te prometo... no, no quiero hacer más promesas... ¿Puedes hacer que yo haga solo aquello que es correcto? Si, eso es. Sólo hazme entender Tus caminos y hazme seguirlos. Y, por favor... ¿aún me dejarías ser misionera algún día?”

La luz de velas fue la única iluminación para los 400 invitados que repletaron el santuario de la iglesia. Blancos canastos con verdes helechos y ramos de flores en tonos pálidos adornaban la capilla, llenando el lugar con una dulce fragancia de jardín. Mis damas de compañía llevaban vestidos matizados de diversos colores pasteles.

Sonia resplandecía en un suave verde menta. Chrissy, que había exigido participar en la ceremonia, caminaba segura por el pasillo, prendiendo las velas. Con un traje azul pálido, Shirley, no dejó de llorar hasta que la ceremonia terminó.

El padrino de boda de Raúl, Javier, estaba al lado de los amigos de Raúl, quienes esperaban erguidos y alineados al lado derecho del escenario. Muchos de ellos, como Raúl, eran veteranos de Vietnam, lo que podía verse en las fieras miradas de sus rostros. Yo esperaba que sucediera algo que los hiciera sonreír. Nunca sucedió, y tengo fotografías para comprobarlo.

Tan pronto como mi prima Janet terminó de cantar “O Prométeme”, la música de la marcha comenzó. Llevaba un hermoso y largo velo de seda pura que era sostenido en mi cabeza por un racimo de flores de naranjo. Caía suavemente sobre mi rostro y cubría completamente mi vestido de raso. Un camafeo de oro de 14 kilates acentuaba la línea de mi esbelto cuello. El vestido era todo lo hermoso que yo hubiera podido imaginar, pero yo no me sentía igual.

Nunca me había sentido tan segura caminando con Papá como en ese momento tan especial. Aunque me sentía débil, el sentir su brazo fuerte me ayudaba a sostenerme de pie. En ese momento entendí completamente porque los padres tienen que entregar a sus hijas. ¡Si no lo hicieran, las hijas jamás llegarían al final del pasillo!

Papá trató de decir las palabras apropiadas al estrechar mi mano. “Serás todo lo que Dios quiere que seas, Sharon, no te preocupes”. Desde el fondo de la iglesia podía ver los ojos de Mamá, llenos de lágrimas, que una vez más me instruían. Las palabras no eran necesarias. Yo podía leer sus pensamientos. “Sharon, hice lo mejor que pude. Dios te dió a nosotros como hija. Yo te dí la Palabra de Dios. Se que saldrás adelante. Tu vida estuvo en peligro al nacer, y le prometí a Dios que te llamarías Sharon Fe si Él salvaba tu vida. También le pedí que no me diera hijos que no fueran a vivir para Él. Así que, Sharon Fe, sígueme y sírvele. Unete a Cristo. Te entrego a Él, no interferiré”.

Una emocionada sonrisa intentó dibujarse en mis labios mientras la miraba. Era tan gentil y serena. Yo sabía que sus fuerzas venían de Dios. Ella confiaba solo en Él.

A estas alturas ya podía ver claramente a Raúl. Sus ojos buscaban los míos. Se veía mejor que cualquier príncipe de cualquier cuento que hubiese leído. Era la realización de todos mis deseos. Yo era su novia y él mi novio, para siempre.

Radiante y lleno de confianza, me esperaba, sin darse cuenta realmente de lo que el futuro nos deparaba. Las dos primeras bancas estaban ocupadas por mi familia. Sabía que ellos iban a estar orando, ese día y todos los días.

Escuché la voz de mi pastor Carl Green preguntar, “¿Quién entrega a ésta mujer a éste hombre en matrimonio?” Papá me entregó, y luego se aproximó al altar para decir los votos del matrimonio con nosotros.

Me inquietó un poco el que Raúl no estuviera prestando atención a la ceremonia. En lugar de eso, Raúl pasó cada uno de esos sagrados minutos susurrándome y diciéndome cuán bella me veía. ¡Durante el cambio de los anillos incluso lo escuché elogiar mis uñas!

A pesar de su falta de interés, yo me esforcé para decir los votos con seriedad y devoción. Las distracciones de Raúl provocaron una inesperada reacción en mí. Me encontré diciendo mis votos a Jesús más que a Raúl.

“Donde quiera que vayas, yo iré”, le murmuré al Señor. “Donde quiera que vivas, yo viviré, tu pueblo será mi pueblo y Tú, Dios, serás mi Dios... prometo amarte, cuidarte y obedecerte”.

De pronto, apenas podía repetir las palabras. Sentí una tibieza que envolvía amorosamente todo mi cuerpo desde la cabeza. Fue una sensación como nunca había experimentado.

“Les presento al Señor y la Señora Raúl Andrés Ries”. El pastor Green terminó la ceremonia presentándonos a la congregación. Al caminar por el pasillo de la iglesia, una suave voz que nunca antes había oído me decía en mi corazón, “No te abandonaré”.

No sé cómo, pero reconocí la voz del Capitán. Tuve la inesperada sensación de que resplandecía. Me sentía virgen y pura. Había sido perdonada.

No importaba lo que me esperaba, mi futuro siempre sería envuelto con la presencia de Dios. Nunca le dejaría.

Y El nunca me abandonaría durante los mejores o peores momentos de mi vida.

CAPÍTULO 7

UN BARCO DE SUEÑOS

Mi fantasía favorita nunca previó el placer y satisfacción que Raúl significó en mi vida inicialmente. Los sueños y esperanzas de mi niñez se desvanecieron de manera inesperada, y sin dolor. El se transformó en mi ayer, mi hoy y mi mañana. Todo mi mundo llegó a ser de él.

Sentía un genuino respeto por la manera en que él asumía sus responsabilidades masculinas. Raúl Ries estaba decidido a triunfar en la vida, y tenía la habilidad natural para lograrlo. Trabajaba duro y cumplía fielmente su rol de esposo y proveedor del hogar. Sin lugar a dudas, él obviamente me amaba con todo su corazón. Yo no quería más que pertenecerle, para “tenernos y amarnos hasta que la muerte nos separe”.

Al tercer día de nuestro matrimonio, Raúl y yo habíamos formado nuestro nido en un acogedor departamento de un dormitorio, en Anaheim, CA. Se ubicaba a medio camino del Campamento Pendelton y nuestro pueblo natal. Lo amoblamos con una cama matrimonial de los padres de Raúl, un sencillo comedor de mis padres, y cerros de regalos de bodas. Lo único que nos hacía falta era un refrigerador. No pasó mucho tiempo antes de que Papá apareciera en nuestra puerta con uno, pequeño y ruidoso, pero que cumplía su propósito muy bien. Era probablemente uno de los primeros refrigeradores fabricados, pero Raúl lo modernizó pintándolo de amarillo brillante.

Raúl tenía muy poco tiempo libre, pero cada minuto lo pasábamos juntos. En ocasiones sobornaba al guardia de la base para venir a casa a pasar la noche conmigo. Las restricciones que tenía me extrañaban, puesto que los otros infantes de marina podían ir a sus hogares durante la semana. La explicación de Raúl era que la seguridad en Pendelton era mucho más estricta. La verdad a mi no me importaba mucho, ya que encontraba encantadoramente romántico que él saliera a hurtadillas para venir a verme.

En Agosto, me quedaba despierta hasta tarde, a causa del calor. Muchas noches las pasaba sentada bajo las estrellas, esperando a Raúl. Al contemplar la inmensidad del firmamento, mis pensamientos se centraban en Dios y en Su grandeza. ¿Quién era yo para que El se acordara de mí? Sin embargo, Él lo hacía.

Pensaba en Jesús, quien era Dios mismo, y que había dejado Su trono en el cielo para cumplir la voluntad de Su Padre. Hizo a un lado lo que le era propio, y tomando la naturaleza de siervo, nació como hombre. Y se humilló a sí mismo, y obedeciendo la voluntad de Su Padre, sufrió la muerte de un criminal, la muerte en una cruz. Al hacer ésto, Jesús se convirtió en nuestro sacrificio, llevando así toda la culpa de nuestros pecados pasados, presentes y futuros, para que nosotros no tuviéramos que ser castigados por nuestras transgresiones. El Rey de reyes y Señor de señores fué herido por Sus súbditos.

No importaba lo que yo hubiera hecho, mi Padre celestial me veía como una hija recta y justa a causa de la muerte y resurrección de Jesús. En la Biblia había leído que aquellos que creen en Jesús y confiesan sus pecados, recibéndole como Señor y Salvador, están libres del peso de la culpa y de la condenación eterna. Había escuchado esto toda mi vida, pero realmente nunca lo había entendido hasta ahora. Pablo escribió en Romanos 8:33 “¿Quién podrá acusar a los que Dios ha escogido? Dios es quien los declara libres de culpa” (Versión Popular). La maravilla de estos pensamientos hacía que mi corazón explotara de alegría.

Las noches que Raúl venía a casa, llegaba poco después de la medianoche. Invariablemente, él me distraía de cualquier cosa que ocupara mi mente. Nos quedábamos despiertos la mitad de la noche. Yo intentaba comunicarle mis más profundos pensamientos respecto a Dios y él me hablaba de sus planes.

“Yo soy un luchador, siempre lo seré. Quiero llegar a ser instructor profesional de Kung Fu. Me gustaría tener mi propia academia algún día”. Mi único deseo era ser la esposa de Raúl, y ayudarle a cumplir su meta. Me quedaba dormida soñando acerca de lo maravilloso que sería todo.

Cuatro meses después de nuestra boda, Raúl entró intempestivamente por la puerta, riéndose con gran fuerza. Me tomó en sus brazos y gritó: “¡Sharon, cariño, estás mirando a un hombre libre! ¡Me dieron mi licencia, y con honores! ¡Una licencia con honores! ¿Puedes creerlo?”

“Raúl, ¿por qué te licencian dos años antes de lo que te corresponde? ¿Y por qué te sorprende tanto que sea con honores? Peleaste en Vietnam, ¿no es así? Fuiste herido dos veces. ¡Casi perdiste la vida!” Me sentía confundida.

“Te diré por qué. Porque al sicólogo de la base no le caigo nada bien. Por eso nunca me deja venir a casa”. Me entregó un análisis médico. Leí el informe y no podía creer lo absurdo que era.

“¡Este doctor está loco!” asentí. “No sabe de lo que está hablando. Dice que tus arranques de ira hicieron que te dieran de baja en la Infantería de Marina. Yo no creo haberte visto enojado nunca, Raúl. ¡Tú no tienes esa clase de carácter!”

La expresión de Raúl se tornó muy seria. Tenía aspecto culpable.

“¿Tuviste esos arranques de ira o no?” El miedo me recorrió el cuerpo. Recordé aquella riña en la escuela que le impidió ser mi acompañante cuando yo fui princesa del bachillerato. ¿Qué tan bien conocía a éste hombre? Además, me sentía un poco decepcionada, porque abrigaba la secreta esperanza de que nos transfirieran, algún día, a alguna base en el extranjero.

“Bueno, tu sabes”. Con tono de seguridad despejó mis temores. “Solo me enojé un poco cuando esos tipos me pusieron a hacer trabajos tontos como sacarle brillo a mis botas y hebillas. ¡A nadie le importaban las hebillas brillantes en Vietnam, eso te lo puedo asegurar!”

A los pocos días, después de recibir su licencia, Raúl comenzó a trabajar de noche en un banco donde su madre también trabajaba. No mucho tiempo después de eso comenzó a estudiar en la universidad durante el día. A pesar de lo ocupado que estaba, aprovechaba cada minuto que tenía para venir a casa. Yo me alimentaba de su amor por mí.

El 21 de diciembre de 1968, día que Mamá celebraba su cuadragésimo sexto cumpleaños, Raúl se encontraba en la autopista San Bernardino, conduciendo a 160 kms por hora. Había recibido una llamada en su trabajo que le informaba que su esposa estaba a punto de dar a luz a su primer hijo. Condujo todo el camino hasta Anaheim con las luces de emergencia encendidas. En el momento en que el nuevo padre se acercaba al hospital Fairview, el pequeño Raúl Andrés y yo estábamos ocupados tratando de hacer nuestro trabajo, ayudando a su cuerpo de 4.7 Kg a salir. Finalmente, se encontró a salvo en mis brazos.

El primer parto fue una experiencia horrorosa para mí. Le tenía miedo al dolor que estaba experimentando. Me preocupaba la enorme responsabilidad de ser madre. Me preguntaba, también, qué clase de padre sería Raúl. Tan pronto estuve a solas con mi recién nacido, lo sustuve en el aire y se lo devolví a su Creador.

“Dios, te entrego a este niño para siempre. Si él no te va a amar, llévatelo. No quiero la agonía de criar a un hijo que no te va a amar”. Tomé la decisión, en ese instante, de que mientras tuviera aliento, criaría a este niño en los caminos de Dios. De este modo seguiría el ejemplo de mi madre y mi abuela, el cual continuaba influenciando las vidas de mi hermana y mía.

Mamá estaba con gripe, así que Shirley, quien estaba de vacaciones en la universidad, fue elegida para ayudarme a cuidar a mi bebé.

Antes de empezar a practicar mi rol de madre con el nuevo pequeño, leí diligentemente todas las instrucciones en los libros acerca de recién nacidos. Entretanto, Shirley desinfectó toda la casa e hirvió todos los biberones y chupones hasta que se desintegraron.

A pesar de que no éramos las enfermeras más experimentadas, Raúl Andrés crecía haciendo honor a su nombre: “comandante fuerte y gentil”. Sobrevivió este tiempo de peligro muy alegremente. Raúl sentía absoluta adoración por su hijo. “Pareces un pequeño sacerdote, campeón”, le decía mientras acariciaba tiernamente su desordenado cabello café.

“¿No es nuestro hijo la más perfecta creación de Dios que hayas visto?”

“Sí, ...claro” respondía Raúl, con una mirada inquisidora en su rostro.

Nunca me había sentido tan contenta. Mi esposo e hijo parecían ser el remedio para todo lo que alguna vez me causó dolor. Durante ese periodo, que fue demasiado breve, el amarlos y cuidarlos quitó la sensación de vacío de mi existencia. Con gusto me entregué por completo a ellos. En lo que a mí concernía, nada en la tierra tenía un valor comparable.

La neblina había caído esa primera Nochebuena, y Raúl no notó el pequeño árbol iluminado de Navidad que yo había colocado en la ventana para sorprenderle. Cenamos a la luz de una vela mientras Raulito dormía cerca de la escena del pesebre, bajo las luces intermitentes. Cuando lo despertamos para alimentarlo, nos tomamos una foto familiar. Yo llevaba puesta una bata nueva. Raulito tenía su gorro que Papá le había dado para “cuando saliera del hospital”, que por cierto le quedaba grande. Raúl, sentado orgullosamente sobre su máquina nueva de ejercicios, luciendo los músculos que había adquirido en la Infantería de Marina.

El día después de Navidad, empacamos nuestras pocas pertenencias y nos mudamos, contra mi voluntad, a Covina, cerca de nuestro pueblo natal. Raúl quería estar cerca de sus amistades y familia. Yo simplemente quería estar con él y visitar a nuestras familias ocasionalmente. En Anaheim estábamos completamente

solos. Ningún amigo había interrumpido nuestra privacidad, ni el teléfono interrumpía nuestro diálogo. El cambio a Covina alteró nuestro tranquilo ambiente familiar. Todo fue diferente.

A horas de nuestra llegada, Raúl comenzó a telefonar a sus antiguos amigos de la secundaria.

Varios días después, pasaba la mayoría de su tiempo libre con ellos.

En unas pocas semanas más, su comportamiento había cambiado radicalmente.

Mi feliz sueño había terminado. Nuevamente estaba sola. El esclavizante vacío regresó.

Lo único bueno de nuestro cambio fue que quedamos cerca de mis padres. Esto me permitió volver a la universidad. Mamá estaba fascinada con Raulito, y le encantaba pasar algunas horas a la semana con él.

Pero las cosas con Raúl no eran tan placenteras. Parecía que su personalidad amorosa y estimulante había cambiado por una completamente distinta. Aunque aún era cariñoso con Raulito, su interés por la vida familiar había disminuido repentinamente. Antes de esto, habíamos estado asistiendo a la iglesia juntos. Ahora le irritaba la sola mención de eso.

Ahora sus intereses eran egoístas. Si yo me interponía a sus planes me trataba sin respeto y comenzaba a darme empujones. Cuando me rehusaba a salir a fiestas con él, se enojaba. Muy pronto comenzó a usar malas palabras. Me hería profundamente el que me tratara con semejantes términos. Yo había crecido en un hogar donde palabras como “estúpido” o “imbécil” eran consideradas vulgares. Sus palabras eran peor de lo que nunca había escuchado. Puesto que nuestras vidas iban por caminos tan distintos, pelear se estaba transformando en un hábito constante. Con cada desacuerdo sus maltratos e insultos aumentaban. Siempre se disculpaba, así que siempre nos reconciliábamos. ¡Yo lo amaba tanto! Perdonarle parecía, al principio, fácil, pero cuando estaba sola, lloraba durante horas. Sufría por la pérdida de otro sueño.

Raúl había comenzado a asistir a clases de Kung Fu cuatro noches a la semana, además de los sábados. Muchas veces me contaba de las peleas en las que se metía. Me reveló que en la Marina había estado preso por pelear. Ahora entendía todas esas noches en las que no vino a casa.

En todas las historias que Raúl me contaba, había algo muy preocupante. No importaba cual era la situación, siempre la culpa era de otro. Su actitud tan irresponsable me atemorizaba. En ocasiones, me quitaba el sueño. Una noche llegó con la mirada enfurecida, la camisa rasgada y ensangrentada. Para mí, era como un niño pequeño que vivía en peleas de vecindario. Me sentaba con él del mismo modo que Mamá lo había hecho siempre cuando nos portábamos mal siendo pequeñas.

“Raúl, ya somos adultos. Tenemos que cambiar. Yo he cambiado, ¿no es así? Dios te ha dado una nueva vida, Raulito y yo. Amémonos y pasémoslo bien juntos ¿te parece?”

Raúl se enfurecía inmediatamente. No le gustaba ser corregido. “¡No me digas cómo manejar mi vida! La viviré a mi manera. Si no te gusta, ¡vete!”

El gran nudo que tenía en mi garganta me obligó a susurrar. “Cariño, por favor...no digas eso”.

“¿Me estás diciendo que me olvide de mis amigos? ¿Ahora entiendes por qué no quería involucrarme contigo en la secundaria? ¡No quería que ninguna mujer me dijera que hacer! Mis amigos estaban antes de que tú te aparecieras en mi vida, y ¡tú nunca vas a ocupar su lugar! Simplemente haz tu trabajo de la casa y cuida a mi hijo. Al fin y al cabo, ¡sólo para eso sirven las mujeres!”

Mientras me seguía gritando tomó una de las sillas de la cocina, me la arrojó y salió por la puerta como un torbellino. Podía escuchar como iba refunfuñando “¡Mujeres, son todas iguales! ¡Sermonear, sermonear, sermonear!”

Esa noche me la pasé llorando. La siguiente mañana encontré una rosa amarilla de tallo largo en un florero de cristal al lado del lavaplatos de la cocina. Junto a ella, una nota, “Mi querida pequeña pelirroja que tanto amo. Sé que te he herido mucho. Por favor, perdóname. Raúl A. Ries”. Lo perdoné.

Habíamos estado tan enamorados, y ahora no teníamos nada en común. El había perdido el interés en nuestro hogar y en Dios. Después de ir con él a un par de sus fiestas, me dí cuenta de que vivíamos en dos mundos completamente diferentes. Recordé ese inesperado encuentro en un supermercado, años atrás, cuando Raúl me mintió. Algo en lo profundo de mí me había advertido que huyera. Ahora podía decir de memoria el pasaje de la Escritura que debí haber recordado aquel día:

“No se unan ustedes en un mismo yugo con los que
no creen. Porque ¿qué tienen en común la justicia y
la injusticia? O ¿cómo puede la luz ser compañera
de la oscuridad?” (2 Corintios 6:14)

La luz no tiene nada en común con la oscuridad. Eso sí había aprendido.

Aunque Raúl y yo habíamos hecho planificación familiar, descubrí que estaba embarazada cuando Raulito tenía seis meses de edad. Me gusta pensar que éste bebé me cantaba canciones de consuelo durante el embarazo, porque el sólo pensar en este niño me ayudaba a quitar los ojos de mis problemas y a fijarlos en Dios y en Su abundante favor hacia mí. A Raúl no le gustó el nombre de Shane (“Amado de Dios”) en un principio, pero lo aceptó de todos modos. Hoy, Shane compone canciones y sus melodías llenan nuestra casa diariamente con paz y gozo.

Cuando la enfermera me trajo a Shane por primera vez para alimentarlo, lo levanté hacia el cielo y oré: “Te lo devuelvo, para que lo moldees con Tus manos. Llévatelo si es que él no va a honrarte con su vida”.

Después de dos muy difíciles semestres más en la universidad, tuve que dejar mis estudios. Cuidar de mis hijos era un trabajo de tiempo completo.

A la vez que enfrentábamos nuestras propias dificultades, la familia de Raúl estaba enfrascada en una continua batalla. Esto incluía a los suegros de ambos lados de su familia. Según Raúl, todo comenzó el día en que sus padres se casaron. Papi era alcohólico y Josie el producto de una vida familiar llena de confrontación.

Cada miembro de la familia peleaba en contra de los otros, cambiando sus puntos de vista cada día, y cambiando de lado dependiendo de las circunstancias. Era prácticamente imposible acercarse a alguno de la familia sin ser arrastrado al campo de batalla.

El padre y la madre de Raúl eran ambos trabajadores muy esforzados, y que sinceramente se preocupaban de sus cuatro hijos. Desafortunadamente, ellos no contaban con el amor de Dios que podía controlar sus turbulentas emociones.

Traté de llegar hasta ellos horneando pasteles de cumpleaños para todos, cocinando, y ayudando a decorar su casa. Pensaba que quizás podía mostrarles cómo amarse. Fracasé, y la guerra continuó. No pasó mucho tiempo antes de que la familia de Raúl se volviera también en mí contra. Esto se debió a que no les pareció bien que yo estuviera enseñándole a Chrissy acerca de Dios. Ella quería pasar más y más tiempo en nuestra casa.

Chrissy llenaba nuestra casa con baile, risa y música. Los chicos y yo nunca nos cansábamos de su compañía. El Señor confortó a Mamá con las palabras del Salmo 113:9 cuando ella lamentaba silenciosamente mi embarazo prematrimonial, “Él hace habitar en la familia a la estéril, que se goza en ser madre de hijos”.

Chrissy y yo vivimos este versículo en medio de la tormenta que a veces soplabla a nuestro alrededor. Todo lo hacíamos juntas. Ibamos a la iglesia, cocíamos, limpiábamos, ibamos de compras y llorábamos juntas. Ella sufría el abuso de su familia y yo el de Raúl. Ella fue la primera amiga norteamericana que tuve.

Durante aquellos días, Raúl y su padre se agredían como dos toros furiosos. Cada vez que visitábamos a sus padres, Raúl terminaba defendiendo mis creencias, aunque él no las aceptaba. A Raúl no le importaba si no volvía a ver a sus padres. Para él, ellos representaban dolor, y en ese estado, apenas podía controlar su propio tormento interior.

Una noche, persuadí a Raúl para que asistiera a una fiesta de cumpleaños familiar. El no quería ir, y una vez que estuvimos ahí, yo lamenté no haberle hecho caso. Como era costumbre, estalló una pelea después de que Papi y Raúl se ofendieron mutuamente. Nuestra pequeña familia literalmente huyó hacia el auto.

Raúl comenzó a patearme mientras conducía salvajemente por la calle. “¡Bruja asquerosa! ¿Por qué no desapareces de mi vida? ¿Por qué no me dejas solo? Has arruinado mi vida con tu religión y tu estúpida familia”.

Protegí a Raulito y a Shane en mis brazos. Iba petrificada mientras el auto iba de un lado del camino al otro. “¡Raúl, tú eres mi vida!” le gritaba histérica. “Nuestros hijos son mi vida. No pidas que me vaya. No lo haré. ¿No lo entiendes? ¡Aquí estoy y aquí me voy a quedar!”

CAPÍTULO 8

NAUFRAGIO

“¡Aquí me voy a quedar!”...

El eco de esas palabras sonaba y resonaba en mi mente. Estaba sorprendida de lo que había dicho. Aunque mi temor hacia Raúl crecía cada día que pasaba, mi compromiso era sacar adelante a mi familia. Recordaba un versículo de la Biblia que dice, “Dios odia el divorcio”. Yo también lo odiaba. El sólo pensamiento de que los chicos tuvieran otro padre me enfermaba.

Cuando llegamos a casa, agotados por su arranque emocional. Raúl fue derecho a acostarse. Después de arrojar a mis dos pequeños y somnolientos hijos en sus camas, puse mis manos en sus cabezas y oré, “Padre, por favor borra esta noche de sus memorias, en el nombre de Jesús, Amén.”

Tomé mi bata y una frazada y me fuí al baño a “orar hasta recibir”. Eso es cuando oramos hasta que obtenemos una respuesta de Dios. Eso lo había aprendido de la Abuela Kopp.

Muchas décadas atrás, después de recibir una carta de 14 páginas en la que el Abuelo le proponía matrimonio, su padre le dijo que orara hasta recibir. Ella estaba desesperada. No amaba a éste joven que quería casarse con ella. Después de su tiempo de oración, ella recibió su respuesta, y aún puedo escucharla describiéndola: “Me sentí llena de amor por tu Abuelo, y ese amor puro y divino nunca me ha fallado.”

Esa terrible noche, yo necesitaba recibir esa misma clase de amor que la abuela tenía. En mí se estaba apagando muy rápidamente. Mientras derramaba amargas lágrimas, tomé mi Biblia y la golpeé con mi puño. “¡Yo sé que la respuesta está aquí, Señor! Por favor, por favor muéstrame qué hacer.”

“Puse mis ojos en alguien que no cree en Tí”, le dije a Dios. “Te desobedecí. Pequé. Tú me perdonaste y me diste paz, pero ahora estoy cosechando las consecuencias de mis pecados. ¡Entiendo! Pero, ¿cuánto tiempo tengo que permanecer al lado de Raúl, antes de que comience a afectar a los niños? También soy responsable por ellos. Tu Palabra dice que debemos educar al niño por el camino que debe ir para que aunque sea viejo no se aparte de él. También dijiste, ‘Dejen que los niños vengan a Mí, y no se los prohiban, porque de ellos es el reino de los cielos’. Señor, mis hijos están aprendiendo caminos que no son los tuyos: supliqué al Padre celestial. “¿Estoy impidiéndoles llegar a Tí al permanecer con Raúl?”

Abrí la Biblia, recorriendo las páginas con rapidez desde el principio hasta al final. De pronto un versículo marcado en rojo brillante atrajo mi atención: “Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará el Señor”.

“No, el mismo otra vez”. Cerré la Biblia de un golpe. “Me sentaré aquí a esperar”.

El versículo seguía resonando en mi mente. Lo oía una y otra vez. Comencé a entender. Tenía mi respuesta y venía directamente de la Palabra de Dios.

Medité acerca del significado de esas palabras. El pueblo de Dios tiene aflicciones, pero el Señor les libra de todas ellas. En ese instante entendí que sufriría mucho. Todos sufrían. La diferencia era que yo no tenía que preocuparme. ¡El amor de Dios me sacaría adelante! Mis amargas lágrimas se secaron. De mi corazón fluyó gozo y amor en una oración de gratitud.

“Gracias Señor, por darme tu perfecto amor para Raúl. Sálvalo para mí, por favor. Necesito que él sea mi amado, mi amigo, mi esposo”.

Mis padres nunca se enteraron del grado de mi dolor. Nunca se los dije. Los domingos, cuando me veían sin Raúl, ellos se daban cuenta de que algo no andaba bien. Nunca se entrometieron en mi vida, sin embargo, siempre me daban ánimo y compartían pasajes de las Escrituras que me daban esperanza. Como todos, ellos tenían sus propios problemas. Pero siempre habían arreglado las cosas en privado sin involucrar a Shirley o a mí.

Los padres de Raúl estaban bajo la impresión de que yo dominaba a su hijo. Yo les dejaba pensar lo que quisieran. Cualquier explicación era inútil, cualquier conversación podía empezar otro conflicto. En todo caso, ellos siempre parecían estar disgustados con nosotros. Raúl y yo nos sentíamos abandonados por parte

de ellos. Un día encontré una promesa en el libro de los Salmos: “Cuando mi padre y mi madre me dejaren, con todo el Señor me recogerá” (Salmo 27:10).

¡Y eso fue precisamente lo que El hizo! Justo cuando los necesitamos, Dios proveyó a una mamá y papá postizos que se presentaron para los eventos de nuestra familia. Nadie podía tomar el lugar de los padres de Raúl, pero el tío Gayle y la tía Daphyne, ignorantes de nuestro pesar, cubrieron la brecha.

El tío Gayle era uno de los hermanos mellizos de Papá, y la tía Daphyne era su única hermana. Raúl realmente los apreciaba a ambos, lo que no era usual en él. Santa Claus nunca vino a nuestra casa en Navidad. Era el tío Gayle, enviado por Jesús, quien traía esos regalos para los niños que los padres desean darles pero no pueden comprar. Fue la primera y última persona a quien escuché llamar a mi marido afectuosamente, “Raulito”. De alguna forma se las arregló para llenar nuestro garage con mercancías de ventas de jardín. El aún ocupa un lugar especial en nuestros corazones aunque se ha mudado el Este y no le vemos con frecuencia.

La tía Daphyne admiraba mucho a Raúl, su rostro siempre se alegraba cuando lo veía. Ella llegaba con cajas llenas de telas que servían para hacernos nuestra muy necesitada ropa. Además de todo eso, ella nos entregaba toneladas de amor, abrazos, y una cantidad increíble de fotografías. Hace pocos años se jubiló y se mudó al norte de California. Aún nos comunicamos por teléfono, derramamos algunas lágrimas, y siempre me quedo corta de palabras para expresarle lo especial que ella es para mí.

A pesar de algunos momentos ocasionales de gentileza, un año más tarde, mi relación con Raúl se había vuelto insoportable. Estaba tan cansada... Un domingo desperté en una hermosa mañana típica del sur de California. La lluvia había despejado el cielo, y las montañas y laderas estaban cubiertas de nieve. Iba saliendo por la puerta con los niños cuando el teléfono comenzó a sonar. Yo no quería contestarlo.

Raúl, quien usualmente salía de paseo a andar en motocicleta los fines de semana, se había quedado en casa. Ya él estaba de mal humor porque le había pedido que nos acompañara a la iglesia, y que pasara el día con nosotros. Cuando se lo sugerí, me respondió con sus acostumbradas groserías. “Me aburres, lee mis labios”, y agarrando mi rostro y acercándolo a su cara me deletreaba a-b-u-r-r-e-s. “¿Entendiste? Ahora vete de aquí, anda con tus amistades de la iglesia. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!” Me gritaba mientras me empujaba fuera del dormitorio. Era tan humillante que me tirara de un lado para otro como basura. Sus groserías siempre me herían – como cuchillos cortando mis entrañas. Ahora, yo trataba de salir de la casa antes de que mi día fuera arruinado por completo.

“¡Contesta el teléfono, regañona!” me gritó desde la alcoba. “¡Quizás así tengas a alguien que te escuche!”

El teléfono seguía sonando. “Aló”, finalmente respondí, conteniendo las lágrimas.

“Sharie, ¿no vas a venir a la iglesia?” La voz de Papá tenía un tono de preocupación. “Te he estado esperando acá afuera para ayudarte con los niños y la bolsa de pañales”.

“No lo sé Papi”, mi voz se quebró.

“¿Cuál es el problema? ¿Qué está sucediendo?”

Justo entonces, Raúl entró a la cocina, tomó mi rostro con sus manos, y aplastó el auricular del teléfono en mi cara repetidamente mientras azotaba mi cabeza contra la pared.

Yo grité histéricamente por el teléfono, “¡Raúl me está lastimando, Papá! ... ¿Papá?” El teléfono estaba muerto.

Raúl me soltó, luego me culpó por todo el incidente.

“¡Tú, bruja! Te gusta ponerte ruda, pero cuando no te aguantas, lloras como un bebé. ¿Qué va a pensar tu Papá ahora? Le estás haciendo pensar que te golpeo.”

Raúl nunca admitió lastimarme. Esa es una actitud típica y común en las personas abusivas.

“Eres una idiota”, continuó, “y todos lo saben. Mis amigos, mi familia, mis compañeros de trabajo...”

“Raúl, los niños pueden escucharte... por favor, no sigas.”

Me arrojé al piso de la cocina y me gritó aún más fuerte, “Espero que me oigan para que sepan qué clase de madre tienen. ¡Sermonearme, eso es todo lo que sabes hacer!”

Raúl me llamaba “regañona” cada vez que le pedía que sacara la basura, cortara el césped, o hiciera cualquier cosa en la casa. Eso me hería muchísimo. En aquellos momentos me parecía que me tocaba a mí recordarle sus deberes como esposo, y así lo hacía. Aún no había aprendido que era mejor hacer las cosas yo misma que tratar de motivarlo.

Además, le pidiera una o diez veces, él siempre me contestaba de la misma manera, agresivamente. Esto sucedía así especialmente cuando le mencionaba a Dios o la iglesia.

He aprendido por la experiencia de otros que algunas mujeres son acusadas de sermonear aún cuando permanecen en silencio. Su testimonio cristiano habla más fuerte que sus palabras.

Me levanté y corrí de la cocina para ver dónde estaban los niños. Habían salido por la puerta y estaban felices sentados en un charco de lodo en sus mejores ropas de domingo. Los abracé fuertemente.

“Mamá los quiere mucho a los dos”.

“Yo también, Mami”, dijo Shane, acercando dulcemente su sucia mejilla a la mía.

“¡Yo también! repitió Raulito, mientras saltaba desde mi brazos y daba un par de vueltas en el césped.

Ninguno de ellos había visto o escuchado nada. Estaba tan agradecida a Dios por esto.

Papá llegó, y no mostró ninguna emoción en particular. Nos preguntó a los niños y a mí si queríamos ir a dar un paseo. Una vez en el auto, él me dijo, “Confía en Dios; todo esto pasará. ¡No te des por vencida! Uno de estos días Raúl se rendirá a Dios. Él es un buen hombre, Sharon.

La fe en sus palabras penetraron mi corazón. Regresé a casa esperando encontrar un camino a seguir. Ahí encontré una rosa sobre mi almohada con una nota que decía, “Mi pequeña niña pecosa de quien estoy tan enamorado, ¿me perdonas? ¿Por favor? Tu Amante, Raúl A. Ries”. No lo perdoné.

Estaba disgustada por sus notas y flores. No significaban nada para mí. Tiré la rosa en el cesto de la basura de nuestra alcoba, para que él la pudiera ver. Guardé la nota con las otras en una pequeña caja verde que yo tenía en mi closet.

Ese espíritu jovial que antes solía atraerme hacia Raúl, estaba ahora apagado por su ira. Aunque él era un hombre inteligente y atractivo, su carácter lo hacía actuar como un tonto. La hombría y el autocontrol que antes fortalecían su personalidad se doblaban bajo el intenso calor de su furia. ¡Cuán fácilmente sus emociones lo podían debilitar! No importaba a donde fuera, siempre causaba alboroto.

Nunca pude defenderme de sus palabras respondiéndole; eso solo empeoraba las cosas. Raúl rápidamente podía pensar en algo más denigrante que decirme. Entonces su agresión se repetía una y otra vez en mi mente, demoliendo los cimientos de mi autoestima. Naturalmente, yo no me atrevía a hacerle frente físicamente. Había aprendido que las personas que no tienen autocontrol abusan de los débiles.

Sin embargo, a pesar de lo herida que estaba, quería que Raúl supiera lo que yo sentía. Quería herirlo a él tanto como él a mí. Una noche, durante una terrible discusión, lo miré fijamente a los ojos, y le dije palabras que nunca antes le había dicho.

“¡Te odio, no soporto ni verte. No sé cómo me fuí a casar contigo. ¡Me da asco cuanto me haces el amor!”

Él me respondió con un grito, pero pude ver que lo había herido profundamente. Había mentido con tal de herir a Raúl. No sería capaz de algo así nuevamente. La profundidad con que una persona sufre cuando enfrenta abuso de cualquier clase, ya sea físico, verbal, rechazo, etc., depende totalmente de como esa persona haya sido tratada durante su vida. Si una persona ha sido altamente respetada, profundamente amada, y siempre animada, una simple frase como “me das asco” tiene un efecto emocional increíblemente desastroso. Tal como yo había herido a Raúl profundamente, aún sus más “leves” palabras torturaban mi mente tanto como sus más vulgares insultos o el peor trato físico.

Yo había aprendido sus malos hábitos muy fácilmente. ¿No era mi corazón tan malo como el suyo? Yo sabía, de la Palabra de Dios, que “una palabra gentil aleja el enojo, pero las palabras duras provocan la ira”. Yo también había escogido hacer guerra, causar dolor.

El exterior de la casa necesitaba una mano de pintura desde que la habíamos comprado dos años atrás. Después de pedirle a Raúl varias veces (sermonear como él lo llamaba), decidí pintarla yo misma. Hacía mucho frío afuera, pero lo disfrutaba inmensamente. Cuando Raúl llegó del trabajo, comentó lo bien que lo estaba haciendo. Noté que había llegado a casa temprano.

“Adivina ¿qué? Voy a abrir una academia de Kung fu a la vuelta de la esquina”.

“¡Eso es fantástico! Me bajé de un salto de la escalera para que pudiera contarme más.

“¿Cómo vas a conciliarlo con tu trabajo? le pregunté.

“¡Tú vas a trabajar para ayudarme!”

Estaba horrorizada. No había nada en la tierra; ni ropa, ni muebles, si siquiera vacaciones, que hubieran podido persuadirme a dejar a Raulito y a Shane. ¿Quién les leería sus cuentos? ¿Quién les enseñaría español u oraría por sus heridas? Nadie conocía sus puntos fuertes y débiles como yo. ¿Quién podría llorar con ellos o reírse de sus bromas tontas? Sólo yo podía amarlos del modo en que merecían ser amados.

Le expliqué todo a Raúl, cuidadosamente. No cambió de opinión.

Al día siguiente me explicó que inesperadamente le habían reducido la jornada en el supermercado donde trabajaba de cajero. Se había cambiado de trabajo cuando nos mudamos. “Ahora tendrás que conseguir trabajo”.

No era un mentiroso muy convincente.

El día en que tiré la rosa, comencé a endurecer mi corazón hacia mi esposo. Tiré algunas rosas más... Paulatinamente, él dejó de darme rosas.

Yo ya sentía una rebeldía hacia Raúl y no quería perdonarlo más. Decidí que tampoco quería sufrir más. Estaba emocional, física y espiritualmente exhausta.

Una y otra vez, recorría las páginas del Libro. No encontraba ninguna respuesta apropiada. Oré, lloré y me arrastré hacia mi cama. Antes de encontrar un empleo, comencé a dormir durante el día, todos los días. Estaba tratando de olvidar mi angustia, y estar despierta era estar angustiada.

Estaba perdida en un mar de desesperación sin un faro a la vista. La esperanza se había desvanecido. Finalmente, había naufragado.

¿Y El Capitán? No lo sé. Ya no pensaba tanto en Él.

CAPÍTULO 9

NAVEGANDO CONTRA LA CORRIENTE

Me arrastré fuera de la cama, emocionalmente seca. Me sentía como si no hubiera dormido. Los niños ya estaban despiertos, jugando en su cuarto repleto de juguetes. Me paré ante su puerta, sin que notaran mi presencia, observando mientras participaban, con mucha energía, en un combate a gran escala, lanzándose juguetes desde una cama a la otra. Los soldaditos de madera de la guerra civil, de colores rojo, blanco y azul, que adornaban sus cómodas, se encontraban regados por toda la alfombra.

Raúl se había escapado con sus amigos por el fin de semana, dejándome una casa que necesitaba limpieza, cuentas por pagar, un patio que limpiar, compras que hacer, y dos inquietos y desordenados pequeños que requerían constante atención. ¿Dónde había dicho Raúl que iría esta vez? La idea de otro fin de semana sin su ayuda o compañía me paralizaba.

A pesar de todo, añoraba estar con mi esposo. Aún la débil esperanza de que Raúl cambiara no se había desvanecido del todo. Todo el mundo a mi alrededor bullía de vida, pero yo era sólo una espectadora. Estaba encerrada en oscuridad, y no podía hallar la salida.

Mamá estaba en camino para recoger a los niños. Ella los iba a llevar de paseo todo ese día. Tan pronto se iban, yo regresaba a la cama y me quedaba ahí hasta que volvían. Ya no deseaba enfrentar las circunstancias, y ese era mi escape. El dormir hacía que las horas de soledad pasaran más rápido.

“¡Buenos días niños! Los quiero”, esperaba que mi tono alegre disimulara mi desánimo.

“¿Dónde está Papá, Mamá?” preguntó Raulito, ya de dos años. Él estaba siempre atento a todo.

“Salió con unos amigos, cariño, ¡pero ustedes van a pasar un espléndido día con Banna!” Rápidamente cambiaba de tema esperando que no siguiera. Pero continuó.

“¡Quiero ver a Papá, Mamá!” insistió.

“Iremos al Kung fu con él esta semana, ¿ya?”

La mejor manera de que nosotros estuviéramos con Raúl era seguirlo donde fuera que él iba. A pesar de su desinterés por la vida de familia, se sentía orgulloso de tener a los muchachos cerca de él. El simplemente no quería que lo alejaran de las actividades que a él le atraían.

Mamá llegó con su camioneta completamente equipada con toda clase de soldaditos plásticos, cubos de madera, elásticos, palitos de helado y cajas de huevos plásticos. Todo eso serviría para construir diques en los riachuelos de la montaña y balsas para los soldados de plástico.

“Sharon, ¿por qué no vienes con nosotros? Necesitas un descanso. Te hará bien un poco de aire fresco.”

“No gracias. Realmente necesito quedarme en casa y hacer algunas cosas.”

“¡Oh, a propósito, dejé sobre el mostrador de la cocina una carta que te llegó de Chile! Llegó ayer”, me gritó por la ventana del auto mientras ella y los niños se alejaban, despidiéndose con sus manos. Mi corazón se detuvo un segundo. ¿Una carta de Chile?

Ya hacían cuatro años que no tenía noticias de mis amigos chilenos. Un gran anhelo por mi país y hogar capturó mi corazón una vez más. El sobre estaba encima del desordenado mostrador, cerca de un fregadero lleno de platos sucios. Inmediatamente reconocí la letra. No había cambiado mucho en los últimos años. Era de Fernando.

Arriba en mi closet, en una pequeña caja verde, aún conservaba todas sus cartas. Las lágrimas se agolparon en mis ojos. Me dí cuenta que ni siquiera le había dicho que yo ya estaba casada. ¿Cómo podría explicarle todo lo que me había sucedido? Nos habíamos prometido, año tras año, que algún día estaríamos juntos.

Todas las cortinas estaban cerradas, y la casa estaba oscura. Lentamente caminé por el pasillo hasta mi alcoba. Después de meterme a la cama, leí la carta varias veces.

Querida Sharon:

No puedo recordar por qué dejamos de escribirnos. Probablemente la distancia entre nosotros ha hecho imposible que desarrollemos nuestra relación.

Hay una cosa que tengo muy claro en mi mente; nuestro constante deseo de algún día, de algún modo, volver a vernos. Aún atesoro ese deseo, y espero que tú también. Creo que el momento finalmente ha llegado, puesto que he obtenido una beca para ir a Nueva York. Yo sé que está lejos de Los Ángeles, pero quizás nos podamos reunir en algún punto intermedio. ¿Cómo podría la vida ser tan cruel como para mantenernos lejos nuevamente?

Con el cariño de siempre, Fernando”

Comencé a llorar, suave pero profundamente. No recurrí a la Biblia como siempre lo había hecho en momentos de angustia. Quería sentir este momento. Quería saborear lo que mi vida podía haber sido si yo no me hubiera involucrado con Raúl. ¿Había sido Fernando el hombre que Dios había elegido para mí? ¿Por qué el pasado se presentaba golpeando a mi puerta, burlándose de mí?

Sostuve su carta cerca de mi corazón. Las pasiones que siempre habían dirigido mi vida me desafiaron ceder a mis impulsos una vez más. Recordé Chile, la misión y el amor de mi niñez. Soñadora como era, me dejé llevar por lo que alguna vez había sido mi fantasía favorita. Sólo había cambiado un poco en ese sentido.

En lugar de desembarcar de un barco, me bajaba de un avión en Nueva York. Llevaba puesto un traje blanco, y, como siempre, el viento jugaba con mi largo cabello. Me encontraba con Fernando, y él me besaba suavemente en la mejilla...

El sueño terminó abruptamente.

¡Yo estaba casada y tenía dos hijos a los que adoraba! Fernando estaba soltero, enamorado de la vida, con una carrera por delante. ¿Qué razón tendría para seguir queriéndome?

A pesar de la cruda realidad, no podía soportar el hecho de tener que responder la carta. Deseaba tanto el estar con él y olvidar que alguna vez había conocido a Raúl. Era como un sueño hecho realidad. El príncipe había aparecido para rescatar a la doncella. Ella había estado encerrada en el calabozo del casillo siendo maltratada por el malvado brujo. ¿Era esta mi entrada mágica a la felicidad, tal como en los cuentos de hadas? ¿O era sólo otro engaño?

Mis emociones me habían llevado al caos en el que me encontraba. No quería ser arrastrada por ellas nuevamente.

En mi confusión recordé a Dios. Quería tomar esta decisión de acuerdo a lo que Él decía y no de acuerdo a los impulsos que dictaba mi corazón. “¡Es un sueño, eso es todo!” Una pequeña y callada voz me convenció. Coloqué la carta bajo mi almohada y me quedé dormida, esperando silenciar mis volubles pensamientos.

Los días siguientes me encontré leyendo mi Biblia frecuentemente, buscando dirección. Desafortunadamente, mi habitual manera de pensar siempre interfería con mi lectura. Desesperadamente trataba de llenar mi vacío con fantasías, sueños respecto al futuro o recuerdos del pasado.

Mis divagaciones trajeron como secuela una intensa auto-compasión, como nunca antes había sentido.

Toda mi atención estaba centrada en mí misma y eso estaba haciéndome perder de vista todo aquello que en algún momento tuvo valor para mí. Mi hogar, mis hijos, su padre, y el amor que una vez le tuve ya parecían no tener importancia alguna.

Y ahora tenía que enfrentarme con el tan temido trabajo que Raúl me había impuesto. Esa era otra pesadilla. Como yo era bilingüe, terminé en un puesto de secretaria para el cual no tenía ninguna preparación. Me pagaban un salario mínimo, debido a mi inexperiencia, y parecía caerle mal a mi jefe.

Todo esto se veía opacado por mi agonía de no poder estar con mis hijos. La primera vez que los llevé a la guardería, Raúl me acompañó. Él quería mostrarme cuán fácil era dejarlos ahí.

“No hay problema, ya verás. No habrá ningún problema”, me animaba con seguridad.

Shane y Raulito hablaban español mucho más fluidamente que inglés así que le dejé a la niñera una lista de palabras en español que comúnmente usaban para que ella pudiera entender lo que decían. Oramos y les dí un beso de despedida. Entonces, con horror e impotencia ví como Raúl empujó hacia adentro al pequeño Shane, quien lloraba y gritaba, y rápidamente cerró la puerta.

Al alejarnos en el auto, vi a dos pequeños rubios de ojos café que aplastaban sus naricitas contra la ventana de la sala de la guardería.

“Se acostumbrarán después de un tiempo”, decía Raúl pensando que con eso me reconfortaba.

“Yo jamás me acostumbraré”, susurré de dientes para dentro.

En un principio, iba durante mi hora de almuerzo a leerles historias bíblicas, pero después de algunos días la niñera me pidió que no lo hiciera. “No paran de llorar después de que usted se va, y eso evita que puedan tomar su siesta”. Después de eso almorzaba sola.

Odiaba a Raúl. Me daba cuenta de que él trabajaba duro, pero me hacía sentir como un objeto, útil solo para ayudarlo a lograr sus objetivos. Mientras él estudiaba y practicaba las artes marciales, lo cual disfrutaba intensamente, yo realizaba todas las tareas insignificantes los siete días de la semana. Lo peor de todo es que me estaban quitando tiempo de estar con mis hijos en los años de aprendizaje más importantes de sus vidas.

Mientras más trataba de solucionar mis problemas más confundida estaba. Algunos días sentía que todo era culpa mía, que todo me lo tenía bien merecido. En esos días precisamente sufría de severas depresiones. Los otros días, estaba convencida de que la culpa era de Raúl. La ira inundaba mi ser y acumulaba sentimientos de venganza. De cualquier modo estaba en un estado emocional que no era sano, y eso no me gustaba.

En lugar de buscar a Dios, no podía quitar la vista de mí misma y de mis problemas. Ya no podía distinguir la dirección de Dios. Sólo me limitaba a decirle que lo lamentaba y a pedirle que me ayudara. “¡Muéstrame la salida!” oraba, día tras día.

Una mañana desperté con un claro sentimiento, un cambio de perspectiva que pronto me llevó a una decisión que cambiaría mi vida para siempre. Un versículo de la Biblia se abrió paso por entre mi nebulosa depresión. Lo había escuchado incontables veces durante mi niñez. Casi podía escuchar las estruendosas voces de algunos predicadores sudamericanos repitiéndolo:

“No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.” (Gálatas 6:7-9)

Había abrigado miles de pensamientos egoístas y de auto-compasión en mi mente: ideas de terminarlo todo, ¿pero cómo? ¿encontrando a otro hombre? ¿huyendo? o simplemente, ¿viviendo para mí misma? Esos malvados y destructivos pensamientos me habían corrompido.

De pronto descubrí que esos pensamientos no eran reales. No eran nada más que mini escapes de mi realidad, siendo sólo un fugaz momento en la eternidad. Mis sueños no eran ciertos, y jamás deberían de llevarse a cabo a menos que fueran parte del plan infinito del Creador respecto a mi futuro.

Para mí no era normal sentir indiferencia hacia nadie. Ahora, a causa de esta enferma manera de pensar, mi odio hacia Raúl se estaba transformando rápidamente en indiferencia. Las constantes discusiones en su familia, que se reflejan en ataques verbales hacia nosotros, también me habían hecho indiferente hacia ellos.

La indolencia es, de algún modo, peor que el odio, porque cuando uno odia aún siente algo. La indiferencia no produce ningún sentimiento. Es como la muerte. Mis pensamientos estaban trayéndome muerte a mí y a todos los que me rodeaban.

El amor estaba muriendo en mi corazón.

Necesitaba desesperadamente comenzar a implantar los pensamientos de Dios en mi mente. Deseaba cultivar mi endurecido corazón. Anhelaba vivir la vida como nunca antes. Por sobre todo, no podía permitirme cansarme de hacer lo que era correcto, sin importar lo que fuera. La verdad es que la vida era dura. Pero, Dios había prometido un buen resultado, una cosecha feliz.

Ya habían pasado un par de meses desde que había recibido la carta de Fernando. Ya era tiempo de responderla. Sabía que sería una de las cosas más difíciles que jamás tendría que hacer, pero yo quería obedecer a Dios; y a veces obedecerle no era fácil.

Le escribí a Fernando, pero escondí todos los sentimientos que estaban torturando mi mente. ¡Cuánto añoraba que este diligente joven pretendiente viniera desafiante a rescatarme! Ansiaba su perdón, ternura y compañía. En mi carta, sin embargo, le conté que estaba casada y que tenía dos encantadores pequeños. Le

invité a venir a nuestro hogar. ¿No podríamos por lo menos ser amigos? Esperé su respuesta esperanzada y expectante. Realmente creía que mi carta sería el comienzo de algo maravilloso – una amistad madura, un renovado contacto con Chile. Nunca respondió a mi carta.

Gradualmente la desilusión y confusión me secuestró de nuevo. Fernando había partido para siempre, y “para siempre” era un largo, largo tiempo. Ahora, la esperanza de ser amada tuvo que morir.

Después de algunos días de tratar de salir de mi hoyo sola, puse la alarma para que sonara sumamente temprano, declarándole la guerra a mi miseria. Decidida a cambiar mi autocompasiva manera de pensar, busqué la palabra ‘pensar’ y ‘mente’ en una concordancia bíblica. Lo primero que necesitaba aprender era cómo evitar que mi enfermiza manera de pensar interfiriera con los pensamientos de Dios. Esto es lo que encontré:

“porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo,” (2 Corintios 10:4-5)

¡Qué emocionante! Con la ayuda de Dios yo podía derribar cualquier fortaleza en mi vida. Mi imaginación era obstinada, pero El podía ayudarme a destruir los pensamientos que gobernaban mi vida y que se colocaban por encima de los Suyos. Sólo Él sabía cómo llevar cautivos esos pensamientos, reinando El mismo, como legítimo Señor de mi conciencia.

Meditaba en los versículos que iba encontrando. Otro pasaje me enseñó cómo empezar mi nueva aventura en cuanto a mi manera de pensar:

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.”

(Filipenses 4:6-9)

Obedecí diligentemente. En lugar de irritarme por Raúl y de fantasear respecto a Fernando, comencé a presentarle todas mis peticiones a Dios. Diariamente le pedía que entrara en el corazón de Raúl, que lo cambiara, que me ayudara a amarlo, que protegiera a los niños, que me consiguiera un aumento, que pudiera caerle bien a mi jefe, que me ayudara en mi trabajo, y demás.

Muchas veces me quedé dormida en el baño, con mi rostro en la Biblia. Memorizaba capítulos enteros de las Escrituras, en un intento de lavar mi cerebro con la Palabra y llenarlo de conceptos que fueran verdaderos, honestos, rectos, puros, agradables y de buen nombre.

La paz de Dios me envolvió al mismo tiempo que Sus Palabras acariciaban mi alma.

Aprendí que Su Palabra es verdaderamente una espada. La espada estaba peleando por mí con su doble filo. Me estaba haciendo diferenciar entre mi alma y mi espíritu. Mi alma era el centro de mi voluntad, intelecto y emociones. Mi espíritu podía reconocerse por su intuición, conciencia y comunión con Dios. Hábilmente, la Palabra de Dios estaba cortando entre mis coyunturas y mis tuétanos, discerniendo mis pensamientos y las intenciones de mi corazón.

Cada vez que podía, escuchaba música de adoración, o estudios bíblicos en la radio para así poder ahogar y sacar cualquier pensamiento de mis circunstancias pasadas o presentes. Pronto, más pasajes de las Escrituras me tocaron el corazón.

“el malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos.” (Salmo 10:4)

¡Ay! Ese dolió. Nunca me había considerado una malvada ni orgullosa. Sin embargo, ¿no me había comportado como si no necesitara a Dios o Su consejo?

“Dice el necio en su corazón: No hay Dios...” (Salmo 53:1)

No creer en Dios era necio, y llevaba a una vida sin sentido. ¡No era eso lo que yo quería! Yo quería todo lo que Dios tuviera para mí.

“Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar. (Isaías 55:7)

Yo ya había tomado la decisión de dejar mis propios pensamientos para buscar los suyos. Yo sabía que El me había perdonado – la misión de Cristo en esta tierra había sido únicamente lavar mis pecados y mi culpa con la sangre que El derramó en el Monte del Calvario. Era esencial que yo abandonara mis pensamientos y mis caminos, porque se oponían completamente a los de Dios.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.” (Isaías 55:8-9)

¡Cuanto anhelaba tener los pensamientos de Dios, la manera de pensar de Cristo!

A medida que buscaba esto, hice otro glorioso descubrimiento. Un sólo versículo de la Escritura que estaba destinado a transformar todo mi mundo para siempre. Hallé palabras que ningún ser humano podría haberme dicho jamás; ni Raúl, ni ningún otro mortal podía ofrecirme tal promesa. Hoy en día, esas palabras aún alivian mis cargas, iluminan mi oscuridad, y me guían a través de toda circunstancia:

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.” (Jeremías 29:11)

Imagínense, ¡Dios pensando en mí! ¡Qué verdad tan increíble! No sólo piensa en mí, sino que me concede las peticiones de mi corazón, para cumplir los anhelos que El puso ahí en primer lugar!

No mucho tiempo después ya había redecorado mi casa. Planté tulipanes a lo largo de la fea calzada de asfalto, y coloqué camelias debajo de cada ventana de la fachada de la casa, tal como en la casa de Papá. Un par de noches cada semana, llevaba a los niños a la academia de Kung fu para ayudar a Raúl. Era tan agradable ver que él se complacía con nuestra presencia ahí.

Incluso mi jefe cambió de actitud hacia mí. En vez de arrojar los papeles sobre mi escritorio, y en lugar de estar constantemente reprendiéndome en frente de todos, me dió un considerable aumento de sueldo. También me encomendó mayores responsabilidades. Su esposa y familia, que trabajaban conmigo, me trataban con mucha amabilidad y consideración. No tenían ninguna idea respecto a las brutalidades que vivía en mi hogar constantemente. A causa del favor de Dios, habían aprendido a confiar en mí. Su amistad significó mucho más de lo que jamás entenderán. ¡Dios es tan bueno! Era evidente que Él estaba llevando a cabo un plan para mi vida, aunque yo no tenía la menor idea de cuál sería. Sólo estaba decidida a confiar en Él, como una niña, porque sus promesas ahora dirigían mi vida.

Ahora que Raúl me veía en paz, se puso aún más incómodo. Su rabia por mi fiel asistencia a la iglesia y mi dedicación a la lectura de la Biblia aumentó de forma dramática. En lo que a mí concernía, yo no era una “fanática religiosa” como él me llamaba. La verdad era que me molestaba mucho el fanatismo que traía vergüenza sobre la iglesia; la hipocresía y la ignorancia de la Escritura en los creyentes. Hambre por la verdad fue lo que me llevó a una relación personal con Aquel que se llama a sí mismo La Verdad. Yo le adoraba y estudiaba porque lo necesitaba. Pero Raúl no lo veía así.

Los maltratos de Raúl hacia mí se intensificaron y se volvieron más frecuentes. Tomaba mi rostro, aplastando con sus dedos mis ojos o garganta. Me pateaba en la cama, a veces arrojándome al suelo.

En una incluso trató de atropellarme con el auto. Fue un sábado. Raúl se había comportado muy tierno con los niños y decidió pasar el día con nosotros. Todos nos subimos al auto y los chicos, con mucha emoción, empezaron a informarle de lo que cada uno de ellos quería hacer. Pronto los niños estaban discutiendo respecto a qué hacer ese día de diversión. Raúl, entonces, comenzó a darle de empujones a los chicos y yo rápidamente me bajé del auto con ellos. Fue entonces cuando trató de intimidarnos lanzándose con el auto hacia nosotros.

Yo inmediatamente traté de distraer a los niños mientras caminábamos hacia la casa, observando los insectos, las nubes y cualquier otra creación de Dios con la que nos topáramos. Preparamos un picnic cuando volvimos a la casa y fuimos a un parque cercano para comerlo. Raúl no llegó a casa sino hasta tarde. No importaba lo que él hiciera, Dios siempre evitaba que yo saliera mal herida.

Diariamente, El me reconfortaba a través de los Salmos. “Bueno me es haber sido humillado, Para que aprenda tus estatutos.” (Salmos 119:71) El sufrimiento me había llevado a enamorarme de la Palabra de Dios, y eso era lo más maravilloso que me podía haber sucedido.

Lo que más me molestaba, era la incapacidad de Raúl para amarme, o para amar a cualquiera en todo caso. Tampoco se dejaba amar. Yo sufría, sin poder ser consolada, porque mi esposo, el que yo había escogido para ser mi amante y mi compañero de por vida, podría no amarme nunca. Aunque yo sabía que Dios tenía un plan para mí, mi corazón se sentía enfermo con todo lo que pasaba, dejándome asustada y temblando.

Después de un año de serias consideraciones, junto con una sincera dependencia en las Escrituras para dirigirme, decidí irme de la vida de Raúl. Tenía una responsabilidad dada por Dios de criar a los niños en los caminos de Dios. La ira incontrolable de Raúl eventualmente los dañaría, ya que ellos presenciaban más y más arranques de ira cada día que pasaba. Al punto que pronto aprenderían a abusar de sus esposas e hijos.

Había recibido un par de llamadas telefónicas de chicas que buscaban a Raúl. Una de ellas se había mostrado bastante sorprendida de saber que yo era su esposa. Hubo noches en las que Raúl simplemente no llegó a casa.

De acuerdo a la Palabra de Dios, él había roto las promesas de matrimonio, y ante Dios, yo estaba libre para irme. Para entonces, yo no tenía interés en conocer a otro hombre, estaba segura de que debía evitar el divorcio. Simplemente esperaba que si Raúl perdía todo lo que tenía, quizás se volvería a Dios como yo lo había hecho.

Era tiempo de prepararme para partir. En ese tiempo, Shirley vivía en el boscoso campo del Seminario Bíblico Betania en Santa Cruz, California. Decidí que los niños y yo nos iríamos allá, tan pronto como pudiera arreglar los detalles.

Había discutido con Raúl la posibilidad de irme en varias ocasiones. Estaba segura de que no me creía. Después supe que sí. Para mantenerme contenta, me compró un auto. Me sentía culpable, pero lo acepté. La separación no era lo que yo buscaba, pero era un paso que tenía que tomar, un último y desesperado intento para salvar nuestro matrimonio.

Lo que yo realmente quería era que Raúl me amara lo suficiente como para no nunca más volver a lastimarnos ni a mí ni a los niños. Quería estar apasionadamente enamorada de él nuevamente, y que él me conquistara de nuevo.

Después de cinco dolorosos años, tratando de hacer que mi matrimonio funcionara, me di cuenta de que no iba a poder. Si Raúl se quedaba solo, tal vez se volvería al Señor. Había varias Biblias por toda la casa, y él sabía como llegar a Dios si lo necesitaba.

Tenía paz en mi corazón y una pizca de emoción por lo que Dios iba a hacer conmigo y con mis pequeños. ¡Quizás ahora podría ser misionera, una vagabunda para Jesús, viajando por los mares del mundo juntos!

¡Yo podría lograrlo! Había aprendido a nadar en contra de la corriente de este mundo. Había derrotado el vacío interior que hace que los hombres naveguen a la deriva, hasta perderse. En mi debilidad había sido fortalecida.

Un cambio drástico estaba a punto de ocurrir. Pero para mi sorpresa, esta vez la transformación sucedería en la vida de Raúl, no en la mía.

CAPÍTULO 10

EN EL DIQUE

Raúl golpeaba la puerta con fuerza. Escuchaba su voz gritándome que lo dejara entrar a la casa. Él nunca llevaba una llave consigo, una pequeña molestia que hacía tiempo había aprendido a ignorar.

Justo unos minutos antes había regresado del estudio bíblico dominical. Antes de que los niños y yo partiéramos de la iglesia, alcancé a ver a Raúl entrando apuradamente, abriéndose paso hasta el altar para orar.

Tomé a los chicos de la mano y corrí hacia el auto. No sabía qué pretendía. Raúl probablemente quería que lo viera pasar adelante y actuar religiosamente para que yo así cambiara de opinión y no lo dejara. Él ya había hecho esto en varias ocasiones. Había estado explorando, sin éxito, religiones orientales en su búsqueda de paz interior. No me iba a dejar impresionar en lo más mínimo.

Lo que me había impresionado era el sermón que acababa de escuchar. Había traído salud a mis huesos y ánimo a mi carne. Quería correr a casa para meditar al respecto.

Los niños, que ya tenían tres y cuatro años, se habían acurrucado en el asiento trasero del auto. Mientras conducía a casa, le rogaba a Dios que cautivara mis pensamientos, escudándome de Raúl y sus disparates. “Captura mi mente con el mensaje de ésta noche”. Oré y repetí el pasaje de la escritura que tan bien conocía y que el pastor había usado para concluir: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis 21:4).

“Él secará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado.” (Apocalipsis 21:4).

El mensaje se trataba del inminente regreso de Jesucristo para establecer un cielo nuevo y una tierra nueva. Mientras el pastor hablaba, yo trataba de imaginarme un día sin dolor ni lágrimas. La idea de que Dios, algún día, secaría todas mis lágrimas estaba más allá de mi comprensión.

Pero entonces, conociendo a Jesús, ¡pude imaginármelo haciéndolo! Él siempre había sentido profunda compasión por los que sufrían. Jesús detenía su andar para con amabilidad restaurar a las personas a su plenitud física, emocional, y espiritual. Él se preocupaba por las personas, sin importar cual su condición social, capacidad intelectual, o cuánto conocimiento tuvieran de Él. Sí, Jesús podía secar mis lágrimas. Él era lo suficientemente grande para hacerse pequeño, sólo por mí. ¡Cuánto le anhelaba!

Estos pensamientos renovaron mi esperanza, característica que una vez había sido dominante en mi personalidad. La esperanza no es un simple deseo optimista acerca del futuro, ni tampoco el aferrarse a alguna fantasía. Es una virtud dada por Dios que fluye hacia el interior de un hombre, estabilizándole, dándole confianza y llenándolo de expectativas. La Biblia dice que la esperanza es el ancla del alma.

Ahora mis propias lágrimas eran ofrendas de silenciosas oraciones hacia Dios. Sólo Él entendía el significado de cada una de ellas y estaba segura de que Él guardaba mis lágrimas en botellas en el cielo, tal como lo hacía con las del rey David.

Todo esto pasaba por mi mente mientras conducía a casa. Una vez que los chicos estuvieron dormidos tuve unos momentos más para atesorar todas estas promesas. Entonces llegó Raúl, golpeando la puerta.

“¡Sharon, Sharon no estoy enojado. No te voy a lastimar. ¡Abre la puerta, por favor, tengo que decirte algo muy importante!”

Tal vez había visto algo en algún programa de televisión sobre el Kung fu. Siempre sucedía algo emocionante en la vida de Raúl, generalmente relacionado con su academia o sus escapes de fin de semana.

Entreabrí la puerta, sin saber realmente qué esperar, y me encontré frente a Raúl, que tenía una sonrisa radiante de oreja a oreja.

“¡He vuelto a nacer!”, exclamó. Le dí un portazo en la cara. ¿No era un poco blasfemo asegurar haber “vuelto a nacer” sólo para impresionarme? Él sabía lo que significaba, habíamos conversado bastante al

respecto. A veces, cuando me dejaba sus notas acompañadas de rosas, expresando su arrepentimiento, yo le explicaba lo imposible que era que él cambiara sin Jesucristo.

“Sharon... abre la puerta... por favor”, me rogaba suavemente. Había una genuina ternura en su voz que no había escuchado antes. Por alguna razón me recordaba la voz de Jesús cuando Él hablaba a mi corazón, cuando Él me pedía que le escuchara. Con mucha cautela, abrí la puerta. Raúl se me acercó y suavemente tomó mi rostro entre sus manos, esas mismas manos que había usado frecuentemente para lastimarme. Me besó repetidamente.

“Te amo Sharon. Estoy tan arrepentido por todo lo que te he hecho. Quiero ser un esposo amoroso. ¿Podemos comenzar otra vez? Nunca más te lastimaré”. Sus palabras estaban llenas de gozo y esperanza. ¿Debía creerle esta vez?

“¿Comenzar otra vez?” Yo estaba pensando en mis propios planes de comenzar de nuevo, pero sin él.

“Yo sé que no me crees”, su voz era persuasiva, “y entiendo que dudes, pero ya verás. Sólo dame tiempo para demostrártelo”.

“Raúl, lamento no estar tan entusiasmada, pero ya he escuchado esas promesas.”

Él intentó tomarme, emocionadamente, como si nada hubiese pasado entre nosotros. Lo rechacé.

“Por favor, no hagas eso. No me toques”. Mi voz era dura, e hice sus manos a un lado con frialdad. No las quería cerca de mí; me habían lastimado demasiado. Pasaría un largo tiempo antes de que me rindiera a su acercamiento. No importaba cuán razonable pudiera tratar de ser, porque cada vez que se me acercaba, mi piel se congelaba.

Nuestros roles cambiaron instantáneamente. Ahora, él era el personaje bueno y yo el malo. Él me buscaba y yo me alejaba. Raúl me quería y me dijo que esperaría por siempre hasta que yo estuviera lista para recibir su amor. Estaba hablando como Cristo le habla a su novia, la iglesia, y él ni siquiera había leído la Biblia.

Nos sentamos y hablamos. Nos llevó la mitad de la noche conversar acerca de todo lo que había sucedido. Él confesó que no podía vivir consigo mismo, y de daba cuenta perfectamente de lo que nos había hecho a los niños y a mí. Lo que no me dijo esa noche, pero me confesó años más tarde, fue que él había regresado a casa ese domingo por la noche con la intención de matarnos a todos. En su desesperación había estado saltando de un canal de televisión a otro para pasar el tiempo mientras nosotros estábamos en la iglesia. Cuando repentinamente se sintió cautivado por el mensaje de un hombre que le hablaba a un grupo de adolescentes acerca del amor de Dios.

Raúl me explicó el mensaje de este hombre. “Él hablaba del amor de Dios... de su carácter. Dijo que Dios me amaba y que Él era el único que podía limpiar mi pasado y darme una vida nueva. ¿Puedes creerlo, Sharon? ¡Soy una nueva persona! ¡Lo sé!” Mi esposo me hablaba como si acabara de descubrir un misterio; como si hubiera estado ciego y ahora pudiera ver.

Averiguamos después, que el hombre de la televisión era Chuck Smith. Hoy en día lo conocemos personalmente y sabemos de antemano que es un hombre absolutamente fascinado con el carácter de Dios y con las profundas enseñanzas de Su Palabra. El Pastor Smith aborrece el fanatismo y la emotividad que existe en la iglesia y que impide que la verdad de Dios sea revelada en su simplicidad original. Aunque es teólogo, es, por sobre todo, un maravilloso comunicador del inmensurable amor de Dios y de la manera en que Él derrama éste amor sobre Su pueblo.

Bien, ante tales circunstancias ¿qué podía yo hacer? Decidí quedarme, por lo menos por un tiempo, para observar a Raúl de cerca y poder decidir si su experiencia era real. Si no lo era, ciertamente sería la más cruel de sus mentiras. Por otra parte, una verdadera conversión abriría caminos increíbles para servir a Dios. ¡Tal vez, dentro de un tiempo, habría la posibilidad de ser misionera! Tenía que suceder. ¿No era la voluntad de Dios conceder las peticiones del corazón del hombre? ¿No las había puesto Él ahí?

Fue inmediatamente evidente que Raúl era una nueva persona, como lo demostraba su nueva actitud y visión de la vida, pero me tomó un par de años llegar a estar completamente convencida de su sinceridad. Durante mi vida había visto mucha hipocresía en personas que se volvían a Dios en momentos de desesperación.

La ira de Raúl continuó explotando esporádicamente, plagando mi mente de dudas. Sin embargo, le veía salir a caminar a menudo para pedir a Dios ayuda y dirección. Esto le permitía extinguir lo que de otra manera se habría convertido en una recurrencia de su ardiente furia.

La transformación experimentada por Raúl me demostró en que consiste la conversión cristiana. «Cuando una persona es nacida de nuevo verdaderamente, «recibe el perdón de sus pecados, y experimenta una profunda limpieza espiritual, que produce gozo interior. Al estar conciente de la maldad de su corazón, sabe que ni mereció ni ganó ese perdón por medio de su propia bondad; acepta por fe que «...la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado [pasado, presente y futuro].» (1 Juan 1:7)

Un verdadero converso se enamora de Jesús, aunque no sepa nada acerca de Él. Al ver a su Señor revelado en las Escrituras y en su propia vida, se despierta en él un hambre aún más grande de familiarizarse con su Salvador. Su gratitud hacia Cristo lo impulsa a contarle a otros acerca de su experiencia. Él ansía que ellos también reciban el perdón y la libertad de sus pecados.

Un nuevo creyente crece espiritualmente al clavar su vieja naturaleza en la cruz junto con Cristo. Ya no se deja controlar por sus pasiones, intelecto o voluntad. En lugar de eso, por medio de la lectura y meditación de las Escrituras, satura su mente con los pensamientos de Dios. De este modo, se transforma en un hombre nuevo.

Conforme el nuevo cristiano confronta las dificultades de la vida diaria, su antigua naturaleza intentará recapturarlo. Su carne, con sus apetitos insaciables, lo seducirá. El mundo con sus falsas esperanzas lo atraerá, y Satanás, el engañador de la humanidad, lo presionará sin misericordia en un poderoso intento de poseer su alma.

Pero, puesto que el convertido está llegando a conocer a Dios por medio de Su Palabra y de una íntima comunión con Él, aprende una nueva manera de pensar, la manera de Dios. Esto le fortalece, y le hace capaz de resistir los ataques del enemigo. En su momento, el creyente es capaz de rendirse a Cristo diariamente, y esto lo transforma a la imagen de Dios. Toma toda una vida. La Escritura lo dice:

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.” (2 Corintios 3:18)

La conversión de Raúl era real. Había sido milagrosamente transformado. Era una nueva criatura, una nueva creación, vuelta a nacer. Una increíble metamorfosis se había llevado a cabo. ¡Qué privilegio era estar en medio de este milagro!

Raúl llamó a todas sus amistades. Lloraba al hablarles por teléfono, explicándoles a cada uno lo que le había sucedido. Llamó a mi hermana Shirley, luego a sus padres, luego a los míos, luego a sus alumnos de kung fu, y por último a sus antiguos compañeros de la escuela.

Después de sus lecciones de kung, les presentaba a sus estudiantes las verdades bíblicas que él se devoraba cada día. No pasó mucho tiempo antes de que tuvieramos un estudio bíblico semanal en nuestra casa, y entre quienes asistían estaban los amigos y alumnos de Raúl, cuyas vidas ya habían sido cambiadas por su testimonio. En ocasiones nos quedábamos despiertos toda la noche orando hasta que el amanecer nos recordaba que era hora del desayuno.

Aunque aún sentía cierta frialdad hacia Raúl, podía ver que él verdaderamente caminaba con Dios. Había sido amado y perdonado por Jesús; su comprensión espiritual de este hecho generó un cambio gradual en todas sus actitudes. Su verdadero arrepentimiento era evidente. Comenzó a asumir sus responsabilidades en la casa y a pasar sus días libres con nosotros. Era tan, tan bueno que aún lo puedo saborear. Estaba convencida de que a su tiempo, el indisciplinado carácter de Raúl sería controlado por el Espíritu Santo. Quizás tomaría para siempre; así ocurre con todos nosotros. No se había vuelto perfecto. Pronto vería que yo tampoco.

El estudio bíblico semanal que realizábamos en nuestra casa pronto creció, al punto que fue necesario trasladarlo a la academia de kung fu. Para ese entonces, yo había renunciado de mi empleo, así que los niños y yo nos apurábamos en llegar a la academia para cuando las clases hubieran terminado. Barriamos, rociábamos desinfectante, limpiábamos el baño, regábamos las plantas, y hacíamos todo lo que podíamos para preparar el lugar para el estudio. Más tarde, mientras Raúl enseñaba, yo le contaba historias bíblicas a los chicos. Cantábamos, bailábamos y hacíamos todo lo que fuera necesario para mantenerlos entretenidos. Conocía mi papel y me encantaba.

Los domingos íbamos a la escuela dominical y a la iglesia juntos, y a veces viajábamos hasta Costa Mesa donde el pastor Chuck Smith daba estudios bíblicos en una gran carpa. Miles de adolescentes y adultos jóvenes se congregaban ahí para aprender, entender y obedecer la revelación de Dios para el hombre.

En esos días todos mis anhelos se vieron cumplidos: pasar tiempo con mi esposo, trabajar con él, escuchar estudios bíblicos como familia, y orar juntos compartiendo nuestras experiencias espirituales.

Por fin, comencé a enamorarme de Raúl nuevamente. Pronto estaba loca por él y quería estar a su lado constantemente. Disfrutar de Raúl se transformó en mi obsesión. Parecía no necesitar tanto la comunión con Cristo cuando Raúl y yo manteníamos una relación tan íntima. Hasta hoy ese deseo de recibir su atención y compañía interfiere en mi comunión con Dios.

Supongo que fue por eso que Pablo hizo un comentario tan específico respecto a las mujeres y su relación con Cristo:

“Hay asimismo diferencia entre la casada y la doncella. La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido.” (1 Corintios 7:34)

La Biblia nos enseña que Dios es celoso de las relaciones que nos alejan de él. También nos explica que uno de los nombres de Dios es “Celoso”. Los celos de Dios no son como nuestra actitud enfermiza que nace del orgullo y que se manifiesta como una codicia incontrolada. Sus celos no se expresan a través de la envidia, la malicia ni el odio.

Los celos de Dios se manifiestan en su “celo” por proteger su relación con Su novia. Es el celo de Dios lo que no nos deja alejarnos de su amor. Aunque Él llena nuestros corazones con devoción por nuestros seres queridos, Él luchará por ser el Maestro y Gran Amor, y es sólo a través de Él que podemos amarnos unos a otros con un corazón puro.

El apóstol Pablo expresó éste mismo celo cuando estaba preocupado de que Satanás pudiera seducir a la iglesia con sus sutilezas. Pablo sabía lo que Satanás le había hecho a Eva, y no quería que él corrompiera nuestras mentes:

“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.” (2 Corintios 11:2)

Es por esta razón que el Señor no me ha permitido concentrarme en Raúl. En lugar de eso, Su voluntad aleja a Raúl de mí, forzándome a buscar al verdadero Amante de mi alma. Él quiere que lo ame de todo corazón, tal como Raúl.

La pasión de Raúl por Cristo lo atrajo tanto a la Palabra como a los que están espiritualmente muertos en este mundo. No estaba satisfecho con la conversión de los 200 o 300 quienes ahora asistían a nuestros estudios bíblicos semanales. Sentía, y aún siente, una gran urgencia de compartir lo que Dios ha hecho por él con todo el mundo. Esto realmente me emocionaba. Ese deseo por el campo misionero me llenó de nuevo.

Raúl comenzó a visitar la escuela secundaria durante la hora del almuerzo y a conversar con los estudiantes acerca de Jesús. Comenzó a hacer lo mismo en otras escuelas. Se hizo común también el compartir de Cristo en las demostraciones de kung fu. Los chicos y yo le acompañábamos lo más que podíamos.

La sed de Raúl de conocer más a Dios no se saciaba nunca. Se devoraba los libros de estudio y los sermones grabados por el pastor Chuck Smith. Fue invitado a asistir a la primera escuela pastoral de Calvary Chapel para hombres a quienes la pasión por la Palabra les consume igual que a él.

Aunque Raúl estaba ganando miles de dólares con su academia de kung fu, ni el dinero ni su evidente éxito podían competir con su amor por Dios. Más o menos después de un año de trabajar juntos, comencé a notar que Raúl pasaba más y más tiempo fuera, de un lugar a otro, compartiendo las Buenas Nuevas de Jesús. Para mí era imposible acompañarlo porque tenía que cuidar de la casa y de los niños. Comencé a sentirme sola nuevamente.

Un día sufrí un esguince en el tobillo. Le pedí que no asistiera a la reunión de oración para que pudiera ayudarme con los niños. Llevarlos a la cama era un largo proceso que significaba contar cuentos, conversar, algo de comer, vasos de agua y cualquier otra cosa que se les ocurriera con tal de estar despiertos cinco minutos más. Me quedé impresionada cuando Raúl me dijo, “lo lamento cariño, vas a tener que hacerlo sola, no puedo faltar a la reunión de oración esta vez.”

La auto-compasión me atrapó inmediatamente. Sí, yo sabía que la oración era una prioridad, pero ¿acaso él no entendía? Había estado sola tanto tiempo. Ahora que él era cristiano, esperaba que él estuviera conmigo.

Mi papá siempre había estado fuera cuando yo era niña. Escasamente le conocía cuando nos vinimos a los Estados Unidos a vivir. Y, escondido en un secreto closet de mi corazón, hay un retrato de mi madre que no deja de lastimarme. Aún la puedo ver sentada sola en su cama, temprano en la mañana y tarde por la noche, su Biblia sobre sus piernas y lágrimas rodando por sus mejillas. Nunca supo que yo la ví así.

Mamá siempre había sido nuestra mejor amiga, enseñándonos, amándonos y preocupándose por Shirley y por mí. Ella era conocida por su aire jovial, su espíritu libre y su don de agradar. Cantaba y tocaba el piano en los estudios bíblicos, dirigía nuestra escuela diurna y a veces enseñaba en las clases bíblicas vespertinas. Aconsejaba, daba lecciones de música, y siempre tenía un poco de tiempo extra para un paseo a la montaña o a la playa. Sin embargo, a pesar de su amor por la vida, nunca olvidé los escondidos momentos de soledad de mi madre. De niña, yo había tomado la determinación de que mi esposo nunca me dejaría. Pero ahora, me daba cuenta que había perdido a mi novio y él seguía a su nuevo Señor.

Me arrastré por la casa esa noche, llorando, a cuestras con mi tobillo hinchado. Después de unas horas sentía que ya no podía soportar el dolor. Llamé a Raúl. ¿Acaso no se sentía culpable? No. En lugar de eso oró por mí.

Sentía venir la depresión como un torrente. Pero ahora yo ya sabía qué hacer. Busqué todos los pasajes de las Escrituras que se me ocurrieron que hablaban de las esposas, maridos y los deberes bíblicos de las parejas. Si Raúl estaba haciendo la voluntad de Dios, yo aprendería a amarla. Como siempre, la Palabra de llevó al arrepentimiento:

“Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen;” (1 Corintios 7:29. 30)

Otro versículo que leí instruía a los creyentes a vivir sabiamente y no como necios, mas redimiendo el tiempo porque los días son malos. Decía que debemos buscar entender la voluntad de Dios.

Me sentía humillada. Había personas muriendo y yendo llendo al infierno y ¡yo estaba preocupada por mi tobillo! ¿No era ya hora de dejar mi auto-compasión y empezar a ver la vida con una perspectiva eterna? Si alguna vez iba a ser misionera necesitaba prepararme.

Cuando le confesé todo esto a Raúl, se emocionó. Estuvo de acuerdo en que yo organizara una reunión para mujeres que estuvieran interesadas en coser colchas y otros artículos necesarios para el campo misionero. Para mi desilusión, sin embargo el día de la reunión no apareció nadie.

Lo intenté todo. No importaba cuánto buscara la actividad adecuada, parecía no gustarle a Raúl y no me satisfacía a mí tampoco. Existía una gran necesidad de que alguien cuidara de los niños pequeños durante nuestro estudio bíblico y yo los amaba, así que me convertí en la única maestra de nuestra escuela dominical por un largo tiempo. No queríamos pedirles a los nuevos conversos que cuidaran a los pequeños todavía. Durante ese tiempo casi nunca pude escuchar los estudios bíblicos de Raúl ni pude llegar a conocer a los adultos. En total confusión, clamé a Dios otra vez.

Jamás olvidaré esa noche. La luna brillaba y las estrellas titilaban en el cielo despejado. Sentada en el sofá que una vez le había pertenecido a la Abuela, tenía una buena vista de los árboles en nuestro patio. Usualmente, oro mirando por una ventana. Esa noche me percaté de que nuestro árbol de damasco estaba lleno de hojas y frutos, mientras que el árbol del vecino no tenía hoja alguna.

“Raúl es el damasco, tú eres el árbol sin fruto”

Esas fueron las palabras que vinieron a mi mente. Yo sabía perfectamente quién había puesto esos pensamientos ahí; ¡Dios! Jamás me había considerado como alguien sin fruto. Mantenía la casa limpia, adoraba a mis niños y les enseñaba fielmente la Palabra de Dios. Leer la Biblia era tan parte de mi rutina diaria como lavarme los dientes.

“¿Por qué no tengo fruto?” Le pregunté al que conocía los más íntimos secretos de mi corazón. Y de una vez entendí todo. “Tú solamente lees la Biblia para encontrar respuestas a tus problemas y para pedir cosas. Nunca la estudias sólo para conocerme. No le cuentas a nadie acerca de mí. Te conformas con vivir una vida muy privada”.

Por supuesto que es correcto pedirle cosas a Dios. Cristo nos enseñó a pedir y nos prometió que nos daría todo lo que pidiéramos de acuerdo a Su voluntad. Lo que a Él no le agrada es cuando lo único que hacemos es pedir, y cuando pedimos lo hacemos de acuerdo a nuestra egocéntrica voluntad.

Era hora de que yo descubriera quién es Dios. Era vital que yo le amara simplemente por quién Él es, y no por lo que yo puedo obtener de Él. Necesitaba preguntarle lo que Él quería de mí y cómo lograrlo.

Entonces me di cuenta de algo terrible: la razón por la cual yo había querido participar en misiones no era porque yo quería agradar a Jesús. Ni siquiera era porque yo deseara que la gente encontrara a Dios. ¡Simplemente, quería regresar a mis raíces! Ahora que lo veía todo más claramente, nunca le había preguntado qué pensaba Él de mis planes. Ni siquiera le había pedido que me ayudara a llevarlos a cabo. Al enfrentar el hecho de que no tenía nada de valor que compartir con nadie, lloré.

Con razón estaba en el dique, atrapada y sola en mi hogar. Recordé un gran barco que una vez ví en la bahía de Valparaíso. Estaba en un dique seco, donde los barcos son reparados y reconstruidos. Este barco había sido golpeado y maltratado por los años de viajes trasatlánticos. Por lo menos diez capas de pintura se podían distinguir en su descascarada superficie. El nombre del barco estaba tan gastado que no se podía leer. Recuerdo haber sentido lástima por él, y preguntándome cuántas historias contaría si pudiera hablar. Una cosa era evidente: no iba a ir a ninguna parte, ni ahora, ni por un largo tiempo. Y yo tampoco.

Luego, otra imagen vino a mi mente; un recuerdo más que me ayudó a entender lo que Dios me estaba tratando de decir. En una ocasión, cuando los chicos y yo estábamos construyendo una casa en un árbol, clavé varios clavos grandes en el árbol de damasco. Más tarde, un jardinero me dijo que el fierro alimentaría al árbol y que lo haría producir más y mejor fruta.

No estaba segura si había alguna base científica para esta afirmación, pero resultó verdadera. Una vez que los clavos estuvieron ahí, nuestro árbol produjo muchas más docenas de jugosos damascos, muchos más de los que nunca antes había dado.

Clavos, los clavos producen fruto...Clavos habían colgado a Jesús en el áspero árbol del Calvario. Su muerte había traído resurrección, y había puesto a nuestra disposición vida abundante para todo el que creyera.

Raúl había muerto a su antigua manera de ser. Había clavado su pasado en la cruz de Jesús, y ahora verdaderamente vivía en el Espíritu de Dios. Mientras tanto, yo no estaba pensando en Aquel a quien yo debía amar con todo mi corazón, mi alma y mi mente. Yo estaba pensando en mí misma.

CAPÍTULO 11

EL MAESTRO ARMADOR DE BUQUES

Como el antiguo barco de vapor en Valparaíso, mi barco necesitaba ser restaurado para los viajes que tenía por delante. Sólo Dios podía adecuarlo para que me llevara a los distintos puertos y para que batallara las tormentas del océano. Iba a tener que morir a mi manera de ser y someterme a Sus caminos, Su voluntad y a la habilidad de sus manos. Yo no me podía reparar a mí misma.

Seguramente había escuchado aquellas palabras mil veces: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Ahora estaba a punto de aprender su significado, en forma personal y práctica.

“Morimos” cuando nos damos cuenta que los planes y propósitos de Dios son los únicos viables y que deben realizarse a Su manera y en Su tiempo.

“Morimos” a esta vida cuando volvemos nuestra mirada hacia la eternidad y dejamos de vivir buscando satisfacción terrenal.

“Sin fruto” son palabras muy desoladas. Significan improductivo, infructífero y estéril. Jesús enseñó que una vida que no produce fruto, es cortada, se marchita, y es usada como leña.

También dijo que si una rama es podada, dará mucho fruto. Yo había estado en la iglesia toda mi vida, creciendo como la maleza silvestre, haciendo lo que me placía. Ahora, el Labrador de la creación quería podarme. Comenzó podando mis ramas muertas para que pudiera producir algo útil, incluso dulce. Me preguntaba lo que sería.

Busqué la palabra “estéril” en la concordancia de mi Biblia. Encontré un pasaje dirigido a la novia de Cristo, la iglesia. Este pasaje, que se encuentra en el libro de Isaías, se transformó en el cimiento sobre el cual iba a edificar mi vida en los años venideros:

“Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada, ha dicho Jehová.” (Isaías 54:1)

El Señor me estaba llamando a regocijarme. Quería que entendiera una gran verdad. Una mujer abandonada (o en mi caso, solitaria) puede ser espiritualmente más fructífera que una mujer cuya vida ha sido absorbida sólo por su esposo y sus hijos.

“Ensancha el sitio de tu tienda”, continuaba el pasaje, “y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas.” En palabras más simples: ¡Hagan espacio! Abre tu casa y estira tu corazón. Fortálécete en el Señor.

“Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda” y tu descendencia heredarán naciones, y habitará las ciudades asoladas.

Dios me dejó muy en claro que Él tenía un plan muy fructífero para mi vida. Siendo tan reservada desde mis días de escuela, esta idea me asustaba un poco.

“No temas, pues no serás confundida; y no te avergüences, porque no serás afrentada, sino que te olvidarás de la vergüenza de tu juventud”. Me había sentido avergonzada de mi embarazo premarital y de mi enfermizo matrimonio. Enfrenté el reproche de las horribles palabras que Raúl me había dicho durante nuestras discusiones antes de que entregara su vida a Cristo. Sus palabras me habían herido, dejando cicatrices que se rehusaban a sanar. ¿Había Dios perdonado y olvidado? ¡Entonces yo también tenía que hacerlo!

“...y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre”

Este concepto era nuevo, revolucionario y absolutamente asombroso. ¡Mi Creador, el Señor de toda la creación, es mi Esposo! El día de mi matrimonio le dije mis votos al Señor. Ahora era tiempo de empezar a vivirlos.

Ahora el cuadro se aclaraba aún más. Aunque yo estaba casada con Raúl, la academia y el ministerio lo mantenía ocupado cinco a seis días a la semana. Era como una viuda, una viuda escogida por Dios. Él se encargaría de mí, como un esposo. Él me llamaba a aferrarme y a depender de Él. Debía descansar en Él para recibir apoyo y para obtener mi alimento solamente de Él.

Al principio, yo estaba muy contenta. Pero, entonces, como de costumbre, la gloria de la verdad de Dios pronto se vió opacada por la rutina de mi vida. Partidos de Baseball, baterías y tambores, hockey en la calle, Boy Scouts, mascotas desagradables, paseos de escuela, ser chofer de los niños, visitas al dentista, vecinos quejumbrosos, armar maquetas, coleccionar insectos, pescar en el arroyo, encuentros de boxeo, y una serie de distracciones poco femeninas hicieron que los conceptos de Dios se vieran lejanos e imprácticos.

¡Cuánto extrañaba a mi hermana! Y desde la conversión de Raúl, a Chrissy ya no se le permitía entrar en nuestra casa, así que también a ella la extrañaba. Sólo veía a la tía Phene una o dos veces al año. Mi niñez sudamericana aún me afectaba puesto que me sentía fuera de lugar. Todavía se me hacía difícil relacionarme con los norteamericanos de manera íntima, y eso me dejaba más o menos sin amigos. Creo que decidí no establecer raíces en Estados Unidos para así no sufrir tanto como cuando partí de Chile.

Aunque había sido inspirada por la Palabra de Dios, no pasó mucho tiempo antes de que la soledad empezara a burlarse de mí nuevamente.

Un día, un muchacho grandulón pero de sólo diez años golpeó a mi puerta:

“Hola, me llamo Tony.”

“Hola, ¿qué deseas?” Apenas entreabrí la puerta.

“¿Puedo pasar?”

“Mejor no. ¿Qué quieres?”

“¿No es usted la mamá de Shane y de Raulito?”

“Sí”

“Bueno, ¿y entonces porqué no me deja pasar?”, preguntó con insistencia, y colocó su pie grandote entre la puerta para que yo no la pudiera cerrar.

“¡Creo que es mejor que te vayas!”, le dije con firmeza.

“¡No!”, persistió.

“¿Qué diantres quieres?”

Quitó su pie, bajó la mirada y con tristeza dijo, “Oh... nada” y comenzó a alejarse.

“Dejen que los pequeños vengan a Mí, no se lo impidan; porque de los tales es el reino de los cielos”. Podía escuchar las palabras de Cristo ordenándome, ardiendo en mi corazón.

“¡Él no es pequeño!”, le hice ver a Dios. Hubo un momento de ensordecedor silencio.

“¡Oye, Tony!”, corrí hacia la calle. Tony se puso esquivo.

“¿Qué quiere?”, me gritó con disgusto.

“Regresa más tarde y te contaré algunas historias bíblicas”.

El rostro de Tony se iluminó con una sonrisa. Regresó 30 minutos después, trayendo a todo el vecindario consigo. Tony trabajó con gran energía habilitando una sala de clases en el garage. Posteriormente nos trasladamos a la casa.

Raulito, Shane y yo presentábamos obras de teatro y títeres. Bailábamos, cantábamos, planeábamos concursos y emocionantes paseos para todos los niños. Para cuando mis hijos comenzaron a ir a la escuela no era inusual compartir nuestro desayuno y tiempo con seis u ocho niños que los pasaban a buscar camino a la escuela. A mis hijos les molestaba si sus amigos no conocían a Jesús, así que ellos les explicaban acerca de Él tan pronto como podían. La mayoría de esos niños entregaron sus vidas a Cristo y aún siguen enamorados de Él hoy en día.

Durante años Tony casi me volvió loca, insistiéndome que le enseñara todas y cada una de las cosas que yo supiera. Me extrajo cada gota de paciencia que hubiera tenido, me llevó a suplicarle a Dios por un poco más. Sin misericordia, raspó hasta limpiar todas mis acumuladas capas de pintura.

Durante los años que estuve en el dique, Tony fue mi constante compañía. Desde entonces, cientos de los amigos de mis hijos han sido bienvenidos a mi casa, dándome bastantes excusas para pintar, remodelar y redecorar. Tal como la Escritura me había enseñado, con la ayuda de Dios yo “agrandé, alargue, clavé, extendí” no sólo mi carpa y mi corazón, sino también los corazones de mis hijos.

Durante este tiempo, el estudio bíblico de Raúl estaba creciendo dramáticamente y requería su constante atención. Para entonces ya teníamos sesiones dobles en la academia de kung fu y arrendábamos un lugar para los niños. Raúl tenía un grupo de hombres fieles que trabajaban con él, así que no había mucho trabajo para mí ahí. Fue en esa etapa en la que Debbie y yo pronto descubrimos que Dios nos había revelado Su rol como nuestro esposo. Algunos años mas tarde, Debbie me mostraba, de un modo único, como nuestros “matrimonios” con Él sólo comenzaban en esta tierra y pronto nos llevan a todos a Su maravillosa presencia para siempre.

Raúl seguía ausente día y noche, dando estudios bíblicos, visitando escuelas, estudiando y dando demostraciones de kung fu. Ni siquiera andábamos juntos en nuestro auto. Partía al amanecer todos los domingos para orar y meditar en las Escrituras. ¡Cuánto le extrañaba!

Pero Dios tenía un mensaje para mí aún en mi nostalgia por mi esposo. Su ausencia se transformó en otro clavo, uno que me carcomía cada día. Esa herida sigue alimentando mis ramas.

Aún extraño a Raúl diariamente. Nunca me he acostumbrado a su ausencia. Y, a decir verdad, no quiero llegar a acostumbrarme a estar sin él. Me gusta extrañarle. Me enseña autocontrol. Me obliga a morir a mis deseos, y me acerca más a Jesús. Es una manera muy práctica de enseñarme cómo nosotros, la novia de Cristo, debemos añorar por nuestro Señor. Nuestros corazones deberían ansiar profundamente su regreso.

Vivimos en días en los que la gente le teme al sufrimiento. Corremos de un lado a otro buscando algo o a alguien que alivie nuestro dolor interior. El dolor limpia el alma, fortalece el carácter de la persona. Si no sufrimos, no podemos captar la profundidad del consuelo de Dios. Si no hemos sido heridos no podemos sentir el tierno toque del Sanador. Si no hemos estado solos, no hemos entendido la dulzura de su constante compañía. El dolor escribe las canciones y enseña las lecciones que consuelan al hombre. Mi necesaria separación de Raúl ha despertado en mí el anhelo del cielo, donde no hay soledad ni dolor.

Una noche, Raúl se precipitó por la puerta, trayendo noticias verdaderamente emocionantes. “Unos muchachos y yo vamos a ir a Chile a “espiar la tierra”. Queremos ver la posibilidad de un trabajo misionero allá”. Josué había hecho lo mismo antes de que el pueblo Hebreo entrara en la Tierra Prometida para poseerla. ¿Estaba mi Tierra Prometida a la vista?

“¿Cuándo partimos?”

“Lo siento, Sharon, pero tú no puedes ir”

“¿No puedo ir? ¿Por qué?”

“Es un asunto del ministerio, Sharon. No pueden ir mujeres”.

Yo había estado involucrada en el ministerio toda mi vida. Nunca antes había sentido que no era parte del ministerio de mi papá. Nuestra familia siempre había sido conocida como “los misioneros Farrel”.

Pero para mi gran sorpresa, escuché a una autocontrolada Sharon decir, “¡Te encantará Chile, es maravilloso!”

Las primeras experiencias de Raúl en el ministerio sólo incluían trabajo con varones. Por lo tanto, él asumía que esa era la manera correcta. Posteriormente, al mirar con más profundidad en las Escrituras, aprendió que Jesús y sus apóstoles estuvieron rodeados de mujeres que ministraban a sus necesidades y a las necesidades de otros. Pablo las llamaba su colaboradoras y compañeras de trabajo. Jesús honró a las mujeres devotas de manera más significativa aún. Les permitió ser las últimas en verlo en la cruz, y las primeras en verlo vivo de nuevo. ¡Fue una mujer la primera en proclamar las buenas nuevas de la resurrección!

Raúl partió a su estudio bíblico y yo me tendí en el sofa de la Abuela. “Snip, snip” Podía escuchar las tijeras podadoras del cielo cortando todas mis ramas de incredulidad, orgullo y ansiedad, muertas.

“Aún no”, susurraba el Jardinero a mi corazón.

Me enojé con esa rabia que escapa entre los dientes apretados.

Está bien cuestionar a Dios. Simplemente no peques ni le acuses falsamente mientras dejas escapar tu enojo.

“¿Por qué no puedo ir?”, le dije enfrentándolo. “Tú sabes que yo siempre he querido regresar a Chile. ¡He esperado durante 13 largos años!”, como si Él no lo recordara.

“¿Es justo que me quede sola con todo el trabajo, cuidado de los niños y todos sus amiguitos? Raúl casi nunca está en casa. Estoy harta de hacerlo todo sola. ¿Cuándo voy a poder hacer lo que siempre he añorado?” Mi enojado corazón explotó, y luego quedé en silencio.

Decidí entonces que ya había dicho lo suficiente, mejor sería quedarme callada y escuchar. Realmente no esperaba una respuesta, no después de ese arranque emocional. Ni siquiera abrí mi Biblia. Cerré los ojos en silencio.

En mi mente, pude ver un buey, inmensamente grande y fuerte; sus músculos bien delineados.

“Esa eres tú”, me dijo una voz interior.

“Gracias” respondí, “siempre quise ser un buey”.

Entonces, una Escritura vino a mi mente:

“Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera.”. Mateo 11:29-30

Entendí que había sido puesta en el yugo de Cristo, esa era Su voluntad para mí. Necesitaba aprender la manera en que nuestro Dios-Siervo nos guía en Su servicio. Tenía que someterme en obediencia total a quien controla la existencia de todo. Él daría descanso a mi ansioso corazón.

También pude entender que el buey es símbolo de servicio en la Biblia. Dios me estaba llamando a ser una sierva dispuesta.

Entonces, ví a este buey tirando una pequeña carreta que llevaba a mis dos inquietos pequeños. El cuello del buey estaba incómodamente aprisionado en un enorme yugo doble que se inclinaba torpemente hacia un lado. Era evidente que faltaba un buey; y si hubiera estado ahí habría equilibrado el yugo. Yo estaba tratando de llevar sola un yugo hecho para dos bueyes.

Por supuesto que tenía claro quién era el buey que faltaba. Era Raúl. Mi vida sin él parecía desequilibrada – me friccionaba, colocando demasiado peso sobre mis hombros. Me había desgastado por completo quejándome al respecto.

“¿Eso es justo?” le pregunté a Dios mientras contemplaba esta escena.

Luego pensé en Él, el Justo que llevó sobre sí la crueldad de la cruz. Con sus manos marcadas por los clavos. Él levantó el yugo por el lado vacante y lo sostuvo, aliviando la presión de los hombros del buey. El llevó la carga sobre sí mismo.

“¿Qué te parece si aligero tu carga?”, susurró una suave voz en mi corazón. Sentí un tremendo gozo y comprensión.

“Cuando Tú lo desees, mi Señor”, fue mi ardiente respuesta.

Poco a poco, fui desarrollando un agudo sentido de audición para escuchar Su voz.

Dios estaba hablando a mi conciencia a través de Su Palabra. Descascarar la pintura de mi varado barco era una tarea difícil, pero traía una sensación tan saludable, tan maravillosa... Me estaba comenzando a sentir como nueva. Lo único que necesitaba ahora era un puerto de destino.

Raúl se sentía profundamente conmovido por mi nueva relación con Cristo. Me pidió que compartiera lo que Dios había hecho por mí con las mujeres de nuestra iglesia. Quizás incluso comenzaría un estudio bíblico para mujeres. Yo era una persona reservada, ¿recuerdan? No me gustaba contarle a la gente acerca de mi pasado. Estaba sepultado y punto. Además, ¿cómo podría yo hacerme cargo de un estudio para mujeres? De todos modos, ¿qué haría yo con un grupo de mujeres norteamericanas? Ya había fracasado una vez cuando había tratado de juntar a mujeres para coser ropa para el campo misionero. ¡Eso había sido suficiente para mí! Rechacé la oferta sin siquiera preguntarle a Dios.

Después de una terrible herida recibida durante una demostración de kung fu, el hermano de Raúl, Javier, recibió el milagro de la salvación de Jesús en su vida. Javier se casó con una chica llamada Trudy, quien rápidamente aceptó ser mi mejor amiga. Al principio su compañía me estorbaba. Venía a nuestra casa con frecuencia, y yo siempre estaba ocupada en mi rol de ama de casa, mamá, vigilante del vecindario y niñera. Realmente no tenía tiempo para atender visitas.

Más aún, no sentía que tuviera nada en común con ella en lo absoluto. Ella era una típica joven norteamericana. Finalmente, decidí que si iba a estar cerca de mí, iba a tener que contentarse con verme trabajar.

Esto no me molestaba en lo más mínimo. Si yo cosía, ella traía su máquina de coser, y cosía conmigo. Si yo limpiaba, me ayudaba. Plantamos flores, cocinamos, salimos de compras; lo que yo hacía, ella también lo hacía. Y, por increíble que parezca, cuando quedé embarazada, ella también quedó en cinta. Tenemos la prueba.

Trudy y yo llegamos a ser amigas íntimas. Ella había sido elegida por Dios para serlo. Él la trajo al lugar donde yo estaba varada, sabiendo que ella pondría colores brillantes y luminosos en mi superficie, todos los tonos exóticos que a mí me encantaban.

Su sentido del humor era justo lo que yo necesitaba. Debido a la aventurera vida que llevé en un tiempo, mi vida actual me parecía aburrida. Ella me enseñó a reír de las rutinarias tareas que me encadenaban. Aprendí que incluso el encierro podía ser productivo.

Mis pensamientos se volcaron hacia José, cuya historia es relatada en el libro de Génesis. Fue injustamente vendido como esclavo por sus celosos hermanos, acusado falsamente y puesto en prisión. Pero él transformó sus desmoralizantes circunstancias en algo productivo. Primeramente, por ser un buen mayordomo, llegó a ser el encargado de la prisión del Faraón. Más tarde, cuando Dios finalmente le había puesto en libertad, llegó a ser el segundo en cargo después del Faraón, gobernando toda la gran nación egipcia.

Desde su celda en la prisión, el apóstol Pablo escribió cartas de aliento y enseñanza. Su único delito era ser un ardiente seguidor de Jesucristo, y un misionero itinerante del más alto grado. Culpable de haber seguido los pasos de Jesús, se transformó en un “embajador en cadenas”. En sus enseñanzas él compara el caminar cristiano con el vivir en prisión, refiriéndose a sí mismo como “un prisionero del Señor Jesucristo”.

Quizás algún día yo también escribiría algo. Una canción o un poema en el que compartiría cómo sus cadenas de amor me apegaron a Su voluntad soberana.

Nuestra iglesia comenzó a reunirse en un teatro arrendado, con sesiones dobles de aproximadamente 500 personas en cada una. Y aún seguía creciendo. El corazón de Raúl se regocijaba con cada persona que tomaba una decisión para Cristo. Él sólo tenía un deseo: declarar del amor de Dios a un mundo decadente.

Aunque estudiaba y escudriñaba la Palabra de Dios ocho horas diarias, su pasión por ella lo llevaba a aumentar su horario más y más. Finalmente, se matriculó en una universidad cristiana.

Yo había estado tomando clases de kung fu para así poder pasar más tiempo con Raúl. ¡Me llevaba tres golpizas a la semana para poder acompañar a este tipo! Habría preferido estar arropada en una frazada frente a la chimenea y comiendo palomitas de maíz hasta que Jesús viniera a buscarnos.

Nuevamente, Dios tenía otros planes. Yo estaba a punto de ser refinada por las “pequeñas cosas” de la vida, esas cosas que, o fortalecen tu carácter o te hacen pedazos.

Raúl estaba en la cocina tomando desayuno. Trudy estaba con él.

“¿Adivina qué, cariño?” No podía aguantarme las ganas de sorprenderlo. “¡Vamos a tener otro bebé!”

“¡No puede ser!” Se puso de pie en un salto, excitado. Raulito tenía siete años y Shane tenía seis. Había perdido dos bebés en los dos años anteriores, y pensábamos que nuestros días de criar bebés habían pasado. ¡Nunca había visto a Raúl tan feliz!

¿Cómo puede un ser humano inteligente llamar a su descendencia “de la concepción”, minimizando su humanidad para así cubrir el acto homicida del aborto, es algo que está más allá de mi comprensión. No hay nada tan emocionante como tener un bebé, especialmente cuando uno sabe que Dios es la fuente originadora de la vida. El milagro que envuelve, dos que llegan a ser uno, hace que la mente más brillante quede deslumbrada.

Trudy estaba contenta por mí, pero yo había aprendido a leer su mente. Ella también quería un bebé. ¡A los cuatro meses ella también quedó embarazada! Disfrutamos grandemente engordando juntas y recordando todos los peligros que había pasado con Raulito y con Shane.

A nuestro hijo le llamamos Ryan Brent (pequeño rey). Junto con él llegaron los usuales muebles pequeños, ropita, historietas, dolorcitos, lagrimitas, amiguitos, el sueñito, y ¡las montañas de pañales que cambiar, lavar, doblas y apilar!

Una mañana desperté temprano. Ryan había estado despierto toda la noche. La casa entera había sido adecuada para ser el campo de batalla de Raulito y Shane. Habían colocado una barricada en cada puerta con trampas que cayeron sobre mi cabeza, hicieron sonar campanas, o se enrollaron alrededor de mis piernas. Junto con eso, una docena de prendas para niño a medio terminar estaban apiladas sobre mi máquina de coser, mi cocina era un desastre. Como de costumbre, el sofá de la Abuela todavía estaba torcido, y un montón de pañales recién lavados, que casi me llegaban a la cintura, estaban tirados en el medio del piso de mi dormitorio, desafiándome a doblarlos.

Odiaba los pañales, todos y cada uno de ellos. Tenían la apariencia de un altar que espera un sacrificio, como los altares del Antiguo Testamento donde nuestros antepasados sacrificaban corderos a Dios para el cubrir sus pecados.

Sabía muy bien que Cristo se había hecho "...el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Él se había ofrecido a sí mismo como el sacrificio final para la redención de nuestros pecados.

Había sólo una cosa que necesitaba ser sacrificada en esta casa: yo. Tenía que morir, de nuevo, a mi voluntad. Necesitaba someterme, de una vez por todas, a la vida que Dios me había llamado a vivir. Estaba en los Estados Unidos y no en el campo misionero. Estaba constantemente sola, privada de la compañía de Raúl; rodeada de niños y de pañales día y noche.

"Oh Dios, ¡ayúdame!" Supliqué mientras me tiraba de espaldas sobre el montón de pañales como si fuese un sacrificio. Entonces le recité mi moribunda oración que había aprendido de Romanos 12:1-2 de forma personal de acuerdo a mi necesidad. La dije tal como los Estadounidenses juran ante la bandera.

"Yo presento mi cuerpo como ofrenda viva, consagrada y agradable a Dios, que es mi servicio razonable. No viviré según los criterios de este mundo; mas seré transformada renovando mi mente para así comprobar cual es la buena, y aceptable y perfecta voluntad de Dios. Amen"

Ya no daba más. Estaba harta de tratar de moldear la voluntad de Dios a la mía. Necesitaba morir a todos mis deseos relacionados con Chile, la misión en el cerro de Colombia, y todo aquello que yo había soñado llegar a ser. Le entregué mi vida por completo al Maestro constructor de barcos para que la diseñara, la construyera y la terminara como Él quisiera; lista para el puerto de destino que Él escogiera. No le haría preguntas.

"Seré un sacrificio vivo" (aunque aún pensaba que sería más emocionante ser una martir en una selva en alguna parte remota del mundo).

"Seré santa y aceptable". Esto no sería a causa de mi buena conducta, sería porque Él me había limpiado con Su sangre, y eso era suficiente para mí.

"A través de la renovación de mi entendimiento, seré transformada. Permitiré que su buena, aceptable y perfecta voluntad fluya a través de mi vida."

No era la primera vez que había puesto mi voluntad sobre un altar y tampoco sería la última. Reconocía Su gracia y Su fidelidad para terminar lo que ya había comenzado en mí. Esta vida es sólo el principio de la eternidad. Afortunadamente, eso le da al Constructor de barcos, mi Capitán, todo el tiempo que quiera para prepararme para los viajes que Él ha elegido para mí.

CAPÍTULO 12

VIAJANDO EN PRIMERA CLASE

Las imponentes montañas de Los Andes, cubiertas de nieve, se pueden ver desde cualquier parte de Santiago. Cuando era joven, esa vista era algo que yo daba por hecho. Pero, ahora que tenía 34 años, trataba de saborear cada detalle de la vida, la cultura y los paisajes, sobre todo de Chile. La avenida principal, en el centro de la ciudad, estaba llena de vendedores. Muchos de ellos mostraban su mercancía en carritos con forma de barco. Yo los recordaba así desde mi niñez, con humo negro saliendo por sus chimeneas y sus “cubiertas” llenas de golosinas de toda clase. Una muchadumbre de personas estaban alrededor de un organillero mientras su mono estiraba la mano por unos pesos. Estos detalles no habían cambiado.

Santiago había llegado a ser una metrópolis moderna y dinámica. Tomé docenas de fotografías de altos edificios de cristal muy actuales que contrastaban notoriamente con los edificios y postes de iluminación; más antiguos y adornados, habían sido edificados al estilo y esplendor europeos. Habían sobrevivido décadas de terremotos y abusos de las épocas de la revolución.

Era una tibia noche de octubre. El crudo invierno chileno ya había pasado, y cada habitante de Santiago parecía haber salido a pasear por las calles, disfrutando la incipiente primavera. Yo tenía motivos para estar afuera. Quería absorber cada aspecto de la vida chilena de la que me había perdido durante tanto tiempo. En cualquier momento esperaba despertar de este emocionante sueño, pero eso no ocurrió. ¡Esto era real! Sí, era yo, caminando por las calles de Chile después de 21 años de espera.

Un impulso en el corazón de Raúl nos había traído a este país dos meses antes. Yo había pasado parte de dos semanas de nuestra estadía en mi habitación del hotel, buscando a mis conocidos en el directorio telefónico.

Fue una alegría haber podido ubicar a mi pequeña y pelirroja amiga, Francisca (Panchy) Inostrosa, la que contaba mientras nosotros jugábamos a las escondidas. Me tomó tiempo encontrarla, pero finalmente lo logré. Sin trabajo y viviendo con su madre, ella se había convertido en una víctima de la crueldad de la vida. Había perdido su trabajo, después de nueve años como directora asistente de un canal nacional de televisión. Los seis años anteriores, había sido actriz. Ahora estaba sin empleo y había sufrido el golpe del fracaso de dos matrimonios. Debido a creencias erróneas acumuladas a través de su vida, ella y su pequeño hijo estaban viviendo una vida realmente miserable.

Después de pasar una hora recordando los viejos tiempos, riéndonos a carcajadas y tomando fotografías, finalmente me hizo la ansiada pregunta:

“Estás diferente, Sharon. ¿Qué tengo que hacer para ser tan feliz como tú?”

“Enamorarte de Jesús”, fue mi respuesta inmediata.”

Le dí una Biblia y le dije que empezara a leer en el Libro de San Juan. Desde entonces, ella ha comenzado a solucionar los problemas de su vida a la manera de Dios, y esta cosechando los beneficios.

Hoy en día, Panchy trabaja con nuestros misioneros en Chile. Tiene un corazón de oro y se da de sí misma a cualquiera que esté en necesidad. Ella asiste en diferentes orfanatos de la ciudad y comparte por igual con niños y adultos las historias de la Biblia. Les enseña el carácter de Dios y cómo Él se relaciona con ellos en sus vidas.

Después de visitar a varios amigos de la infancia, pude, por fin, encontrar a Fernando Leighton, quien es un muy conocido director y productor de televisión. Él también había sido profundamente herido por las circunstancias de la vida. Cuán agradecida estaba de que ahora estuviera casado con una hermosa mujer, y de que fuera el orgulloso padre de tres maravillosos hijos. Fue tan bueno ver que él estaba bien y feliz.

Durante nuestro encuentro recordamos nuestra niñez. Fueron momentos intensos. Le conté acerca de mi Esposo, mi Capitán, quien se había ganado mi corazón. Fernando también había estado buscándole sinceramente y estaba convencido de que la creación era una muestra de la obra de Sus manos.

Cuando regresé dos años después, pude percibir la paz que sólo Dios da, comenzando a controlar su vida. Años más tarde él nos acompañó, a Raúl y a mí, en un tour que nuestra iglesia hizo a Israel, y ahí llegó a

conocer a Cristo en una forma más íntima. Hoy, por la gloria de Dios, podemos gozar del compañerismo y amistad que sólo Dios puede establecer.

En este segundo viaje, había venido a Santiago acompañada de miembros del personal de la iglesia. Nuestra intención era organizar un festival de música con el propósito de presentarle a la juventud chilena quién es Jesús, en un esquema no religioso.

Chile, como muchos otros países del mundo, está inundado con religiosidad artificial que no sólo es desagradable a los ojos de los hombres sino también a los ojos de Dios. Esta clase de religiosidad oprime a los individuos que sinceramente buscan entendimiento intelectual de la evidencia de la existencia de Dios. Esto también es un estorbo para una verdadera relación personal, espiritual e íntima con nuestro Creador.

La ciudad estaba de descanso durante el fin de semana, así que no había mucho que pudiéramos hacer respecto al “Festival Escape” hasta el lunes. Decidí salir sola a dar un paseo entre la multitud mientras mis amigos se entretenían en un centro comercial cercano. Al dar la vuelta a una esquina, sucedió un encuentro muy extraño. Fui bruscamente detenida por el hombre más apuesto que había visto en mi vida.

Su piel era blanca, completamente tersa. Su ondulado pelo negro coronaba su cabeza. Era alto y muy apuesto. Aún puedo ver las largas pestañas que bordeaban sus ojos azules. Rápidamente me miró de pies a cabeza.

“Hola, hermosa mujer”, me dijo en tono seductor.

“Hola”. Instintivamente supe que debía haberlo ignorado, pero respondí automáticamente. No había visto algo así en años. ¡Yo había estado en casa teniendo bebés!

“¿Qué haces en mi país?”, su penetrante mirada me inmovilizó. Noté que sus ojos tenían diferentes tonos de azul.

“Estamos aquí para organizar un concierto cristiano y...” Por un segundo pensé que iba a hablarle de Jesús, pero a la mitad de mi frase me di cuenta que estaba ocurriendo algo peculiar. Comencé a temblar de miedo, aunque estaba perfectamente segura, rodeada de cientos de personas y a la vista de varios policías.

“Te deseo”, dijo con tono de seguridad, sin la más mínima vacilación.

A esas alturas el pánico se había apoderado de mí. Mis piernas se debilitaron, dejándome la sensación de que podían dejar de sostenerme en cualquier momento. No sabía hacia dónde ir. Les había dicho a mis amigos que los encontraría en esa misma esquina una hora más tarde. Noté una banca en medio del bulevar, y le dije al hombre que tenía que ir a esperar a mis amigos. Le di la espalda y me alejé. Él me siguió, sentándose a mi lado, y muy cerca.

“Vamos a dar un paseo. Quiero mostrarte algo”, me dijo intentando engatusarme.

¡No iba a ir a ninguna parte con este seductor! Sin embargo, me descubrí luchando con un fuerte impulso en mí que me hacía querer mirarle, estudiarle. Tal perfección física no es muy común en un hombre. En mi interior, clamé al más hermoso de todos, al Señor de señores. El hombre se fue y fui rescatada.

Más tarde pensé en la ocasión en que el príncipe de este mundo, Satanás, había llevado a Jesús a una montaña sumamente alta”. Le mostró todos los reinos de este mundo y se los ofreció, si se postraba y adoraba.

Yo he visto a hombres acercarse a mujeres, tratando de hacer presa de su vacío. Pero nunca en mi vida había sentido tanta maldad emanando engaño como la que percibí en ese hombre. Esa noche me acosté pensando en un versículo de advertencia: “porque Satanás mismo se presenta (disfraza) como ángel de luz”.

Al pedirle a Dios su sabiduría acerca de éste incidente, Él me mostró que me estaba alertando ante toda clase de tentaciones que encontraría en mi camino. Me hizo ver que me había tenido en el puerto, preparando mi barco para batalla. Dios me había hecho un barco de guerra. Esto me intimidó, porque ya estaba descubriendo la realidad de una guerra espiritual. Supongo que es la misma sensación que tiene un soldado cuando es lanzado al campo de batalla desde un helicóptero justo en medio de una guerra.

El apóstol Pablo nos enseña en Efesios 6:12-13:

“Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por

tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiéndolo hecho todo, estar firmes.”

Él nos ha familiarizado con métodos para luchar contra las fuerzas de la oscuridad. Debemos ponernos la armadura de Dios, tal como es descrita en la Palabra de Dios. Pablo, de manera muy gráfica, compara el atuendo del cristiano con el de un soldado de su época. Quizás como el soldado al cual él estaba encadenado mientras escribió ese pasaje de la Escritura. Él debió haber podido observar detenidamente el atuendo y las armas de su guardia.

Entendí que el puro y simple mensaje de Cristo no era bienvenido en Chile, Estados Unidos, ni en cualquier otra parte de la tierra, donde Satanás está incesantemente esclavizando al hombre. El hombre, a causa de los deseos de su carne, se hunde, por su propia iniciativa, en la corrupción, sin reconocer a su tentador. El diablo ciertamente sabe cual es el cebo necesario para llevar a los débiles de espíritu a una eternidad horrenda sin Dios.

Es triste observar con cuanta facilidad la confianza del hombre en su propio conocimiento, situación financiera, carrera o posición en la sociedad lo hace menospreciar la sabiduría infinita de Dios. La Escritura dice que el hombre por su propia inteligencia no puede conocer a Dios. También afirma que lo necio de Dios es más sabio que la sabiduría del hombre, y Su debilidad más fuerte que el poder del hombre. Dios promete que Él hará, finalmente, que el hombre que confía en sí mismo se vea como un necio.

Mi encuentro con el apuesto tentador me recordó que dentro de mí yo no tenía la capacidad intelectual, física o espiritual para enfrentar el ataque de mi enemigo. Estas eran palabras mayores. A diferencia de nuestra situación en Estados Unidos, ésta vez no estábamos tratando de ganar un vecindario para Cristo. ¡Nuestra meta era ganar un país completo! Era emocionante descubrir que a pesar de lo diferentes que eran las circunstancias, los principios bíblicos que había aprendido en Estados Unidos eran válidos aquí de igual manera. El poder viene de Dios, por medio de la oración y la obediencia a Su Palabra.

Yo sabía que funcionaba. Fueron la oración y la obediencia lo que lograron las victorias más grandes de mi vida.

Cuando Dios me mostró la infertilidad en mi vida, inmediatamente me dijo que debía perdonar a la familia de Raúl y que intentara llegar a ellos una vez más. Aún durante el tiempo en que habíamos estado distanciados de ellos habíamos estado orando. Ahora, uno por uno, los miembros de la familia Ries comenzaban a entregar sus corazones al Señor.

Josie, la madre de Raúl, nunca había podido encontrar paz interior, ni en la religión, ni en los lazos familiares, ni en las sesiones de psicoterapia. Cómo nos regocijamos cuando supimos que ella, finalmente, había encontrado descanso para su alma en Cristo.

Papi, el padre de Raúl, había sido un alcohólico perdido cuya adicción había destruido su hígado. Una gloriosa noche fue sanado instantáneamente, tanto física como espiritualmente. Hoy en día, Josie y Papi son dos de las más amorosas personas que conozco.

Sonia, Javier y Chrissy, todos han entregado sus vidas al servicio del Señor, y junto con sus cónyuges, todos están envueltos en el ministerio cristiano.

Nuestros hijos suman en total tres, todos los cuales siguen a Jesús. No pasa un ~~un~~ día sin que agradezca a Dios por su poder protector y por los regalos que ha dado a nuestra familia. Ninguno de nosotros los merece.

Ser su hija es como viajar en primera clase en el viaje de la vida.

Mi propia familia sigue siendo una fuente continua de bendición. Shirley, es como siempre, mi más cercana y leal amiga. Norman, el esposo que Dios escogió para ella, es justo el hombre que ella merece, y el hermano que nunca tuve. Con él, Raúl y yo, nos sentimos libres de compartir nuestros más íntimos sentimientos. Su capacidad para contar historias y chistes nos ha mantenido desvelados más de una noche riendo a carcajadas, olvidando nuestros problemas. Sus hijos, Normy y Vanessa son un regalo de nuestro Padre para todos nosotros.

Cuando mi hijo menor, Ryan, cumplió cinco añitos, justo antes de que yo regresara a Chile, mi Papá se jubiló de profesor, y él y mi madre volvieron a Colombia. El deseo de sus corazones era reconstruir la misión “donde dos ríos se encuentran y desafían el terreno”. Querían comenzar una escuela en esa área, una región primitiva que ha visto pocos cambios desde la infernal destrucción que condenó su visión a la muerte. Poco

tiempo antes de que llegaran a Colombia, les pidieron hacerse cargo de una iglesia que había sufrido a causa de la negligencia y descuido de un líder egoísta, en la gran ciudad de Villavicencio. Prestaron oídos a la emergencia y se quedaron. Como guerreros veteranos, batallaron con el oponente y prepararon el camino para lo que ~~es~~ hoy en día es un floreciente y respetado centro Bíblico de educación cristiana en esa ciudad.

Esa desierta misión aún languidece en aquel cerro. Muchas veces, en lo privado de mi corazón, he reconstruido sus murallas, vendado sus heridas, decorado sus ventanas y habitaciones. He llegado hasta lo profundo de la selva próxima, invitando a los pobres y a los cansados, dándoles la bienvenida para recibir carne para sus cuerpos y fuerza para sus almas. Mi oración ha sido:

“Si sólo pudiera ganarlos
Su amor en ellos fundar
Jesús el Cordero, sacrificio puro
Si sólo pudiera ir
¡Envíame a mí!

En los años recientes me he visto en Chile y Colombia dos o tres veces al año, colaborando con el cuerpo de creyentes, quienes llevan en su corazón una carga por las misiones. Cuando me detengo a pensar cómo Dios concede las peticiones más íntimas del hombre, mi espíritu se inclina en adoración.

Dios me ha dado la oportunidad de trabajar lado a lado con mis hijos. En una ocasión, Ryan y yo trabajamos junto a 30 constructores de nuestra iglesia reconstruyendo una casa inmensa. Había sido comprada por los alegres donadores de nuestra iglesia, Calvary Chapel West Covina, CA. A través de las arduas y emocionantes horas de planificación, compras, trabajo, y decoración, recordaba las promesas de Jesús en Lucas 18:29, 30 a los discípulos, quienes lo habían dejado todo para seguirle:

“Entonces Él les dijo: En verdad os digo: no hay nadie que haya dejado casa, o mujer, o hermanos, o padres o hijos por la causa del reino de Dios, que no reciba muchas veces más en este tiempo, y en el siglo venidero, la vida eterna.”

Pensaba en mis hijos, que nos habían seguido hasta el campo misionero. Muchas veces dedicaron sus vacaciones a las obras del ministerio por promesas de recompensas más grandes. Hoy, es evidente que no han sufrido, ¡por el contrario, han sido enriquecidos maravillosamente! Raúl y yo estamos agradecidos de poder compartir el amor, el gozo y el entusiasmo que les rodea. Son nuestros mejores amigos y nosotros los suyos. Ahora ellos también tienen una emocionante visión con la que contribuir al mundo. Mejor aun, planeamos pasar la eternidad juntos.

Dios me ha dado innumerables oportunidades de cooperar en campañas evangelísticas a través de la música, conferencias de pastores, retiros de mujeres, visitas a ~~o~~ orfanatos, y a compartir con aquellos que, como yo, están extasiados con Cristo. Pero no importa cuantas veces haya ido al campo misionero, mis viajes de dos a cuatro semanas nunca han satisfecho completamente mi anhelo de quedarme en “tierras lejanas”.

Aquí en este país, donde disfrutamos de la libertad de culto, y de los medios para hacerlo, podemos escoger entre una docena de maestros por radio o televisión. Podemos escuchar lo que queremos, dependiendo de nuestro estado de ánimo. En muchos países no hay ni un solo programa de radio para la enseñanza bíblica.

“Oh Padre”, oraba a menudo al volver a casa cuando venía de Sudamérica, “¿por qué he de quedarme aquí donde sobreabunda Tu verdad? En Tu Palabra Tu le dijiste a Tu hijo, ‘pídeme y te daré las naciones por herencia, hasta los confines de la tierra como posesión tuya’. Eso es lo que te estoy pidiendo Señor, que me uses para alcanzar los corazones de los paganos en los confines del mundo. ¡Para Tí! ¿Es eso mucho pedir? Si lo es, perdóname”.

Una y otra vez, elevé esta secreta oración hacia Dios. En un sentido, mi corazón aprendió el contentamiento. Pero, seguía ardiendo con pasión por aquellos que desconocen el amor de Cristo.

Raúl me llamó de la oficina un día. “¡Sharon, no me vas a creer!”.

Conociendo al Señor y a Raúl, le creería lo que fuera.

“Algunos productores de cine quieren hacer una película de mi vida”

“¡Increíble! ¿Cuándo?”

“Vienen la próxima semana. Quieren que grabemos algo acerca de nuestras vidas en una cinta para que ellos puedan trabajar en el guión”.

“¿Nuestras vidas? Raúl, no le voy a contar a nadie acerca de mi vida. ¡Eso es privado! Nunca le he dicho a nadie lo de mi embarazo. Mis padres son misioneros y conocen a miles de personas en Sudamérica. No quiero avergonzarlos y...”, continué alegrando.

“Bueno, pues más vale que hables con Dios al respecto porque yo sé que es su voluntad para nosotros. Deja de pensar en tí. Piensa en la gente a la que esto ayudaría. Lo voy a hacer con o sin tu aprobación.”

Me tiré sobre el sofá, tratando de pensar. Si Dios había perdonado y olvidado mis pecados, y los había arrojado lejos tanto como el este está del oeste, ¿por qué tendría que enterarse todo el mundo? ¿Con qué propósito? Dios estaba bendiciendo nuestro ministerio grandemente. Cientos de personas estaban siendo alimentadas con la Palabra. La visión misionera, que primero nos cautivó a Raúl y a mí, se estaba esparciendo por nuestra iglesia.

“Padre, sólo si Tú me lo ordenas lo haré, en el nombre de Jesús. Pero, ¿por qué tengo que ser un espectáculo para que todos lo vean?”

La respuesta era simple y vino del corazón de Jesús al mío: “De Mí hicieron un espectáculo ante todo el mundo, y yo no había cometido pecado”.

Humillada, reflexioné en sus palabras. Dos mil años atrás, Cristo había llevado esa cruz, con una airada muchedumbre presionándolo de todas partes. En las terribles horas que siguieron, Él se dejó colgar entre el cielo y la tierra, sufriendo el reproche y la burla de la humanidad. Sólo los ángeles y quienes le amaban le acompañaban en silenciosa adoración mientras la tierra temblaba y gruñía ante la locura y la brasmefia de todo lo que sucedía. El Creador se había dejado aplastar y avergonzar por sus propios seres creados. Esta fue la manera que Él eligió para demostrar la profundidad de su amor por nosotros.

“Sí, Señor”. Mi corazón se sometió, sabiendo que la obediencia de Cristo a Su Padre había traído nueva vida al decadente corazón de la humanidad. Yo también obedecería.

En los días que siguieron, el propósito de Dios de usar la historia de mi vida fue cada vez más evidente. En el libro de Apocalipsis, leemos que Satanás, el dragón o acusador de los cristianos, es vencido por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de los santos. Yo ya sabía que la sangre del Cordero podía limpiar mis pecados y defenderme de Satanás, pero nunca me había dado cuenta de que mi testimonio también era un arma. Me emocioné al pensar en lo que Dios podría hacer con él, y como con éste podría llegar al corazón del hombre. ¿Por qué no habría de compartirlo?

Muy conciente de la manera en que Dios usa los testimonios del hombre, Satanás se dispuso a torturarme mentalmente. A medida que nuestra historia era escrita y filmada, me fue extremadamente difícil revivir mi pasado de manera tan detallada. Algunos días sentía odio hacia Raúl por lo que me había hecho pasar. Quería vengarme. Tuve que luchar contra fuertes sentimientos que me sugerían que lo abandonara, siendo estos sentimientos los más fuertes que jamás había sentido. ¡Qué malvado puede ser el corazón! Gracias a Dios, la cruz de Jesús estuvo delante de mí diariamente recordándome que Él hace que todas las cosas sean para bien; pasadas, presentes y futuras.

Después de que la película fue estrenada, fui a varias iglesias, de incógnito, para ver las reacciones de las personas. Una noche, cientos de personas confluían hacia una iglesia bien conocida en Los Angeles llamada Templo Angelus. Con una actitud un poco cerrada, como forma de protegerme, me les uní para ver como Sharon era un espectáculo ante el mundo. En el camino, una joven me preguntó, “¿has visto esta película?”

“Sí, la he visto”, respondí, y no dije una palabra más.

“¡Cambió mi vida!, exclamó.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. Me senté junto a una familia numerosa que rebotaba de alegría y felicidad. Una de las hijas adolescentes me preguntó si había visto “De la Furia a la Libertad”.

“Sí...”, respondí, apenas.

“Fíjese que toda nuestra familia vino a los pies de Jesús y las vidas de mis amigos han sido transformadas por esa película”.

“Bueno, a mí también me ha cambiado radicalmente”, asentí.

Ya era suficiente. Tenía que escapar para vaciar en alguna parte los mares de lágrimas que había estado reprimiendo; una mezcla de lágrimas, gozo y vergüenza. Gozo por las palabras que había escuchado,

palabras que testificaban del poder transformador de la película. De vergüenza porque había sido tan cobarde. A veces me pregunto cómo Dios no se cansa de mí. Yo sí me canso.

Después de este trauma de “telenovela”, estaba lista para continuar en mi trabajo de misiones. Volví a orar mi oración por “los perdidos en los confines de la tierra”. Un día, mientras meditaba en las Escrituras esperando recibir una profunda revelación, unas suaves palabras cruzaron por mi mente:

“Ya te he dado a los paganos y hasta el último rincón de la tierra”.

Se me ocurrió que, a través de la película y la biografía de Raúl, que ya había sido escrita, ¡ambos estábamos a punto de convertirnos en misioneros por todo el mundo al mismo tiempo!

Llegaríamos a los lejanos confines del globo, a pequeñas islas y a vastos continentes, a prisioneros y a hombres libres. Estaríamos en orfanatos, iglesias, calles, con autoridades del gobierno, en cuarteles de policía, en la privacidad de los hogares, detrás de las líneas del enemigo; aquí, allá, y en todas partes. ¡Qué Dios! Es una Mente Maestra con un plan maestro. Era tan grande que casi no lo ví, y sin embargo, Dios me lo había prometido todo el tiempo:

“Porque yo sé los planes que tengo para vosotros”- declara el Señor- “planes de bienestar y no de calamidad, para daros un futuro y una esperanza.” (Jeremías 29:11)

En esa época, comencé a darme cuenta que estaba apasionadamente enamorada de Jesús. Su amor por la humanidad era mi obsesión. Su amor y su continua dirección para mi vida me demostraban la calidad de su amor por mí. Yo tenía un deseo ardiente de ver a Cristo tal como es, no como el hombre le ve, cono como la Palabra de Dios le retrata. Leyendo la Escritura en este aspecto, aumenta mi deseo de conocer a Jesús como el gran Amor de mi alma, mi Eterno Compañero, y mi fiel Esposo.

Y, ¿saben qué?, Raúl nunca siente celos de Él. Cuando mi relación con Cristo está bien, mi amor por Raúl no tiene límites, pero cuando no lo está, mi relación con Raúl también sufre. El capítulo cinco de Cantar de los Cantares de Salomón, da una hermosa descripción del Cristo que amo contemplar:

“¿Qué clase de amado es tu Amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿Qué clase de amado es tu Amado [Jesús], que así nos conjuras? Mi Amado es resplandeciente [puro] y rubio, distinguido entre diez mil.” (Cantares 5:9,10)

Ahora, mi eterno Esposo me llevaba a Colombia con un grupo de nuestra iglesia. Nuestro plan era llevar la película y mostrarla a través del país.

Antes de partir en nuestro viaje, hablamos acerca de las guerrillas, de algunas capturas recientes y de otros peligros que podríamos enfrentar durante el curso de nuestro viaje. Nos animábamos los unos a los otros a presentar nuestros cuerpos como sacrificio a Dios si es que nos vieramos en esa situación. Esto era más fácil decirlo que hacerlo y estaba por descubrirlo por mí misma.

Al comienzo de nuestro viaje, fui a Bogotá, la capital de Colombia, para preparar nuestro trabajo. Ricardo, nuestro representante en Colombia, me iba a acompañar a los canales principales de televisión donde esperábamos hacer los arreglos para que exhibieran la película. Después de un largo día de haber luchado con el tráfico, ser insultados, rechazados e ignorados por los directores de televisión, decidí que debíamos sacudir el polvo de nuestros pies y dejar Bogotá.

Sólo nos quedaba un canal más por visitar. Era uno de los más prominentes, así que nos figuramos que lo más probable era que nos rechazaran. Ricardo, sin embargo, me convenció de ~~a~~ ir. ¡Yo estaba tan enojada que no quería que tuvieran el privilegio de escuchar el evangelio! Cuando llegué a Informes, hablé en inglés, esperando que nadie me entendiera. El hombre de Informes marcó rápidamente un número telefónico.

“Hay una mujer aquí que no habla ni una palabra de español. ¡Creo que es una productora de los Estados Unidos!”, explicó rápidamente. Ricardo, que había estudiado en los Estados Unidos y es perfectamente bilingüe, me dió una mirada y ambos sonreímos ante la inteligencia de Dios.

Enseguida nos encontramos sentados en la oficina de uno de los directores principales de la estación de televisión. En el canal anterior, había tratado de evitar decir que la película era acerca de Cristo y de Su poder transformador en la vida de un hombre, para así conseguir que me prestara atención. Esta vez, realmente no me importaba. Presenté todos los hechos, queriendo terminar lo que tan reticentemente había comenzado. Estaba ansiosa de reunirme con el resto de nuestro grupo al otro lado de las escarpadas montañas, en la ciudad de Villavicencio.

“¡Esta película es lo que necesita nuestro país!”, exclamó el director. “Regrese la próxima semana para discutir la posibilidad de transmitirla”. Hablaba como si viviéramos a la vuelta de la esquina.

Nuevamente, aprendí que Dios y Su pueblo viajan en primera clase. Él no se conforma con menos. “Un suave navegar...”, sonreí. Y así fue, hasta que nos encontramos en los sinuosos caminos que se internan a través de las montañas, y bajan por los cerros hasta llegar a los ríos colombianos.

Ricardo iba a manejar, y Alejandro, un músico de la iglesia en ese entonces, iba a hacer las veces de copiloto. Me acomodé una cama en la parte trasera del vehículo, para así dormir y olvidar la existencia de las cuestas en las montañas. Por alguna razón, cientos de camiones decidieron escoltarnos esa noche. El humo de nuestro tubo de escape y el de los motores de todos los otros vehículos era tan denso que oscurecía completamente nuestra visión, ocultando la espesa vegetación, las orquídeas silvestres, los cientos de caídas de agua, y gracias a Dios por los barrancos en cada curva. Entonces, para mi gran incomodidad, comenzó a molestarme el humo tóxico. No quería quejarme. Después de todo, ¿acaso no habíamos sido preparados para enfrentar dificultades?

Comencé a desvanecerme, pero mantuve la calma. Abrí la ventana, pero eso empeoró las cosas. Me atrapó el pánico. Estaba perdiendo el sentido.

“Ricardo, ¿podrías parar un momento? Me siento un poco mal”. Yo intentaba minimizar el problema. Ricardo detuvo el auto.

“¡Te ves realmente enferma!”. Él estaba claramente preocupado.

Alejandro añadió, “estás pálida y verdosa, Sharon. ¿Qué te pasa?”

Ambos empezaron a frotarme la cabeza y manos para ayudar a la circulación de la sangre. Decidida a continuar, les animé a seguir conduciendo. Me ayudaron a volver al auto. Ricardo emprendió la marcha, lentamente, con la esperanza de que me ayudaría. Sentí que me invadían oleadas de un malestar y desesperación intensos. El camino mismo era una amenaza de muerte. Si algo me sucediera, sería imposible conseguir ayuda. ¿Sería este mi destino?

Entonces, de alguna forma, en medio de mi desvanecimiento, un versículo que había aprendido de pequeña destelló en mi mente: “Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro...” (Salmo 121:1)

Levanté mi vista. Una luna llena brillaba en todo su esplendor y gloria.

“Dios, lo lamento, pero si sobrevivo a esto, no quiero volver a viajar por este camino. No me interesa si la película se pasa por televisión o no. No tengo la valentía para continuar. ¡Qué cobarde soy! Lo siento. Perdóname, por favor. Si hay otro camino, muéstramelo. Pero no puede incluir este camino. Yo se que Tú entiendes. Tú eres el único que sabe como me siento”. Apoyé mi cabeza sobre la ventana y esperé a que llegara el desayuno.

De pronto, mis pensamientos se detuvieron. La oración de Jesús en Getsemaní vino a mi mente: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa [Su muerte en la cruz] sin que yo la beba, hágase Tú voluntad” (Mateo 26:42). Casi podía escuchar a Jesús diciéndome, “Ya lo sé, Yo tampoco quería ser crucificado”. Él entendía cómo me sentía. Lo que yo estaba pasando no era nada comparado con lo que Él había sufrido.

“Hágase Tú voluntad”, susurré.

Fuí sanada instantáneamente. Ya no me sentía mareada, y el humo ya no me afectaba. Me dí una mirada rápida en el espejo. Mi pelo parecía un estropajo usado y se me había corrido el maquillaje, pero mis mejillas estaban recuperando su color.

“Ya estoy bien, muchachos. ¡Apurémonos! Hagámos lo que tenemos que hacer. Hay lugares que visitar, gente que ver, películas que mostrar... ¡Yo estoy bien, Dios me ha sanado!

“¿Estás segura?”, preguntó Alejandro.

“¡Por supuesto que estoy segura! ¡Es mi cuerpo y puedo darme cuenta!”

El resto del viaje fue sin novedad. Y valió muy bien todas las molestias que causó. DE LA FURIA A LA LIBERTAD fue la película principal de la televisión colombiana la Nochebuena siguiente. Nuestro compromiso misionero por fin estaba dando fruto.

Después de regresar a los Estados Unidos, no mucho después de aquella amenaza contra mi vida en Colombia, estaba a punto de dirigir la palabra a un gran grupo de mujeres. Recibí un llamado de emergencia

de Raúl y me dijo, “Debbie se está muriendo”. No podía creer lo que estaba escuchando. Después de hablar, conduje a casa, llorando durante todo el camino.

“Padre, por favor, salva su vida”, supliqué, una y otra vez.

“¿Por qué, Dios?” pregunté.

Cuando llegué a casa, un versículo de los Cantares de Salomón respondió mi pregunta: “Mi Amado [Jesús] me habló y me dijo [Su novia], ‘Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven conmigo’”. Su Novio eterno la llamaba; su tiempo en la tierra había terminado.

Debbie murió dos semanas más tarde.

El féretro estaba cerrado. De todos modos no habría podido mirarla. Quería recordarla tal como se veía la última vez que la ví. Habíamos estado juntas en la playa que estaba frente a su casa.

Ella había estado de pie mirando el mar todo el tiempo, como no queriendo perderse ni un segundo de la puesta de sol. Su pelo castaño y ondulado se movía libremente con el viento. Era realmente una mujer muy bella.

Había una ancha y blanca cinta que rodeaba el ataúd con la inscripción “Steve ama a Debbie”. Apoyados sobre el féretro había fotos de ella y de todos sus hijos. Detrás había estaba apoyada una tabla de surf que su esposo y sus hijos tenían planeado regalarle para Navidad.

Steve, su esposo, quien había trabajado con nosotros en los primeros días de nuestro ministerio, era ahora pastor asistente en una iglesia hermana cerca de la playa. Él mismo dirigió el funeral. Su voz temblaba con cada palabra: “En su dedo ella usaba un anillo que decía ‘Jesús’”. Con dificultad continuó, “Como ven ella le pertenecía a Él”.

Miré hacia mis manos; yo también tenía un anillo.

Steve procedió a comparar a su esposa con la mujer virtuosa que es descrita en Proverbios 31. Yo estuve de acuerdo con su descripción, pero ningún amor, ni siquiera uno tan profundo como el de Steve, había alejado a Debbie de la mano del Maestro en su vida.

Y ahora ella por fin era libre, libre del cuerpo que la había mantenido cautiva. Ahora navegaría los mares celestiales con su eterno Esposo y Capitán.

La muerte de Debbie confirmó en mi espíritu la importancia de colocar nuestros ojos en valores eternos. Decidí que “haría mi tesoro en el cielo”, hasta el regreso de Jesús o mi propia muerte. Los padres de nuestra fe tenían los ojos puestos en su morada eterna. Aunque todos los deseos de sus corazones no fueron cumplidos durante sus vidas, se aferraron tenazmente a las promesas de Dios, confesando que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. “Porque esperaban una ciudad con nuevos cimientos, cuyo diseñador y constructor es Dios”.

Extrañaba a Debbie. Mi corazón se dolía por su esposo, por sus hermosos hijos, por todos los que quedamos atrás. Aunque no podía hacer nada para consolar a su familia, confiaba en que Dios sería una madre para sus hijos, y sería un socorro para Steve en tiempos difíciles. Yo había aprendido que Él es el Todo-Suficiente y que provee para todas nuestras necesidades.

Las palabras de Jesús a sus discípulos me reconfortaban.

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” (Juan 14:1-3)

Debbie ansiaba ver a su Señor, y hoy ella está con Él. Algún día mi propio deseo de estar con Él se cumplirá. Algún día Él también vendrá por mí.

Llegó la mañana del Sábado, y yo no había pasado tiempo con Raúl durante dos semanas. Él me había prometido el día anterior llevarme al Queen Mary, un lujoso transatlántico inglés que solía surcar orgullosamente los mares del mundo. Ahora descansa en esplendor en la bahía de Long Beach, California, donde miles de turistas de todo el mundo recorren sus lujosos comedores, cabinas, cubiertas y extravagantes interiores.

Sonó la alarma. Desperté y encontré una rosa roja y una nota en mi velador.

“Lo siento, Sharon, pero olvidé que tenía que hablar en una conferencia hoy. Regresaré tarde. Sé que comprenderás... Te amo, Raúl”.

Al principio estaba furiosa, y me cubrí la cabeza con la frazada mientras lágrimas humedecían mis mejillas. Ya no tiraba sus rosas mas atesoraba sus notas aunque ya no dependía de ellas para mi bienestar espiritual y emocional.

Ya no tenía necesidad de esa pequeña caja verde donde las había guardado antes. Había quemado su contenido en otro “sacrificio vivo” que le ofrecí al Señor. Le había dicho a Dios que me bastaba Su amor y que dependería únicamente en Sus palabras hacia mí.

Había tomado una decisión sabia en ese momento. Ahora tomaría otra. No me sumergiría en auto-compasión. Visitaría el Queen Mary de todos modos. Iría con mi Capitán.

“Dios, ¿tienes alguna cita?” Me reí ante el silencio.

“Por supuesto que sí. ¡Vamos!”

Salté de la cama, me duché y me vestí, decidida a verme estupenda, para Él.

Conduje con mi Señor hasta los muelles, almorcé, me compré un regalo, y disfrutamos el día plenamente. A la salida, caminé con seguridad por el muelle, totalmente conciente de Su compañía. Sentía un resplandor a mi alrededor.

De vez en cuando alguien me dirigía la mirada. Me preguntaba si Le podían ver: mi Capitán, con quien yo viajaba y viajaría por la eternidad.